

**KIM HOLDEN**

**FRANCO**

**UNIDOS EN LA DISTANCIA**

«Las novelas de Kim son perfectas.

*Franco me ha encantado.»*

**COLLEEN HOOVER**

**OZ**  
EDITORIAL

**FRANCO**

**Unidos en la distancia**

**KIM HOLDEN**

**Traducción de Cristina Zuil**



# Índice

[Franco: Unidos en la distancia](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Jueves, 18 de enero](#)

[Viernes, 19 de enero](#)

[Sábado, 20 de enero](#)

[Domingo, 21 de enero](#)

[Martes, 23 de enero](#)

[Miércoles, 24 de enero](#)

[Jueves, 25 de enero](#)

[Viernes, 26 de enero](#)

[Sábado, 27 de enero](#)

[Domingo, 28 de enero](#)

[Lunes, 29 de enero](#)

[Lunes, 12 de febrero](#)

[Miércoles, 14 de febrero](#)

[Jueves, 15 de febrero](#)

[Viernes, 16 de febrero](#)

[Sábado, 17 de febrero](#)

[Domingo, 18 de febrero](#)

[Lunes, 23 de febrero](#)

[Martes, 22 de febrero](#)

[Miércoles, 21 de febrero](#)

[Viernes, 9 de marzo](#)

[Martes, 20 de marzo](#)

[Jueves, 22 de marzo](#)

[Martes, 27 de marzo](#)

[Jueves, 5 de abril](#)

[Viernes, 6 de abril](#)

[Sábado, 25 de mayo](#)

[Miércoles, 13 de junio](#)

[Sábado, 23 de junio](#)

[Martes, 26 de junio](#)

[Miércoles, 27 de junio](#)

[Viernes, 29 de junio](#)

[Sábado, 30 de junio](#)

[Lunes, 20 de agosto](#)

[Jueves, 23 de agosto](#)

[Viernes, 24 de agosto](#)

[Jueves, 30 de agosto](#)

[Sábado, 1 de septiembre](#)

[Miércoles, 12 de septiembre](#)

[Jueves, 13 de septiembre](#)

[Domingo, 26 de mayo](#)

[Agradecimientos](#)

[La playlist de Franco](#)

[Traducción de Goodbye Los Angeles, de Future Husbands](#)

[Sobre la autora](#)

## Franco

**«Es mi otra mitad. Por primera vez en mi vida, entiendo qué es estar completo.»**

Franco Genovese es el batería de una famosa banda de *rock* y lo tiene todo: fans, talento, chicas..., pero también un gran corazón. La suerte le sonrío y todo es sencillo hasta que, una noche de fiesta en Los Ángeles, conoce a Gemma Hendricks y su vida cambia por completo. La química entre ellos surge enseguida, pero ¿serán Franco y Gemma capaces de evitar que el destino los separe?

**La esperadísima nueva novela de Kim Holden, autora de *Bright Side* y *Gus***

«Las novelas de Kim son inteligentes, divertidas, apasionantes, dulces... perfectas. *Franco* me ha encantado.»  
Colleen Hoover, autora *best seller* del *New York Times*

«Las obras de Kim Holden se te quedan grabadas en el corazón. Si *Bright Side* y *Gus* te gustaron, *Franco* es una lectura obligatoria.»  
*Up All Night Book Blog*

# FRANCO

V.1: marzo, 2019

Título original: *Franco*

© Kim Holden, 2016

© de la traducción, Cristina Zuil, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: ArtOfPhoto / iStock Photo

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-30-9

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

*Jama,  
tienes el premio a la mejor amiga del mundo.  
Y a la más quejica.  
Pero sobre todo a la mejor amiga.  
Te quiero un montón,  
Tiaco.*

## Jueves, 18 de enero

— ¡Vamos, putitas! —Juro que Jamie y Robbie son las criaturas más lentas sobre dos patas. Bueno, no es cierto. Gus es la más lenta, pero teniendo en cuenta que Jamie y Robbie hacen todo juntos como si fueran siameses, su media de lentitud se duplica y se colocan, por poco, delante de Gus.

— ¿Cuál es el plan para esta noche? —pregunta Gus.

No puedo evitar reírme por la enorme cantidad de chicle a través de la que habla. Sé que ha comenzado a mascar chicle porque le ayuda a dejar de fumar, algo de lo que estoy muy orgulloso, pero su nuevo vicio es para partirse el culo.

Deja de masticar y me fulmina con la mirada, lo que hace que me ría aún más fuerte.

— ¿Qué pasa, tío?

Niego con la cabeza mientras suelto una última carcajada antes de responder:

— El chicle. Me mata el chicle, tío. ¿Cuántos te has metido?

Levanta el dedo corazón increíblemente rápido y con la confianza de alguien que lo hace en serio, pero el «¡Qué te den!» que lo acompaña no suena convincente y se parece más a un «Lo sé».

— Vamos al LOL. ¿Quieres venir?

El LOL es un pequeño bar que se encuentra a la vuelta de la esquina del apartamento en el que nos alojamos temporalmente. Parece modesto, lo que no es muy del estilo de Los Ángeles, y el nombre es atractivo y horrorosamente cursi, cosa que, en mi opinión, lo convierte en algo que no nos podemos perder. Es un



establecimiento bastante nuevo; no estaba ahí hace año y medio, cuando grabamos nuestro último álbum.

—No, tío. Me apetece relajarme. Quizás ver algo de mierda en la tele y descansar.

La manera en que lo dice me tranquiliza. No me ha sentado tan bien un rechazo en mi vida. El año pasado fue una pesadilla para Gus. Perder a las personas a las que quieres es una putada. Pero perder a tu mejor amiga, sobre todo si es alguien tan jodidamente increíble como Kate Sedgwick, te destroza el alma. Durante meses, se convirtió en una coraza hueca en movimiento. Enfrentaba la vida con ojos apagados y no veía nada más que el vacío que ella había dejado. Fue desolador verlo porque: a) no podía ayudarlo, b) también la echaba de menos y c) sabía que el dolor y la pérdida que yo sentía estaban multiplicados por mil en su corazón y me resultaba imposible imaginar siquiera ese tipo de pena.

Pero, en los últimos dos meses, he sido testigo de cómo ha vuelto poco a poco a la vida. Al principio, fue algo gradual y casi no quería creer el progreso que estaba presenciando porque, si volvía a desplomarse, no me veía capaz de soportarlo. Así que me quedé observando con la esperanza dudosa y algo pesimista de que mi mejor amigo se estuviera recuperando y luchara por salir de la depresión en la que estaba atrapado. Una vez que su mejoría comenzó a hacerse evidente, esta se disparó. Nunca había tenido la confianza que debería en su talento, pero el Gus que vi desde detrás de la batería actuando en Año Nuevo era la puta estrella de *rock* que yo siempre había sabido que tenía en su interior. Y no me refiero al típico gilipollas escandaloso, porque Gus nunca sería así, sino al líder con la confianza suficiente para corroborar un talento innegable. Verlo en el estudio este último par de meses ha confirmado su evolución. Está a otro nivel. Estoy muy orgulloso de él.

—¿Estás listo? —me pregunta Jamie cuando Robbie y él se unen a nosotros en el salón.

Me río porque lo dice como si ellos me hubieran estado esperando a mí.

—No sé... —me paso una mano por la cabeza suave y recién

afeitada mientras señalo con la otra la camiseta de Twin Atlantic—. Estoy recién afeitado, llevo una camiseta limpia y me he cepillado los dientes, ¿tú qué crees? No es solo para impresionar.

Robbie sonrío con superioridad y niega con la cabeza porque sabe que les estoy intentando tocar los huevos.

—Vamos, fanfarrón.

De camino hacia la puerta, explico:

—Joder, voy a conocer a alguien esta noche. Lo siento en mis...

Gus me interrumpe:

—¿Pelotas?

—Iba a decir entrañas... o incluso en el corazón... pero sí, pelotas también vale. Nos vemos luego, cabronazo.

—Nos vemos, capullo. Pasadlo bien y tened cuidado —dice Gus cuando cerramos la puerta al salir.

El aire de la noche es cálido y se está a gusto fuera. Hemos estado encerrados en el estudio grabando nuestro segundo álbum durante un par de semanas y, no me malinterpretéis, me encanta lo que hacemos, la batería es mi vida, pero también me chifla pasar tiempo al aire libre. Cuando no estoy tocando la batería, estoy surfeando, paseando por la playa o montando en moto. Cada vez que no estamos de gira, estoy fuera. Me vuelvo un poco loco cuando estoy encerrado entre cuatro paredes durante demasiado tiempo.

Jamie y Robbie discuten con la pasión de dos adolescentes ridículos sobre un videojuego al que han estado jugando. Nunca me han interesado mucho los videojuegos, así que es como ver una película extranjera sin subtítulos, por lo que desconecto.

De lo primero que me doy cuenta cuando entramos en el bar es de lo tranquilo que es. La ciudad de Los Ángeles es una zorra presumida; todo en ella se basa en el estilo, las apariencias, el estatus, el éxito... o en una buena imitación de los mismos. Es una ilusión que alberga perlas de autenticidad. Siento que esas perlas son tan escasas y están tan lejos entre sí que las ignoro, porque resulta demasiado difícil distinguir las reales de las falsas. Los Ángeles no es mi mundo, por lo que el ambiente de este bar me hace sonreír y olvidarme de que hay gente no muy lejos de aquí que intenta ser

alguien que no es.

—Una Heineken, ¿no? —les pregunto a Jamie y a Robbie.

Levantán el pulgar porque hay demasiado ruido para que nos oigamos.

—«Y un chupito de José Cuervo» —articula Jamie.

Asiento y hago un gesto con la barbilla hacia una puerta que lleva a un patio.

—Id a ver si conseguís una mesa ahí fuera. Hace una noche demasiado bonita como para sentarnos dentro.

Asienten y se dirigen hacia la puerta pasando por delante de las mesas de billar, entre la multitud, para luego desaparecer tras ella.

Hay tres camareros: dos tíos y una morena bajita y mona. Consigo atraer su atención y sonrío, tonteando como siempre. Se acerca a mí.

—¿Qué quieres, guapo?

Es incluso más mona de cerca.

Sujeto el índice con el pulgar y le muestro tres dedos.

—Tres Heineken y tres chupitos de José Cuervo.

Esboza una fugaz sonrisa coqueta con sus labios carnosos, se gira y camina a toda velocidad hacia el otro extremo de la barra para preparar lo que le he pedido. Los ojos se me van hacia su culo en cuanto este aparece ante mí mientras se aleja. Lleva unos pantalones tan cortos que dejan las nalgas al descubierto. No me malinterpretéis, está bien. Tiene una figura fantástica, eso seguro, pero la cuestión es que... me gusta un poco de discreción. Sé que es raro en un chico de veintiséis años que tiene un doctorado en coqueteo, pero creo que la discreción demuestra humildad, una de las características más *sexys* de una mujer. Me gustan las chicas que son guapas pero no lo saben, no sé si me explico. Guapa pero sin forzarlo. La modestia funciona conmigo. Por eso, cuando la camarera vuelve con los chupitos, de alguna manera ha pasado de ser mona a ser una desilusión. Así de rápido descarto potencial, en un instante. Lo sé, soy caprichoso, pero, si voy a pasar un buen rato con una mujer, quiero disfrutar de su compañía. Tiene que haber de todo para que el mundo gire y he salido con chicas de todo tipo, creedme, quizá por eso soy un puto exigente. No estoy buscando sentar la cabeza o

enamorarme, pero salir con alguien todavía me parece un proceso de selección y me aseguro de todo como un cabrón porque no me apetece entretener a una loca o a una chica demasiado exigente, ni siquiera de manera ocasional. No me importa si son geniales en la cama, no vale la pena. No hace falta que diga que últimamente no salgo con muchas mujeres.

Quita las chapas a las cervezas y las deja en la barra junto a los chupitos. Sonríe de nuevo.

—Son veintiún dólares, cariño.

Le doy veinticinco y le pregunto si puede ayudarme a llevar las cervezas fuera. Lo hace entusiasmada y, cuando Jamie ve que se acerca a su mesa, conmigo detrás, su expresión seria se torna traviesa. Le gusta. El chaval no puede ocultar sus emociones ni siquiera si su vida dependiera de ello. Se le da fatal el póker porque, ya sabéis, no sabe poner cara de póker. La única persona a la que gana es a Gus y creo que este se deja ganar.

La camarera coloca las cervezas sobre la mesa.

—Hola, chicos.

—Hola —responden los dos.

A Robbie no le impresiona su tono empalagoso. Solo le gustan las rubias, así que la señorita Kim Kardashian no tiene ninguna oportunidad con él. Ni siquiera intenta ocultar su desagrado. Por otra parte, Jamie sigue sonriendo como un bobo.

Ella se gira hacia mí y se inclina un poco para que su escote quede estratégicamente a la altura de mis ojos.

—Avísame cuando necesitéis más, cari.

Parece que es de las personas que son incapaces de acabar una frase sin un apodo cariñoso. Eso también lo odio, pero me gustaría tener un buen servicio esta noche y no quiero que nos escupa en las bebidas de la siguiente ronda, así que le guiño un ojo y digo:

—¡De acuerdo!

Se aleja contoneándose, balanceando el culo como el péndulo de un reloj, mientras Jamie babea.

—Límpiate la barbilla y cierra la boca, tío. Es vergonzoso —le digo cuando ella ya no puede oírnos.

Me estoy riendo de él. Por Dios, este chaval me mata. Es como un miniGus, excepto en que no se parecen en nada. Tienen muchos rasgos de personalidad similares, pero los proyectan de manera distinta. Los dos son increíblemente simpáticos y generosos, pero mientras Gus lo hace con una actitud tranquila que dice «ese soy yo», Jamie es más inocente, como un cachorro al que quieres proteger del mundo fiero y vicioso del exterior por temor a que se lo coman vivo.

Jamie sonrío porque sabe que estoy bromeando, pero tiene todavía los ojos vidriosos por la idea de colarse en esos minúsculos pantalones cortos. Para ser tímido, el chaval consigue bastantes chicas y, luego, algunas de ellas le hacen olvidar su inocencia. Las mujeres se sienten atraídas por Gus y Jamie como las polillas hacia la luz. Sin embargo, Gus se ha pasado a la monogamia por Scout y me encanta ver ese cambio en él.

—¿Qué? Estaba buena —se defiende Jamie.

Asiento.

—Es mona. —Me encojo de hombros—. Pero no es mi tipo.

Asiente con lentitud y una ligera sonrisa aparece en sus labios.

—No ha aprobado el examen, ¿no? —Sabe que la lista de cosas que me cortan el rollo con las mujeres es larga y que aumenta cada día.

Doy un sorbo a la cerveza antes de responder a sus burlas.

—No, simplemente no me gusta que todos los demás hayan visto sus atributos antes de que yo haya tenido la oportunidad de descubrirlos por mí mismo. Es toda tuya.

Robbie levanta el chupito de tequila.

—Necesito relajarme. Vamos a ponernos ciegos, joder. —Es un hombre de pocas palabras.

Jamie y yo levantamos los chupitos y, después de brindar, imitamos a Robbie diciendo:

—Vamos a ponernos ciegos, joder.

Una hora pasa volando. Ya nos hemos terminado dos rondas más de bebidas cuando empieza a chispear de forma agradable, hasta que las nubes descargan y cae un aguacero que nos empuja al interior.

Miro el reloj. Son solo las nueve y ya me siento un poco confuso.

—¿Queréis jugar al billar antes de que nos tomemos otra cerveza?  
—Necesito bajar el ritmo si quiero salir de aquí por mi propio pie esta noche en vez de que me lleven mis colegas.

—Me parece bien. Me quedaré con vuestro dinero. Juntadlo — dice Jamie con confianza.

El billar se me da como el culo. Sé que es un juego de geometría y ángulos, pero mi mente no trabaja de esa manera, lo que significa que siempre pierdo. Y siempre jugamos por dinero, así que no solo pierdo la dignidad, sino que también pierdo pasta. Técnicamente, debería ser lo último que disfrutara haciendo, pero me encanta. Tengo una mesa de billar en casa y puedo jugar cuando quiera, pero se me sigue dando mal aunque practique. Supongo que esa es la prueba de que algo no se te tiene que dar bien para disfrutarlo.

Robbie y Jamie son expertos y me dan una paliza rápidamente; me chinchán con humillaciones todo el rato. Las acepto con tranquilidad, lo que es raro en mí porque suelo devolvérselas verbalmente de buenas maneras. Sin embargo, mi atención se centra una y otra vez en una pareja sentada frente a una mesa pequeña, no muy lejos de nosotros. Es como si estuvieran atados, como si una enorme mano invisible los estuviera empujando contra los asientos a pesar de que ellos lo único que quieren es saltar y salir corriendo por la puerta, como si el edificio estuviera en llamas. El chico es de un aspecto normalito, pero tiene pinta de cínico y hastiado. Me apostaría lo que fuera a que su curro lo tiene amarrado a un cubículo de una oficina donde hace un trabajo tan tedioso que ya le ha robado el alma y se ha convertido en un soldado de serie aburrido y mediocre, sin esperanzas ni sueños. Sé que pensáis que estoy exagerando, pero se me da bien leer a las personas y tiene pinta de que pasar cinco minutos con este tipo es una tortura, como si fuera un dementor de las películas de Harry Potter que te absorbe la vida y la creatividad y te convierte en un zombi como él. Tiene el ceño fruncido, enfurruñado como si fuera el capitán a cargo de las SS. Gilipollas. No me gusta pelear, pero quiero darle una paliza porque la está tratando abiertamente como si le molestara.

Sin embargo, ella es otra historia. Tiene el pelo rubio rojizo, más

rojo que amarillo; el primer indicador del fuego que encierra dentro. Lleva una camiseta de You Me At Six, lo que me provoca una sonrisa, porque ya me interesa su gusto musical. Sonríe con determinación, lo que parece un «que te jodan» desafiante y combativo ante el apagado comportamiento de mierda de su acompañante. El estampado de leopardo que cubre sus pies, por alguna razón, me grita «zorra», pero no en el sentido de una zorra putilla, sino en el de una zorra pícaro que te desafía. Ha captado mi atención completamente.

Robbie y Jamie siguen jugando. Me han eliminado, por lo que me siento en un taburete cerca de la mesa de la pareja. Les escucho con disimulo. Sus intervenciones son, como mucho, esporádicas y limitadas; la conversación consiste solo en intercambios de una o dos palabras.

—¿Tienes hambre? —No le está lamiendo el culo, pero es un intento educado de reducir la incomodidad.

Él niega con un mohín simple e infantil.

—No.

—¿Una copa? —Necesita, más que quiere, otra copa para salir del apuro. Lo noto en su voz.

—No.

No le importa una mierda que esté quedando como un capullo. Lo odio.

—¿Billar?

Está a punto de rendirse. Ha sido breve, dulce y se nota que está hasta las narices.

—No —responde el gilipollas.

Deseo que ella diga algo más. Por favor, di algo, lo que sea. Tiene un acento británico entrecortado y un poco brusco, pero no es el típico acento de la BBC, congestionado y correcto. Acaba de pasar de interesante a extremadamente *sexy*.

—Voy al baño. —Suena tajante.

Señala hacia los servicios al otro lado del bar. Él arquea las cejas con pesadez para responder a su aviso y ofreciendo una imagen penosa.

Cuando se levanta y camina hacia el baño, la sigo. No se da cuenta

porque no lo hago de cerca, pero puedo observarla por completo. Debe de medir un metro sesenta y pico y los rizos le caen hasta la mitad de la espalda. Lleva una camiseta ancha, anudada en la cadera, y unos vaqueros estrechos. Viste informal, pero, a la vez, la hostia de adorable.

La espero en la puerta del baño de chicas y, cuando sale, doy un paso hacia ella y le bloqueo el camino. Mira hacia arriba e inclina la cabeza.

—Perdona, necesito pasar.

Me habla con ese acento, a poco más de medio metro de distancia... Acabo de morir. Le dedico mi sonrisa menos amenazante porque no quiero asustarla ni quedar como un perverso.

—¿Tienes mucha prisa por volver con el muerto viviente?

Niega con la cabeza tercamente, pero veo que intenta no sonreír.

—No, tengo prisa por marcharme mientras el gilipollas no mira y por salir a hurtadillas por la puerta trasera como una buena fugitiva.

Me echo a reír porque escuchar su acento hace que mi corazón sonría dentro del pecho, pero su actitud me hace querer llevarla fuera, bajo la lluvia, y mantener una conversación interminable para ver de qué pasta está hecha.

—¿Es tu novio?

Suelta una carcajada.

—¡Qué va! Es mi cita a ciegas. Mi primera y última cita a ciegas. La única. —Se hace la señal de la cruz en el pecho—. Lo juro por Dios.

—Ven al patio trasero conmigo. Te invito a una copa. —No sé por qué, pero necesito conocer a esta mujer. Lo. Necesito. Le guiño un ojo y añado—: Te prometo que no soy un gilipollas.

—Conque no eres un gilipollas, ¿eh? Bueno, eres un ligón... No estoy segura de si debería creerte. —Su pequeña sonrisa me dice lo contrario. Como os he dicho antes, soy bueno leyendo a las personas.

Niego con la cabeza. Lo único que puedo hacer es sonreírle mientras me sigue fuera. Ha dejado de llover y hay mucha humedad. Me encanta el ambiente después de una tormenta: el aire limpio y húmedo te llena los pulmones con resolución y aplomo, como si



supiera que es su deber hacerlo.

Cogemos las dos únicas sillas secas que hay debajo de una sombrilla en una esquina y, segundos después, un camarero aparece. Coquetea tanto como su compañera y observa a mi inglesita con intensidad. No me gusta.

—¿Otro gin-tonic, cariño?

¿Qué les pasa a los camareros de este bar con los putos motes cariñosos?

—No... —Hace una pausa y me mira—. ¿Vas a quedarte o vas a marcharte pronto con tus amigos?

Haré lo que ella quiera que haga.

—Me quedaré si me haces compañía.

—Entonces, sí. —Dirige los ojos a toda velocidad hacia el camarero—. Otro gin-tonic con una rodaja de pepino, por favor.

El camarero me mira de mala gana porque quiere seguir metiéndole mano con los ojos. Le fulmino con la mirada un segundo para hacerle entender que sé de qué va y que no me hace gracia y contesto:

—Una Heineken y un chupito de José Cuervo.

Una vez que se ha ido, ella se echa a reír con cierta maldad, lo que contrasta con su apariencia dulce.

—Un fan del tequila. Puede que me haya metido en un lío.

Arqueo las cejas.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el tequila?

—No, me encanta. Lo único es que parece que todos los tíos a los que les gusta el tequila son un poco peligrosos.

Me río porque no está intentando sonar seductora, solo está exponiendo sus propias conclusiones.

—¿Ah, sí?

Asiente, se reclina en la silla y cruza las piernas. Su pie rebota unas cuantas veces con confianza, sin nervios.

—Sí, así es.

Su postura me dice que no va a irse a ningún sitio, pero tampoco está exactamente tonteando, por lo que le pregunto:

—¿Te parezco peligroso?

Ladea la cabeza y aprieta los labios carnosos.

—Mmm... Iba a decir que un poco, pero creo que es por los tatuajes. Lo suficientemente peligroso como para ser divertido, sí. Sin posibilidades de ser tan peligroso como un criminal de verdad.

Sonríó de nuevo.

—Me parece bien. Lo suficientemente peligroso como para ser divertido. ¿Cómo te llamas?

—Gemma. Cuando nací, mi abuelo me miró y dijo: «¿No os parece una gema?». Así es cómo me pusieron el nombre.

—Creo que tenía razón. Me gusta.

De momento, me gusta todo de ella. Le pega el nombre.

—¿Y a ti cómo te llaman?

—¿Que cómo me llamo?

Asiente y sonríe porque la estoy vacilando.

—Exacto.

—Franco.

—¿Tiene alguna historia detrás?

—No. Supongo que a mi padre le gustaba el nombre. Tengo un hermano y tres hermanas. Mi madre y mi padre nos ponían el nombre por turnos. A mí me tocó mi padre, le gustaba Franco y punto final. Entonces, ¿cuál es la historia con el gilipollas de la cita a ciegas?

Mira hacia atrás por encima de su hombro, hacia la ventana. El muerto viviente se ha ido hace mucho. Suelta un suspiro de alivio.

—El hermano de una amiga... o quizás su primo... No me acuerdo. Un amigo en común (aunque ahora mismo esa palabra no se ajusta mucho) nos preparó una cita a ciegas sin que lo supiéramos. Nos trajo hasta aquí con engaños, nos presentó y se fue, dejando atrás a las dos personas con menos posibilidades de acabar juntas del mundo. El fracaso fue inmediato. Me invitó a una copa de vino tinto y me intentó impresionar con su vasto conocimiento sobre Kanye West. A mí no me gusta ninguna de las dos cosas. Después de eso, todo se fue directamente a la mierda y se cabreó porque no estaba extasiada por la basura de alcohol y música que le gustaba. Ha sido un recordatorio horrible de por qué no salgo con chicos. Creo

que ya estoy intentando borrarlo de mi memoria. Estoy segura de que él está haciendo lo mismo.

Señalo con la cabeza lo que lleva escrito en la camiseta.

—¿Te gusta la música?

Le brillan los ojos.

—Me encanta.

Ahora no estoy seguro de si quiero decirle que estoy en una banda o no. Tendré que tantearla.

—¿Qué escuchas?

Se señala la camiseta.

—Obviamente. —Sonríe, por lo que sé que no ha pretendido ser borde al dejar claro que era obvio—. Josh Franceschi es mi futuro marido, pero él no lo sabe todavía. Catfish and the Bottlemen, Walking on Cars y Nothing But Thieves también son unos *cracks*.

Asiento.

—Entonces, en general, solo escuchas bandas británicas.

Se sonroja.

—De Reino Unido, sí. Es a donde pertenece mi corazón. No puedo evitarlo. Lo llevo en la sangre. —Señala mi camiseta—. Los chicos de Twin Atlantic también son fantásticos. El acento de McTrusty... —Se abanica con la mano para ilustrar lo bueno que está—. Por Dios, ese hombre hace que cualquier cosa suene *sexy*.

—Pero habla igual que tú. No sabía que los británicos reconocían el acento de otros británicos.

Le da un sorbo a la bebida que el camarero demasiado amable le acaba de poner delante. Tiene un brillo soñador en los ojos, parece que está disfrutando mucho al hablar de él.

—El acento de Sam McTrusty no se parece al mío. Es escocés. Totalmente distinto. Cuando canta la palabra «*generator*», suena a sexo. Cuando yo digo «*generator*», suena a... bueno... a «*generator*», a nada en especial.

—Oh, sí que suena especial. —Le guiño un ojo porque, por Dios, sí que es así—. ¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos?

—Un año, más o menos. Mi visado de trabajo está a punto de caducar, así que me vuelvo a casa la semana que viene.

—¿Dónde vives?

Me angustia un poco preguntar porque, aunque no la conozca, no sé por qué, no quiero que se vaya.

—En un pueblecito al norte de Inglaterra, entre Manchester y Liverpool —Sus ojos reflejan un cariño y orgullo evidentes. Da otro sorbo a la bebida y no puedo apartar los ojos de sus labios—. ¿Eres de aquí? ¿De Los Ángeles?

Niego con la cabeza.

—No, por Dios. Soy de San Diego.

—Ah, San Diego. He oído hablar de ese sitio, pero nunca he estado. La verdad es que no he salido de Los Ángeles.

—Lo siento —me disculpo, pero esbozo una sonrisa para que sepa que estoy bromeando. Más o menos.

Sonríe también, con la misma expresión arrepentida que yo.

—Sí, Los Ángeles no acaba de gustarme. Echo de menos mi pequeño pueblo. Esto es una locura. —Hace un gesto en mi dirección—. ¿Y tú qué estás haciendo aquí?

He decidido contárselo.

—Toco en una banda. Estaremos trabajando aquí unas semanas.

Entrecierra los ojos porque no está segura de si creerme o no.

—¿Me estás vacilando?

Me echo a reír y respondo a sus dudas:

—No, en serio. Toco en una banda.

Una pizca de malicia aparece en sus ojos y no sé qué significa. ¿Está impresionada o sigue pensando que estoy mintiendo y que me ha pillado?

—¿Trabajando? ¿Qué quieres decir? ¿Tocando en bolos?

Niego con la cabeza.

—No, estamos grabando un álbum.

Deja escapar una sonrisa inocente y transparente. Está impresionada. Me cree.

—¿Cómo se llama la banda?

Por alguna razón, contengo la respiración. Espero que no haya oído hablar de nosotros; odio a las *fangirls*.

—Rook.

Levanta los hombros ligeramente y acompaña este movimiento con una mueca de disculpa antes incluso de abrir la boca.

—Lo siento, no la conozco. ¿Qué tocas? ¿Qué instrumento?

No me ofende. No me ofende en absoluto.

—No pasa nada, no somos ingleses. No esperaba que nos conocieras. —Se le tiñen de rojo las mejillas, pero se le suaviza la sonrisa, por lo que continúa—: Toco la batería.

Vuelve a reír con malicia.

—Entonces, tenía razón sobre ti. Eres un poco peligroso.

Arqueo las cejas sin confirmarlo ni negarlo.

Echa un vistazo al reloj.

—¡Mierda! —Se levanta y empuja la silla algo aturdida.

—¿Qué pasa?

—La perra de mi compi de piso —dice mientras se seca un sudor inexistente de la frente—. Está enferma. Mi compi está en un funeral, por lo que se suponía que me tocaba darle la medicina a mí hace treinta minutos.

Está realmente angustiada y eso me entristece porque, bueno, porque está angustiada, pero también me alegra porque sé que me está diciendo la verdad y que no es una excusa para escaquearse.

—Mira, sé que ahora mismo una cita es impensable porque por culpa de ese gilipollas te horroriza la idea, y que nuestra situación geográfica lo acabaría haciendo imposible, pero ¿puedo llamarte? ¿Puedo volver a verte? Sin expectativas, solo para pasar un buen rato mientras los dos estemos por aquí.

El miedo desaparece y se le iluminan los ojos.

—Me encantaría.

Saco el teléfono y se lo doy. A toda velocidad, escribe su número. Le mando un «hola» y sonrío cuando le suena el móvil en el bolsillo.

—¿Puedo acompañarte hasta el coche?

—Oh, no, no tengo coche. He venido andando. Vivo en los apartamentos de la esquina.

Niego con la cabeza y me recorre un escalofrío porque acaba de darle información personal a un desconocido.

—No deberías decirle a un tío al que acabas de conocer dónde

vives. Podría ser un asesino en serie.

Sonríe con confianza.

—Pero no lo eres, chico malo. Creo que ya lo hemos comprobado.

Sonríe.

—Entonces, ¿puedo llevarte a casa ahora que sé dónde vives?

—Supongo que sí. No suelo ir sola de noche.

Robbie y Jamie siguen jugando al billar cuando entramos en el bar. Según parece, están haciéndoles trampas a dos tipos de mediana edad. Les digo que volveré en quince minutos y ambos me dan una palmadita en el hombro. Es un gesto que indica «¡Ve a por todas, Tigre!», pero, por suerte, no lo dicen en voz alta.

Caminamos rápido. Está preocupada por la perra. Cuando llegamos a la puerta, tomo nota mental de la dirección del apartamento. Número 215. Señalo al otro lado del aparcamiento.

—Nosotros estamos en el 171.

Asiente y repite:

—Lo pillo, el 171.

Esto es un poco raro, porque no deseo más que besarla, aparte de hacer otras cosas, pero estoy nervioso. Nunca me he puesto nervioso cuando he estado con mujeres. Sé controlarme.

Me mira de arriba abajo.

—Mira, Franco, no suelo ir tan deprisa, de verdad, así que no pienses mal de mí, pero tengo que darle la medicina a la perra. Me encantan tus labios y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me besaron... —Hace una pausa. La vergüenza y la valentía se pelean en la curva de su sonrisa. Gana la segunda, por lo que continúa—: ¿Nos vamos a enrollar o debería entrar?

Echo la cabeza hacia atrás riéndome. Luego, enmarco su cara con las manos y la miro a los ojos.

—Joder, eres perfecta, ¿sabes?

Asiente entre mis manos y me guiña un ojo.

—Suelo estar de acuerdo contigo.

Y, entonces, la beso y su boca tiene el mismo efecto en mí que su acento. Me pierdo en ella. No es tímida, tiene las manos en mis caderas, pero cuando el beso se intensifica, desliza los brazos a mi

alrededor y me aprieta con fuerza.

Tengo que recordarme a mí mismo que es solo un beso y que no vamos a ir más allá. Mi polla, por otra parte, quiere más, porque ha pasado un montón de tiempo desde la última vez. Me lo está suplicando. El camino de vuelta al bar va a ser, como poco, incómodo.

He decidido que quiero vivir así, mi boca pegada a la suya para siempre, porque no solo me está volviendo loco con su lengua, sino que los sonidos que está haciendo me están maravillando. No está gimiendo ni jadeando ni gimoteando... Es solo placer. Es la única manera que tengo de describirlo. Está en sintonía conmigo. Lo sentimos los dos y no le da vergüenza hacerme saber con exactitud cuánto le gusta. Cuando noto las pequeñas presiones de su cuerpo contra el mío, sé que tengo que dejar que entre a por la perra o, de lo contrario, vamos a iniciar una sesión vergonzosa, pero jodidamente satisfactoria, de toqueteos en su portal.

A regañadientes, dejo de besarla y la miro a los ojos.

Me devuelve la mirada con descaro y se moja los labios con la lengua.

—Bueno, supongo que vamos a enrollarnos.

Joder, quiero besarla de nuevo. Tengo las manos todavía enredadas en su pelo y sería tan fácil bajar la cara hacia la suya... Pero, en cambio, le digo:

—Será mejor que entres a por la perra.

Asiente con lentitud, dubitativa.

—Putá perra.

La beso en la punta de la nariz antes de soltarla.

—Te llamo mañana, Gemma.

—Eso espero. Y tenía razón... —dice mientras abre la cerradura.

—¿En qué?

Me muero por escuchar su respuesta.

—Eres, definitivamente, peligroso pero divertido. —Me guiña un ojo mientras empuja la puerta—. Buenas noches, Franco.

—Buenas noches, Gem.

Mueve los dedos para decir adiós antes de que la puerta se cierre.

Joder.

Es lo único que puedo pensar.

Jo-der.

Me siento como si hubiera enloquecido.

Pero no en el mal sentido.

Necesito cerrar los ojos un momento y poner en orden la mente, porque me ha expuesto de la forma más simple. Hace unas horas, solo pensaba en intentar despejarme y pasar un buen rato con los chicos. Entonces, aparece Gemma y lo destruye todo como si fuera una granada. La siento dentro de mí, como si, con su presencia, hubiera prendido fuego a un montón de leña y yo estuviera en el centro de la pira, consumiéndome rápidamente.

Ahora lo único en lo que puedo pensar es en ella.

Me hace feliz.

Y me pone cachondo.

Y todo lo que se encuentra entre esas dos emociones.

Soy incapaz de borrarle la sonrisa de la cara. Suelo estar siempre sonriente. Pero ¿esto? Este es el tipo de sonrisa que no desaparece en horas. Ya me duelen las mejillas y, joder, me encanta.

Cuando vuelvo al bar, Jamie y Robbie se meten conmigo. No me defienden, solo les dedico una sonrisa enorme, provocada por Gemma. Se ríen de mí, pero me importa una mierda.

Pedimos otra ronda. O tres.

Jamie y Robbie juegan una vez más al billar. O tres.

Es tarde, o bastante pronto, cuando nos dirigimos al apartamento. He tomado mi dosis de alcohol y estoy tranquilo. Siento las extremidades débiles y desconectadas del cuerpo, como si el sueño empezara a reclamarme, pero mi interior, mi mente y mis órganos todavía tiemblan por la emoción de esta noche.

Los chicos siguen soltando mierda de mí cuando abro la puerta del apartamento y todos nos reímos a carcajadas al entrar. Durante un segundo, pienso en hacerlos callar porque estamos borrachos y montando escándalo y Gus estará seguramente durmiendo, pero este sale de la cocina en ropa interior con un vaso de leche en la mano. La sonrisa traviesa que surca en sus labios me dice que él también está metido en algo. O lo ha estado. Es obvio que él también ha tenido



una noche excelente.

—Deberías haber venido con nosotros, gili. He conocido a una pequeña rubia del norte de Inglaterra llamada Gemma. Le encanta el estampado de leopardo, a You Me At Six y la ginebra. Es perfecta. Tengo su número. Nos los hemos pasado genial todos.

Estoy haciéndole chantaje. Sé que si yo le cuento, él contará también y quiero saber por qué tiene esa puta sonrisa. Me encanta verle de nuevo así de feliz. Entonces me llega el olor de algo que parece provenir del paraíso y sé exactamente quién es la culpable de esa sonrisa y con qué ha estado liado. Me ruge el estómago sé que hay galletas en el apartamento y porque sé quién las ha cocinado, lo que significa que son las galletas más deliciosas en más de ochocientos kilómetros a la redonda, porque la chica sabe cocinar. Necesito galletas.

—¿Ha venido Scout? ¿Dónde están las galletas?

Jamie interrumpe mi reacción de sabueso ante el olor para decir:

—¡Hostia puta! ¿Qué le ha pasado a la mesa? ¿Y a la pared?

Miro hacia la pequeña mesa al lado de la puerta. El muro de yeso es historia. Ha sido castigado por la mesa, a la que parece que tampoco le ha ido muy bien.

Gus levanta las cejas admitiendo una culpa irreprochable. Me encanta que el chaval nunca oculte nada. Es de fiar y no esconde lo que le pasa por la mente; se refleja en su expresión porque no filtra ni disimula nada.

—Puede que Scout haya venido esta noche para repartir galletas.

Eso explica los daños en el mobiliario. El desenfreno de la mesa contra la pared tiene ahora todo el sentido, Scout no da dos pasos dentro de casa antes de que se arme una buena. Me alegro por él. Me alegro por ellos. Pero me meto con él de todos modos porque es lo que debe hacer un mejor amigo.

—Eso no explica los daños en el mobiliario.

Levanta el vaso de leche, se encoge de hombros relajado, como solo Gus sabe hacer, y dice:

—Digamos que las galletas estaban muy buenas, excelentes incluso. Probablemente sean las mejores galletas que haya probado

nunca.

Se va a su habitación, victorioso.

Joder. Estoy pensando en Gemma otra vez. Y daría lo que fuera... lo que fuera... por probar sus galletas.

## Viernes, 19 de enero

Hemos estado en el estudio todo el día y, durante ese tiempo, me he centrado en la música, dándolo todo. Pero en el momento en que hemos subimos a la furgoneta para volver al apartamento, he comenzado a pensar en Gemma y en que es la primera mujer que me vuelve loco desde hace mucho.

Sé que estará aquí solo unos días más, pero no puedo dejar de pensar en ella. Y no creo que anoche la atracción fuera solo por mi parte; en ese beso conectamos de verdad. Fue un acto físico tan fogoso que no pudo haber sido fingido. Le gusté.

Joder.

Le mandaré un mensaje cuando lleguemos a casa.

Al parecer, estoy obsesionado con esa mujer y no puedo esperar dos minutos a que entremos, por lo que le pregunto si quiere cenar conmigo esta noche cuando estoy aún dentro de la furgoneta, en el aparcamiento del apartamento.

Cojo el móvil y miro a la pantalla como un imbécil con mal de amores sacado de una cursilada romántica, esperando una respuesta inmediata.

—Joder, tranquilízate, tío —digo en voz alta para recordarme que tengo que dejar de actuar como un puto cachorro hiperactivo.

El teléfono me vibra en la mano antes de llegar a la entrada, así que cierro la puerta del apartamento y vuelvo al aparcamiento. Cierro los ojos y respiro profundamente porque se me ha acelerado el corazón en el pecho. Es ese latido poco común que me recuerda que

estoy vivo y, además, que otro ser humano puede crearme en un segundo una necesidad, un anhelo y un deseo tan intensos que me hacen sentir un redoble de tambores de bajo de las costillas. Debería darme miedo, pero no es así.

Gemma:

*Ya he cenado. Me ha sobrado algo de comida, por si te quieres pasar.*

Mis pies se dirigen al 215 antes incluso de que haya leído «por si te quieres pasar». Levanto la mano, preparado para llamar a la puerta, aunque estoy todavía a tres pasos de ella.

Estoy a dos pasos cuando se abre la puerta.

Supongo que los dos estamos ansiosos.

Y allí está Gemma, con unos pantalones cortos con estampado de leopardo y un top negro sin mangas con la bandera de Reino Unido en la parte delantera, lo que refuerza su imagen de sutil sofisticación. Soy de los que define sofisticación como diferenciarse uno mismo del resto del mundo, pero no de un modo creído que diga «soy demasiado bueno para ti», sino de una manera atractiva, única y elegante. La elegancia tiene que ver simplemente con la forma en que una mujer se presenta. Gemma puede transmitir elegancia con un par de pantalones cortos con estampado animal y un top sin mangas.

—Buenas.

Está radiante. Su sonrisa surge de un profundo abismo de alegría.

—Hola, Gem.

Yo también sonrío y se me acelera el corazón de nuevo, estimulado por su alegría. La felicidad de otra persona siempre se cuela en mi interior. Inconscientemente, le doy la bienvenida en mi alma, me alimento de ella. No es un proceso complicado, ocurre sin más. Cuando era pequeño, vi a mi abuela, que vivió con nosotros durante un corto período de tiempo, luchar contra el Alzheimer. No solo le robó los recuerdos, sino que también se llevó su habilidad para actuar, pero nunca le arrebató la felicidad ni su buen corazón.

Recuerdo que, con once años, pensaba que esa actitud era admirable. Siempre luchó por aferrarse a ello. Mi amiga Kate reforzó estos sentimientos cuando enfermó. Se mantuvo positiva y feliz hasta el final.

Gema da un paso atrás para que pueda pasar. En el momento en que cierra la puerta a mis espaldas, me pierdo en el aroma de algo abundante, jugoso y... copioso, como si el olor que la comida desprende fuera suficiente para satisfacer mi hambre.

—¿Qué es lo que huele tan bien?

La sonrisa desaparece en una de las comisuras de su boca, pero no apaga la felicidad que irradia, solo se transforma en algo de orgullo.

—*Scouse*.

—¿Perdona? Dilo en inglés para que lo entendamos los americanos. —No puedo evitar sonreír incluso mientras me meto con ella.

Se gira, pero no antes de que vislumbre su sonrisa traviesa. Se dirige hacia la cocina.

—Fue nuestro idioma antes .

—Tú ganas. Además, suena mejor con tu acento.

Tira de la tela de los pantalones y hace una falsa reverencia mientras camina a través de la entrada de la cocina.

—Genial, entonces.

Se acerca a un armario y saca un bol y un vaso. Destapa una olla de cocción lenta y sirve con un cucharón un brebaje que huele tan bien que incluso puedo saborearlo.

Cuando señala hacia una pequeña mesa y unas sillas que hay en la esquina, me siento como el hombre obediente y hambriento que soy.

—¿Qué es el *scouse*? —le pregunto mientras coloca el bol delante de mí.

—Carne, patatas, zanahorias y cebollas.

Cojo la cuchara con ganas y me encojo de hombros.

—Un estofado.

Sonríe.

—Llámallo cómo quieras. Sigue siendo *scouse*.

Como un poco. Es el mejor estofado que he probado nunca. Mucho mejor que el normal, por lo que decido que el nombre especial está justificado.

—Está bueno.

—Claro, es la receta de mi madre. ¿Quieres tomar leche o agua?

—¿Cerveza? —pregunto esperanzado.

—No hay ninguna que sea mía, todas las de la nevera son de mi compi de piso —responde en tono de disculpa.

—¿Crees que a ella le importará?

—A él —me corrige—. Y sí, le importaría mucho.

—¿Vives con un tío? —No sé por qué estoy tan sorprendido, pero lo estoy.

—No le he visto la salchicha y los huevos, pero sí, a juzgar por su barba frondosa y su voz grave de barítono, diría que sí, que es definitivamente un tío.

—¿Cómo le conociste? ¿Cómo os convertisteis en compañeros de piso? —pregunto con curiosidad.

—Respondí a su anuncio en Craigslist... —Cuando abro la boca para interrumpirla, provocando que casi se me caiga el estofado de ella, me dedica una mirada de súplica para que no lo haga— ... lo que sé que es estúpido e ingenuo, me lo han dicho millones de personas millones de veces desde entonces. Pero te voy a contar un pequeño secreto sobre mí. —Sus ojos se agrandan—. Soy bastante confiada.

—Eso no es ningún secreto, lo que quizás te perjudica. Te viniste a vivir con un tío desconocido en un país extranjero y anoche dejaste que yo te acompañara a casa a pesar de conocerme desde hacía solo una hora.

Sonríe de una manera que me indica que no tengo razón.

—Tengo un buen instinto. Eres inofensivo. Y dulce. Y agradable a la vista.

Entonces entra un chico en la cocina. No lleva barba. Es joven, demasiado joven para ser el compañero de piso en cuestión.

—Buenas, Brandon —le saluda Gemma.

Él levanta la barbilla a modo de respuesta, con la indiferencia que

solo un crío de doce años puede expresar, y quedarme tan a gusto.

—¿Quieres un poco de *scouse*?

Niega con la cabeza, tan imperceptiblemente que parece un insulto, mientras camina hacia la nevera y saca un Gatorade. A esto le sigue una salida rápida de la cocina sin soltar una sola palabra.

—Un chaval muy majo —digo en tono sarcástico.

Quedarse en silencio cuando ella intentaba ser agradable es de ser un capullo.

—Es el hijo de mi compañero de piso. No habla.

Arqueo las cejas.

—Ya me he dado cuenta.

Niega como si no le hubiera entendido.

—No, no puede hablar. Tiene las cuerdas vocales dañadas. No puede hablar, literalmente.

—Ah. —Ahora el que se siente como un capullo soy yo.

—¿Leche o agua? —pregunta de nuevo, volviendo a la conversación original. Su voz vuelve a ser suave y alegre. O quizás nunca ha cambiado y ha sido impresión mía porque me siento culpable.

Me río del tono maternal que utiliza para picarme.

—Leche, por favor.

Cuando deja el vaso delante de mí, todavía me queda medio bol y tengo la esperanza de que haya quedado bastante para que pueda comerme otro. No he tomado una comida casera desde la cena con mis padres en Año Nuevo.

—¿Tienes alguna pajita? —pregunto con la boca llena.

—¿Pajita?

Me encojo de hombros.

—Cosas de estrellas del *rock*. No lo entenderías. Las pajitas son una pasada.

Para mi sorpresa, ella también se encoge de hombros con empatía.

—No tengo ninguna, pero las pajitas son lo más. ¿Por qué los americanos no las usan? En Inglaterra, las usamos siempre.

Me pongo una mano en el pecho.

—Sabía que me encantaban los británicos.

—Cállate, yanqui.

Lo hago, me callo, me lo ha pedido de una manera tan dulce... Y, como un muerto de hambre, me termino dos boles de ese maravilloso estofado llamado *scouse*.

Después nos vamos al sofá para ver una película.

En cuanto se sienta a mi lado, invadiendo mi espacio vital con su presencia, su olor y su todo, me pierdo en ella.

Habla y yo escucho. Hablo y ella escucha. Y, entre medias, vemos la película. Pero los dos sabemos que no queremos ni hablar ni escuchar ni ver la película. Queremos tocarnos. Queremos saborearnos. La química entre nosotros es como la energía estática.

—¿Puedo ir al baño?

Me sonrojo, porque la situación en mis pantalones cortos es crítica.

—Claro. Está al final del pasillo a la izquierda.

Señala al pasillo y sus ojos pasan sobre los míos antes de apartarlos, momento que aprovecho para colocarme los pantalones. Ella también está intentando reducir la tensión.

Cuando vuelvo al sofá, está sentada en el mismo sitio, pero abraza un cojín con fuerza contra su pecho. Quiero ser ese cojín.

Como si fuera vidente, dice:

—¿Quieres que vayamos a mi habitación y terminemos de verla en mi tele?

No despega los ojos de mí, pero inclina la cabeza hacia el televisor de la esquina. Sus ojos muestran la misma confianza y carácter juguetón de siempre, pero su voz es distinta. Más calmada que de costumbre. No mandona, sino deseosa.

Quiero decir que sí en cuanto escucho «habitación», pero espero a que termine y me tomo otro momento de pausa para no parecer un hombre necesitado. Porque ¡soy un puto hombre necesitado!

Lo que ocurre a continuación forma parte de un solo movimiento natural. Gemma coge el mando del sofá con una mano y la mía con la otra. Apaga la tele mientras me lleva por el pasillo y deja el mando en la mesita. Antes de que pueda pestañear, estamos detrás de una



puerta cerrada, en su habitación. Todo ha pasado muy deprisa, como un vídeo a cámara rápida. Hace un segundo estábamos sentados en el salón, acosándonos con los ojos, y al siguiente estamos de pie en la habitación, acosándonos con las manos.

Tengo la mano derecha en su clavícula; mis dedos resbalan por debajo de la tira de su top sin mangas y ponen a prueba mi control ante la suave fascinación de la piel. Mi mano izquierda se posa en su cadera, bastante abajo, tan abajo que mis dedos tocan la parte superior de la curva de su culo.

Apoya su mano derecha en mi pecho. Debajo, mi corazón se acelera. Cuando rodea la nuca con la mano izquierda, se me ponen los pelos de punta.

Joder.

Gemma hace que quiera romper todas las normas de decencia que existen. Y sé que le encantaría que lo hiciera. No soy el único malote en la habitación, os lo juro.

Cuando nos inclinamos para rozarnos los labios, lo hacemos con lentitud. Con control. Entonces, aparecen las prisas. Tenemos los ojos fijos el uno en el otro. Nuestros labios están tan cerca que casi se tocan, tentación de la que los dos nos alejamos. Levanta una ceja desafiante en señal de aceptación al comprender el reto silencioso entre nosotros. No hay beso, al menos de momento, porque tocarnos es tan jodidamente agradable...

Gemma deja de rodearme la nuca y, con un dedo, traza suavemente una línea sobre el cuello de la camiseta, desde la espalda hasta el pecho. No he despegado los ojos de ella, pero estoy concentrado en la maraña de nervios que se acumula bajo mi piel y sigue el trazo de su dedo como un imán. Cuando se mueve hacia arriba y me roza la nuez, trago y esta se mece sobre su dedo, incrementando la presión, lo que, a su vez aumenta la intimidad y se le corta la respiración, pero continúa su viaje. Me acaricia el mentón por encima de la incipiente barba y se detiene en mi boca. Traza la forma de mis labios, haciendo que los abra, ya que respirar por la nariz no basta para que me llegue suficiente oxígeno al cerebro. Respiro profundamente por la boca para calmarme, para recuperar el

control, para recordarme que estoy aquí y que, joder, está ocurriendo. Me muerdo la lengua hasta que siento que roza el borde superior de mis dientes inferiores con la yema de su dedo. Mi lengua quiere entrar en el juego y rodea al intruso para darle la bienvenida.

Se le abren un poco los ojos y decido que me toca actuar a mí. Con el dedo aún en la boca, la sujeto por la muñeca con suavidad y lo chupo mientras lo saco lentamente. La miro y cuento hasta diez, porque la calma es más estimulante de lo que nunca había imaginado. Con esta mirada y esta calma le estoy comunicando todo lo que deseo hacerle. Y ella está haciendo lo mismo. Y, joder, es erótico de cojones. Noto las vibraciones entre nosotros. No hay suficiente aire en la habitación. Nuestros pechos se mueven agitadamente por el esfuerzo. Y el esfuerzo le sienta genial. El abultamiento de sus pechos es más pronunciado en la parte superior del top, como si sus pezones apenas se ocultaran. Su escote pide a gritos ser dividido y, hostia puta, se me ocurren cinco maneras distintas de hacerlo y dominarlo. Se pasa la lengua por los labios en un acto inconsciente de deseo, pero me pone a cien.

Con su muñeca todavía en la mano, la giro para que mire en dirección contraria a mí y luego la dejo caer. Acaricio su abundante pelo largo y sedoso antes de encerrarlo en mis puños, retorcerlo un par de veces y levantar el conjunto de ondas y rizos *sexys* para dejar al descubierto su cuello. Un cuello que quiero probar. Un cuello que voy a probar. Sostengo el pelo sobre su cabeza con una mano mientras convengo a su mano izquierda de que suba y sujete la melena para tener las mías libres para investigar. Joder, es un gesto sencillo, pero ella aquí, confiada, dándome la espalda y sosteniéndose el pelo es como una ofrenda. Una ofrenda preciosa, digna de una fantasía.

No la toco.

Todavía.

Pero eso está a punto de cambiar.

Inclino la cabeza y susurro su nombre contra la nuca:

—Gemma. —Lo digo con lentitud para que surta efecto.

Y lo hace. Tiembla. Su cuerpo entero tiembla, desde la cabeza hasta los pies. Recorro con la mano el brazo que tiene libre,

empezando por el hombro. El ritmo es tortuoso y, cuando la palma de mi mano roza el dorso de la suya, entrelazo mis dedos con los suyos. Me aprieta con fuerza. La presión hace que la tensión aumente. Ha llegado al máximo, al límite.

Y, como no lo soporto más, me abalanzo sobre ella. Empujo con avaricia mi erección contra la parte baja de la espalda. Al notar el contacto, se aprieta contra mí.

Mierda, esto es maravilloso.

Llevo nuestras manos entrelazadas hasta la base de su garganta y, cuando despliego los dedos, ella me imita. Nuestros dedos permanecen en contacto, los míos alternados con los suyos. Entonces, presiono la palma de su mano contra su piel. Despacio, muy despacio, guío su mano horizontalmente hasta que nuestros dedos están bajo los tirantes del top y del sujetador, preparados para realizar nuestro descenso. Ella está ahí conmigo, dejando que la guíe, sin ponerme límites. Su pecho sube y baja con avidez, expectante. Como mi mano es más grande, aunque la palma de la suya esté pegada a la piel, es el borde de mi mano superpuesto al de la suya el que primero alcanza su pezón.

Un soplo de aire escapa de su boca y un suave «sí» se esconde en él.

Su pezón está endurecido por el deseo. Cuando el cosquilleo bajo mi piel desaparece, sé que se ha perdido en su cuerpo. Ahora lo siente ella, está ahí para satisfacerla. Paro cuando noto que está en su interior, añado presión y muevo su mano de un lado para otro, menos de tres centímetros hacia cada lado, hasta que su culo se aprieta contra mí. Se está calentando ahí abajo.

Sigo moviendo la mano unas cuantas veces más, pero la deseo, por lo que continúo así hasta que la siento firme y en tensión bajo mi dedo corazón. La rozo con toda la longitud del dedo hasta que la escucho murmurar mi nombre:

—Franco.

Siempre me ha dado igual mi nombre. Ya no. No cuando ella lo dice así.

Sujeto el pezón entre nuestros pulgares e índices. Trabaja

conmigo, retorciéndolo con suavidad, pellizcándolo, rozándolo.

Mientras está inmersa en este festival de placer mutuo, recuerdo que su cuello, al que quería prestar atención antes, está al descubierto, esperando, al igual que la parte superior de su espalda, donde el top se abre. Entonces, mientras mi mano está ocupada, le acaricio la columna con la punta de la lengua, justo por encima de la camiseta. Dibujo con ella un camino hasta el nacimiento del pelo. Me detengo para presionar los labios varias veces sobre su piel porque sabe jodidamente bien. Se le eriza el vello de la nuca. Chupar y saborear no es bastante. Succiono, devoro, lo bastante fuerte como para dejarle una marca.

Suspira en señal de aprobación.

La rodeo con mi otro brazo y le desabrocho los pantalones. Cuando lo hago, gime. No es un gemido normal. Es un agradecimiento profundo por el placer que está experimentando, acompañado de una súplica para que le dé más. Más.

Es una súplica a la que tengo que responder.

Mientras seguimos satisfaciendo su parte superior, me aventuro yo solo en la parte inferior.

Sus bragas son de cintura baja. Deslizo los dedos en su interior con facilidad. Tan pronto como entro, el ir despacio y con control se termina. Abre las piernas. Otra súplica.

Está húmeda, jodidamente húmeda, bajo mi roce. Mis dedos se deslizan sobre ella y dibujan un círculo, dos, antes de introducir dos de ellos en su interior. Se enroscan, aprietan, le dan placer.

—Sí, joder. —Ya no es un susurro, es una petición.

Esas dos palabras me convencen de mantener los ojos bien abiertos para impregnarme de la mujer que me tiene completamente cautivado.

Separa su mano de la mía y deja que le toque el pecho yo solo. Mi mano lamenta su ausencia hasta que la suya se cuela entre ambos y me agarra a través de los pantalones. Me acaricia.

—Jod...

Toc.

Toc.

Toc.

Toc.

Toc.

Cinco golpes rápidos pero muy precisos en la puerta de su habitación.

Se pone tensa.

Deja caer la mano y se aleja de mí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no lo ignoras? —Por favor, ignóralo.

—Es Brandon —murmura mientras se sube la cremallera de los pantalones.

—¿Y? —¿¡Y!?

Sigue murmurando:

—Siempre llama cinco veces si necesita algo, si es urgente. —La sigo mirando sin pestañear, así que añade—: No puede hablar.

Abre la puerta y cualquier sentimiento de malestar o irritación por el crío desaparece cuando le veo la cara. Se muere de vergüenza y tiene los ojos fijos en el suelo. Articula la palabra «perdón» y señala hacia el salón. Entonces me doy cuenta de que la parte delantera de su camiseta blanca está manchada de un mejunje marrón, espeso y apestoso.

Escuchamos ruidos en el salón. Algo se estrella contra el suelo y se rompe en pedazos. Le sigue un «Mierda, esto no es bueno». Son palabras pronunciadas con dificultad, ralentizadas por una gran cantidad de alcohol que impide un discurso normal.

Gemma se dirige de inmediato hacia el lugar de donde proviene el ruido.

Brandon y yo caminamos hacia el salón detrás de ella uno al lado del otro. No sé en qué me estoy metiendo, pero estoy seguro de tres cosas: voy a conocer al compañero de piso de Gemma, estoy todavía cachondo y el pobre de Brandon huele como una bolsa de basura tras un día entero en la calle bajo el sol.

Un hombre está agachado en el suelo, intentando torpemente recoger los pedazos de una lámpara rota. Se sobresalta cuando se da cuenta de que estoy de pie a su lado. Me mira a través de las lágrimas. Está llorando. No tengo ni idea de qué le ha llevado al

llanto, pero parece estar destrozado emocionalmente.

—He roto la lámpara. Ha sido un accidente. Lo siento.

El tío está hecho polvo. Se está disculpando a un desconocido en su propio apartamento y no se le ha pasado por la cabeza pensar en lo raro que es eso. Me agacho y comienzo a recoger los trozos. Son puntiagudos y él es capaz de hacerlo con tranquilidad. Antes de sugerir nada, busco en su ropa algún rastro del contenido de su estómago. Está limpio excepto por los restos en los zapatos. Por desgracia, ha vomitado sobre Brandon.

—Tío, ¿por qué no te sientas, te relajas y te quitas los zapatos? Yo me encargo de esto.

Me da una palmadita en la espalda como si fuésemos viejos amigos.

—Gracias, chaval.

Lucha por ponerse de pie y se tambalea hasta llegar al sofá, donde pasa de sentarse y se tumba directamente boca abajo como un gran árbol caído.

—¡Árbol va! —murmuro. Gracias a Dios las cosas han ido bien y no es un borracho cabreado de los que se convierten en gilipollas agresivos cuando toman alcohol.

Brandon entra en el salón, —sin camiseta, ¡menos mal!—, con una bolsa del supermercado vacía y me ayuda a limpiar el desastre mientras Gemma, que se ha puesto unos guantes de látex, elimina el vómito de la alfombra con la ayuda de un trapo. Cuando termina, se quita los guantes dándoles la vuelta y los echa junto al trapo en la bolsa que estoy sosteniendo y que contiene los trozos de cerámica.

—¿Por qué no vas a ducharte, Brandon? —sugiere

Brandon asiente con timidez y se dirige por el pasillo hacia el baño.

Gemma se levanta y trata de quitarme la bolsa de las manos, pero se lo impido. Me dirijo hacia la puerta de entrada para tirar la bolsa y deshacerme del olor a podrido en el contenedor de fuera. Me acompaña a través del aparcamiento.

—No tenías por qué hacerlo, Franco. Gracias.

Me encojo de hombros y sonrío para que se dé cuenta de que no

estoy enfadado por los últimos acontecimientos.

—Todos hemos pasado por eso.

Me observa reflexiva y dice:

—Sí, no lo culpo. Perdió a su madre la semana pasada. Fue inesperado. Lo está llevando mal.

Asiento. Por la manera en la que lloraba antes de desmayarse, es obvio que la borrachera era su manera de enfrentarse a algo. Sus lágrimas parecían el producto de una emoción profunda, no de pena o arrepentimiento por haber roto la lámpara.

—Es verdad, mencionaste un funeral anoche cuando tuviste que volver a casa para cuidar de la perra.

Asiente.

—La muerte le jode la vida a las personas.

Asiente de nuevo, pero esta vez con una mueca en la cara que me indica que sabe de cerca qué es perder a alguien.

Cambio de tema, porque no quiero seguir con esta conversación y necesito asegurarme de que esta noche va a estar a salvo.

—Cuando bebe, ¿se vuelve violento?

—No. Nunca lo he visto tan borracho, pero es el típico hombre que se vuelve charlatán y gracioso con el alcohol. No tiene una célula de violencia en su cuerpo.

Por nuestro breve intercambio de palabras, había supuesto que no es de los que se pelean, pero necesitaba estar seguro. Miro a Gemma.

—¿Cómo se llama? Me siento mal al no llamar al tío por su nombre.

—Jeremy —dice—. Aunque, como soy una puta egoísta, en mi mente ahora mismo lo llamo Jeremy, el asesino de la diversión.

—No sé, Gem. Estabas tan *sexy* con el látex, a cuatro patas, quitando el vómito de la alfombra. —Uso mi tono de voz más persuasivo y atractivo.

Contrataca con un tono seductor que no se diferencia mucho de su tono normal, porque su acento hace que parezca que intenta desarmarme con todo lo que dice.

—Mmm... Potar es *supersexy*. Me puedes llamar la diablilla guarra

de las tareas del hogar.

Tiro la bolsa al contenedor y me giro hacia ella. Cierro los ojos y suelto mi mejor gemido pornográfico.

—Me encanta cuando hablas de manera tan nauseabunda y literalmente sucia.

Sigue con la broma:

—Totalmente sucia. —No puede aguantar más y me muestra una sonrisa, que da paso a la sinceridad—: Lo siento mucho, Franco.

La abrazo al lado del contenedor y le doy un beso en la cabeza.

—No lo sientas. Me has preparado el mejor estofado que he probado nunca y has dejado que te toque las tetas.

Estalla en carcajadas y siento cómo su cuerpo vibra contra el mío.

—Cállate, yanqui.

Yo también me echo a reír, porque su risa es contagiosa, y le susurro al oído:

—Mañana tengo cosas que hacer con la banda, pero ¿puedo invitarte a cenar el domingo? No soy mucho de cocinar, pero conozco un sitio de burritos increíble y dejaré que me toques las tetas.

Se aparta y arquea las cejas mientras me mira el pecho con deseo.

—¿Me lo prometes?

Asiento con solemnidad antes de darle un pico en los labios.

—Ve a ducharte. Hueles como si alguien te hubiera vomitado encima un appestoso barril de cerveza de mala calidad.

—Eres tan romántico —dice socarronamente.

—Hasta la médula y más —bromeo.

No me pasa desapercibido cómo me mira torso antes de girarse para volver a casa.

—Te veo el domingo por la noche. Estaré en casa sobre las ocho. Estoy deseando acariciar tus espectaculares pechitos.

—Los he estado trabajando. Son un claro siete en una escala del uno al diez. Espero que las ganas te mantengan despierta toda la noche —respondo por encima de mi hombro.

La oigo reír.

—¿Un siete? No puedo ni imaginar ese nivel de esplendor. Definitivamente, hoy no duermo.



—De nada —grito, porque estamos ya tan lejos que tenemos que alzar mucho la voz para escucharnos.

—Dulces sueños, yanqui.

—Buenas noches, Gem.

## Sábado, 20 de enero

Me he despertado poco después de las cinco de la mañana y no he podido volver a dormirme, así que me he duchado y ya estoy sentado en mi habitación, listo para empezar el día. Y son solo las seis de la mañana. No tenemos que estar en la furgoneta hasta las siete y media, por lo que tengo todo el tiempo del mundo para pensar. Y preocuparme. Soy aprensivo como mi padre; lo culpo por el sufrimiento heredado. Suelo esconder mis sentimientos negativos detrás de una sonrisa.

Hoy es un día importante. Es el día que todos sabíamos que llegaría, pero sobre el que nos hemos negado a hablar. A veces, cuando una situación puede volverse explosiva, lo mejor es dejarla a un lado y ocuparse de ella en el momento de la detonación.

Es duro pensar que hoy hace un año que murió Kate. Algunos días parece que fue ayer y otros parece que ocurrió hace mucho más tiempo. De cualquier modo, es una mierda. Todos la echamos de menos. Era un miembro no oficial pero esencial de la banda. Ya fuera escribiendo con Gus, cantando en los ensayos o animándonos en alguno de nuestros bolos desde el público o desde un lado del escenario. Era una más de nosotros. No seríamos ni la mitad de lo que somos si no fuera por su influencia e inspiración. Llevó a Gus, a todos nosotros, a ser más creativos, a tocar desde el corazón. Echo de menos todo eso.

Aparte de tener un talento increíble, era una de las mejores personas que he conocido. Hacía lo que fuera por cualquiera, los conociera o no. Además, tenía un sentido del humor fuera de serie.

Dejaba huella en todos. Todos somos mejores gracias a ella.

Hoy recordamos todo eso. Sin embargo, el paso del tiempo tiene poder curativo, transforma el dolor en gratitud. Doy gracias por haber conocido y querido a una amiga como Kate. El tatuaje que tengo en la muñeca es un recordatorio de su legado y estará conmigo el resto de mi vida. Lo miro a menudo. «Hazlo épico». Dos pequeñas palabras que hacen que me sienta fuerte.

Hoy voy a homenajearla. Jamie y Robbie estarán ahí conmigo.

Es Gus el que me preocupa. Este aniversario pondrá de manifiesto el progreso que ha experimentado o le devolverá al pasado como un cabrón. Tengo miedo de salir de la habitación y averiguar en qué punto se encuentra.

Escucho su voz amortiguada a través de la pared. Está despierto y hablando por teléfono. No puedo distinguir las palabras, pero supongo que está hablando con su madre, Audrey. Seguro que ella también está homenajearlo a Kate. Me alegro de que sea la primera persona con la que Gus está hablando hoy. Si hay alguien que puede ponerte de buen humor, esa es Audrey.

Hay movimiento en el pasillo; Jamie y Robbie deben de haberse levantado. Me los encuentro en la cocina. Robbie está siempre callado, pero durante la primera hora más o menos desde que se levanta parece un zombie. Le hago una señal con la cabeza, porque hablar con él sería como pinchar a un oso con un palo afilado. Me devuelve el gesto, abre la nevera para sacar un Red Bull y se retira al baño para ducharse y redescubrir sus habilidades sociales de comunicación.

—Buenos días, Franco —dice Jamie cuando nos quedamos solos. Tiene un brillo sutil en los ojos. El día de hoy también le está pasando factura—. ¿Has hablado con Gus esta mañana? ¿Cómo está?

No solo lleva el corazón en la mano, sino que lo está mostrando en una bandeja para que lo vea todo el mundo. Es un buen tipo y está tan preocupado como yo.

Niego con la cabeza.

—No, no lo he visto todavía.

Asiente con nerviosismo y coge dos panecillos ingleses de la

bolsa que hay sobre la encimera. El chaval es adicto a los panecillos ingleses y se toma dos, tostados y con mermelada de naranja, todas las mañanas, da igual lo que tengamos que hacer. Es como una mujer de ochenta y cinco años. Cuando viajamos, se lleva siempre su tostadora.

—¿Quieres uno? —pregunta.

—Claro, ¿por qué no? Déjame conocer esa obsesión de abuela.

Los panecillos ingleses con mermelada de naranja están buenos. Ahora les pillo la gracia. Mientras los comemos, nos metemos en la galería del móvil y compartimos fotos antiguas de Kate. Es divertido ver cuántas sumamos entre los dos. En todas y cada una de ellas, sale sonriendo como si fuera el mejor día de su puta vida. Así se pasaba todo el tiempo. Era toda sonrisas. Tras intercambiar fotos durante unos minutos, también nosotros sonreímos. Es imposible no hacerlo. Su optimismo es contagioso.

—¿Todavía tienes el vídeo de la batalla de karaoke entre Gus y Kate en Minneapolis? —pregunta.

Me echo a reír.

—Joder, sí, es uno de los momentos de los que estoy más orgulloso. Voy a guardar ese vídeo toda mi puta vida.

El vídeo que hice una noche mientras grabábamos *Finish Me* en Minneapolis con Kate, un mes antes de que falleciera, está enterrado en lo más profundo de mi historia, pero lo encuentro enseguida y le doy al *play*. La grabación que aparece a continuación no tiene precio.

En la pantalla aparece una panorámica de la *suite* del hotel en la que nos alojamos y, después, las siguientes caras: Keller, el novio de Kate; Gus; Robbie; Jamie y los amigos de Kate, Shelly, Duncan y Clayton. Algunos están sentados en sillas y otros, en un sofá semicircular. Un público cautivado por la batalla épica que está a punto de comenzar.

Tras grabar el entusiasmo del público, me centro en Kate, de pie junto al micrófono, mientras anuncio las reglas.

—La batalla de esta noche enfrenta a amiga... —Kate levanta el puño por encima de la cabeza, mofándose de su oponente, y el público se vuelve loco—. Contra amigo. —Abucheo a Gus con ganas.

Su «joder, esto está amañado» es lo suficientemente alto como para que se escuche en el vídeo. Me río por su protesta y continúo con las reglas—: Cada concursante cantará una canción. La única norma para elegir canción es que debe ser muy *sexy*. Lo siento, Gus, sé que esto te pone en desventaja porque, en ese campo, lo llevas claro. El ganador se decidirá en función de los aplausos y, a partir de hoy, se le conocerá como el Rey o la Reina del Karaoke. Se beneficiará de todas las ventajas que recoge el título, incluyendo, aunque no en exclusiva, meterse sin piedad con el perdedor.

Kate, a pesar de estar cansada después de todo el puto día en el estudio, brinca sobre la punta de los pies, en los que lleva puestos unos calcetines. Siempre era así, como si hubiera mucha felicidad vibrando en su interior que esperaba el momento para salir al mundo.

—Sin más demora, os dejo con Kate Sedgwick.

Apoyo el móvil sobre una mesa que hemos apartado a un lado para que grabe toda la actuación y doy al *play* en el karaoke. La pantalla del televisor se enciende y muestra la letra al mismo tiempo suena la primera nota. He elegido la canción de Kate y me siento más satisfecho conmigo mismo que nunca cuando escucho el quejido inmediato de Gus:

—Estoy jodido.

—Vas a perder —afirmo con sinceridad mientras Kate comienza a cantar *Sex* de The 1975.

Como aquí está con sus mejores amigos, sé que va a actuar para el público. No me decepciona. Se pasea por toda la fila, parándose en cada persona para dedicarle versos de la canción personalmente, lo que hace que todos estemos un poco celosos de Keller. Cuando termina, Clayton está totalmente sonrojado, Gus acepta con gracia su derrota, Keller se pone en pie mientras aplaude y yo choco los cinco con Kate por su increíble actuación.

Paro el vídeo, porque es ahí donde acaba. Gus ni siquiera cantó una canción. Admitió su derrota, me dio un puñetazo en el hombro con todas sus fuerzas y abrazó a Kate.

—Es difícil creer que ya no esté, ¿verdad? —dice Jamie

devolviéndome al presente—. ¿Cómo puede alguien tan lleno de vida, perderla... —se corrige—:... ver cómo se la arrebatan? No es justo.

Niego con la cabeza mientras mi sonrisa desaparece.

—Joder, claro que no es justo.

—Necesito otro panecillo inglés —dice como si tuvieran propiedades curativas.

—Yo también.

Robbie vuelve cuando estamos terminando y pasamos al salón para esperar a Gus. Ya es casi la hora de irse y vuelvo a estar preocupado. Estamos de pie, formando una cadena de nervios y apoyo, cuando Gus sale de su habitación. Parece relajado, pero no puedo leer su expresión.

—Buenos días. ¿Estás bien, campeón?

Asiente.

—Estoy bien, tío. —Lo está. Lo detecto en su voz—. Voy a echarla siempre de menos, pero está justo aquí. —Se golpea el pecho—. He pensado... Sé que se suponía que teníamos que acabar *Judgement Day* hoy, pero creo que, en memoria de Bright Side, deberíamos simplemente tocar, improvisar, ver qué se nos ocurre. Ya sabéis que estará viéndonos en el estudio, así que hoy haremos algo que le encante.

Es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo y, al parecer, no soy el único que lo piensa, porque Jamie y Robbie asienten junto a mí. Me dirijo hacia la puerta, preparado para poner en marcha el homenaje a Kate.

—Vamos a ello. Declaro hoy oficialmente el Día de Kate.

Es obligatorio que el Día de Kate comience con un café, ya que era el elemento vital de la chica, por lo que conducimos hasta un Starbucks que está de camino al estudio.

Nuestro productor, el P. A. S. (el Puto Amo de los Sueños) no está seguro de si es buena idea lo que ha propuesto Gus sobre improvisar, pero sus dudas se disipan pronto, porque él también tenía debilidad por Kate.

Comienzan Gus y su guitarra acústica. Rasguea una serie de notas

y tararea otras. Su mente musical es un espacio complejo. Su talento da miedo. Veo los engranajes girar en su cabeza; lo que sea que esté escuchando en su interior va diez pasos por delante de lo que está tocando. Rápidamente cambia la guitarra acústica por la eléctrica y, de inmediato, comienza a ajustar los pedales de efectos y de retardo hasta que imitan el sonido que está buscando. Cuando comienza a tocar de nuevo, lo escucho todo en conjunto y muevo la cabeza al ritmo que marco sobre mi muslo. Gus me hace un gesto con la cabeza para que le siga. Al principio es complicado, porque lo que él quiere y lo que yo estoy tocando son dos cosas distintas, pero, cuando me lo explica con detalle y hago varios ajustes, logro entender su visión y me pongo a ello.

Durante las horas siguientes, Jamie y Robbie se unen a nosotros y nace una nueva canción.

Sobre las dos de la mañana, ya está en el mundo. Grabada. Su nombre es *Redemption* y el título da en el clavo. El álbum entero suena a redención. Volvemos con más fuerza que antes. Es así. Es nuestro momento. Y lo mejor es que todos lo sentimos.

## Domingo, 21 de enero

Esta tarde le he escrito a Gemma desde el estudio para planificar la cena de esta noche. Gus leyó los mensajes por encima de mi hombro y ahora no para de tocarme los huevos con el tema. Cuando se entusiasma con algo, no lo deja pasar. Es su forma de expresar aprobación. Yo hago lo mismo con él. Venganza, supongo.

—¿Tres citas en cuatro días? Esto va en serio, tío. Espero que no le pidas matrimonio esta noche, aún no la hemos conocido.

Gus está bloqueando la salida de mi habitación; tiene las manos apoyadas por encima de él en el marco de la puerta. Ocupa todo el espacio y no me queda más remedio que hablar o agachar la cabeza e intentar placar como un defensa de fútbol americano. En lo que respecta a músculos y masa, puede que yo tenga algo de ventaja, pero me gana en altura por algo menos de dos centímetros.

—Vamos a comer burritos y luego seguro que compramos la vajilla y elegimos los nombres de nuestros hijo después de que me sobe las tetas.

—¿Segunda base, pedazo de mierda? Esto es serio.

Me encojo de hombros.

—Lleva mirándomelas varios días. A veces, cuando lo veo claro, en la tercera cita me quito la camiseta y me convierto en una putilla.

—No dejes que te presione, chaval. Tu castidad es un regalo muy, muy valioso —me chincha.

Cuando llaman al timbre, Gus se marcha corriendo hacia la puerta principal. Tengo un mal presentimiento. Entonces escucho su voz dulce.



—Hola, estoy buscando a Franco.

Me registro los bolsillos para ver dónde está mi móvil, preguntándome si me habrá enviado un mensaje diciendo que venía. No lo encuentro. Mierda.

—Debes de ser Gemma. Soy Gus.

Se están dando la mano cuando entro en la sala.

—Encantada de conocerte, Gus —responde educadamente.

—Hola, Gem. Lo siento, no he visto el mensaje en el que decías que quedáramos en mi casa —me disculpo. Necesito sacarla de aquí antes de que Gus me deje en ridículo. Está a punto de ocurrir. Lo presiento.

No me pasa inadvertido cómo Gemma me mira de arriba abajo antes de responder:

—Has sido tú el que me ha escrito.

Durante medio segundo no entiendo nada, hasta que Gus me da el teléfono y me guiña un ojo.

—Pasadlo bien esta noche, chavalines.

Mierda. Ese guiño ha sido malicioso. Significaba «estás jodido, espero que lo disfrutes tanto como lo he hecho yo». Cojo el móvil con una mirada acusatoria, entrecerrando los ojos.

—¿Gracias?

—El placer es mío. —Su sonrisa es demasiado pura, demasiado feliz.

Por Dios. No quiero saber lo que significa. Gemma me coge de la mano cuando se la ofrezco.

—Vámonos, me muero de hambre.

Gemma se despide de Gus con la mano, ajena a que estamos seguramente metidos hasta el cuello en un lío ideado por él.

—Nos vemos, Gus.

—Hasta luego, Gemma. Cuida de mi pequeño. No te dejes engañar por los tatuajes, es una florecilla delicada.

Niego con la cabeza.

—Buenas noches, capullo.

Se echa a reír.

—Buenas noches, bestia *sexy*.

Espero a que Gus cierre la puerta a nuestras espaldas para ver los mensajes que le ha enviado a Gemma desde mi móvil. El último lo mandó hace treinta minutos. Es una foto mía desde detrás, desnudo, metiéndome en la ducha. El mensaje va acompañado de:

*A punto de darme una ducha rápida. Tocar la batería todo el día como un dios hace que me sude el culo. ¿Nos vemos en mi apartamento a las ocho?*

La respuesta de Gemma dice:

*Me parece correcto. O.O Te veo a las ocho.*

—¡Qué cabrón! —murmuro.

Gemma se ríe de mi enfado.

—¿Qué?

Deslizo el móvil dentro del bolsillo trasero.

—El puto Gus. Me ha robado el móvil, me ha hecho una foto desnudo sin que me diera cuenta y te ha enviado esos mensajes.

Su sonrisa no desaparece.

—Recuérdame que le dé las gracias la próxima vez que lo vea. No sé cómo serán tus tetas, pero tu parte trasera es de diez. Un claro diez.

Me cubro la cara con la mano libre y me la restriego para aliviar la tensión.

—Supongo que podría ser peor. Al menos no estás huyendo de mí.

Me separa la mano de la cara y arquea las cejas.

—Tendría que estar loca para huir después de conocer a semejante bromista.

Abro la puerta del copiloto y le ayudo a subir a mi furgoneta, porque el asiento está un poco elevado.

Solo nos lleva unos minutos llegar a Chubby's Burritos. Cuando entramos por la puerta, me suenan las tripas.

—¿Cuál es tu vicio, Gem? ¿Pollo, carne asada, carnitas, barbacoa?

—Dilo en inglés para que lo entendamos los británicos. Nunca he comido un burrito. —Por la manera en que pronuncia «burrito», parece que esté añadiéndole una sílaba de más. Duplica la palabra.

—¿¡Cómo!? —Sé que la exclamación ha sonado demasiado alto cuando todos los que están en el pequeño restaurante se giran para mirarme, por lo que bajo el volumen de mi tono sorprendido—. Eso es inaceptable. No has vivido, cariño. Pollo, ternera o cerdo. Elige primero la carne y luego le añadimos el resto.

No lo duda.

—Pollo.

—¿Te gusta el arroz?

Asiente.

—Me encanta.

—¿Los frijoles?

Parece algo confusa de nuevo.

—Por Dios, ¿cómo has podido sobrevivir sin comida mejicana?

Se mira su precioso cuerpo.

—Al parecer, fantásticamente.

Su confianza me hace sonreír.

—Ahí me has pillado —digo dándole la razón—. Entonces, ¿no a los frijoles?

Niega con la cabeza.

—Sin frijoles.

—¿Guacamole?

Hace una mueca de disgusto.

—No, por Dios, el guacamole es asqueroso.

Eso duele de verdad.

—Los aguacates son sagrados. ¿Qué quieres decir con que el guacamole es asqueroso? Estoy seguro de que vas a tener que confesarte después de decir tal blasfemia en un sitio sagrado como este.

—¿Chubby's Burritos es sagrado? —pregunta.

—Sí, hereje, sí que lo es. Espera a probar tu burrito. Será un milagro, te cambiará la vida. Llorarás de pura alegría.

—No tenía ni idea. De pronto, esta cita parece más un bautismo.

Siento que no voy vestida para la ocasión. Debería haberme puesto el tocado.

—¿Qué cojones es un tocado?

—Es una especie de diadema cursi para la cabeza con cintas, redecillas o plumas de adorno. Es parecido a un sombrero, pero no tan molesto de llevar. Se lleva en ocasiones especiales, como en una boda —me explica.

—Sí, definitivamente deberías habértelo puesto por todas las bendiciones y los burritos por los que festejaremos esta noche.

—Te has olvidado de las tetas —añade.

—Joder, es verdad. Esto va camino de convertirse en una noche trascendental.

La mujer mayor al otro lado del mostrador nos interrumpe.

—¿En qué puedo servirles?

Hago el pedido en español mientras Gemma trata de esconder una sonrisita divertida, que se transforma en asombro ante mis habilidades bilingües.

Encontramos una mesa vacía en la que esperar a que nos sirvan la sagrada última cena antes de que diga nada.

—Español, ¿eh?

—Mi madre era de Méjico, por lo que crecimos hablando español —le explico. En casa siempre hemos hablado más español que inglés.

—¿Cuándo vino a América?

Me encanta que se interese por mi familia.

—Cuando empezó la universidad, con dieciocho años.

—¿Qué la convenció para quedarse?

—El enorme surfista encantador que vivía en la habitación de al lado.

—¿Tu padre? —supone.

Asiento.

—¿Siguen casados?

—Acaban de celebrar su treinta aniversario y a día de hoy siguen locos de amor. Mola. —Mis padres podrían hacer que la persona más cínica creyera en el amor verdadero. Me gustaría sentir algo así algún día.

Su dulce expresión desborda admiración.

—Es bonito.

—Bueno, Gemma, soy gilipollas. Llevo hablando contigo varios días y todavía no te he preguntado a qué te dedicas.

Me siento de verdad un imbécil por no haberme interesado antes. Me he sentido como un idiota cuando Gus me ha preguntado esta tarde y no lo sabía.

—¿Alguna suposición? —me reta.

No tengo ni idea de cuál es su trabajo, así que voy a decir cosas extravagantes al azar.

—Está claro que no cultivas aguacates porque no tienes ningún respeto por ellos.

—Ningún respeto. No, no cultivo aguacates.

—¿Zoóloga?

Niega con la cabeza y se echa a reír.

—No, pero tengo una obsesión insana por los perezosos.

No le pega ser una chica a la que le gusten los perezosos.

—¿Perezosos? ¿En serio?

—Mmm —afirma—. Creo que son sus ojos muertos, sin alma, y su lentitud lo que me llama la atención.

—Cualidades fascinantes —la pico.

—Soy una mujer complicada.

Asiento.

—¿Entrenas para una prueba con los Lakers?

Inclina la cabeza como si se lo estuviera pensando.

—Baloncesto, ¿no? Me falta talento natural, altura y pene para formar un equipo.

—Eres muy poética. Pene. Equipo. —Arqueo una ceja y lo intento de nuevo—. ¿Escritora?

—Me encanta leer, pero no escribo.

—¿Flebotomista?

Se echa a reír de nuevo.

—Eres una mierda en esto, ¿verdad?

Me encojo de hombros porque no lo soy. Me encanta hacerla reír. Misión cumplida.

—Dime, ¿a qué te dedicas?

—No va a sonar tan glamuroso después de flebotomista, pero soy arquitecta.

—No suena nada glamuroso. Guárdate flebotomista en la manga —la pico antes de regalarle mi sinceridad—. Madre mía, ¿arquitecta? Aparte de todo lo demás, ¿también eres inteligente y creativa? ¿Dónde se acaban las sorpresas contigo?

Entonces llega la comida y Gemma descubre a la madre de todos los burritos. Lo fotografía con el móvil para conmemorar la ocasión.

Retomo la conversación mientras comemos.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Mi equipo ha diseñado un pequeño museo de arte contemporáneo aquí, en Los Ángeles. Es el primer proyecto que he visto desde el inicio hasta el fin. He sudado y llorado sangre por él en los últimos tres años. He estado trabajando in situ los últimos doce meses de construcción.

—Eso es increíble.

Joder, sí que lo es.

Acepta el halago con humildad.

—Gracias. Ha sido gratificante ver todo el proceso. Seguramente lloraré como una puta cría pequeña en la gran inauguración de esta semana.

—¿Sabes dónde y cuál va a ser tu próximo proyecto?

—Mi equipo está diseñando un hotel *boutique* en Manchester. Me centraré en eso cuando vuelva a casa.

—Vaya, ¡qué bien! Te encanta lo que haces, ¿no?

—Me apasiona. Es lo que siempre he querido hacer, diseñar edificios. He trabajado para la misma firma desde que me gradué hace seis años. Me gustaría que me hicieran socia. —Lo dice con determinación. Me encanta. La determinación hace que los sueños se cumplan.

—Me alegro por ti —repito.

—Gracias.

Cuando me termino el burrito, le hago otra pregunta mientras ella se acaba el suyo.

—¿Cuántos años tienes?

Supongo que tendrá mi edad más o menos y tampoco es que me importe, pero es un buen momento para preguntar.

—Veintiocho. Veintinueve en unos meses. ¿Y tú?

—Joder, eres una anciana. —Guiño un ojo—. Tengo veintiséis.

—¿Franco?

—¿Sí?

—Esta anciana debería haberse puesto su tocado porque este burrito está que te cagas.

Lo que más me gusta de ella es su sentido del humor. Me encanta porque siempre hay alguna verdad escondida en él.

—He puesto el listón alto. No esperes comer un burrito así de bueno en ningún otro sitio excepto en casa de mi madre.

Deja el tenedor en el plato, se limpia la boca con la servilleta que tiene en el regazo y la deja también sobre él.

—Creo que me va a estallar el estómago de placer.

—¿Nos vamos?

—Sí. ¿Quieres que vayamos a mi casa a tomarnos algo? He comprado ginebra y tequila.

—¿Ginebra y tequila? Por mi experiencia sé que no suelen combinar bien.

—Son enemigos mortales, pero no sabía qué te iba a apetecer, así que he comprado las dos.

—Vamos. Lo decidiré cuando lleguemos.

La cojo de la mano mientras caminamos hacia la furgoneta y me acuerdo de la primera vez que le cogí la mano a una chica. Se llamaba Allison Espinoza. Segundo de secundaria. Tenía un piercing en el labio, siempre llevaba unas botas militares rojas y estaba obsesionada con la nueva ola musical de los ochenta. Nuestro romance fue corto, una sola cita para ir al cine a ver *Spider-Man 2*, pero nunca me había sentido tan agradecido de tener las manos llenas de nervios que me permitieran sentir su tacto. Ahora mismo me siento igual.

La expectación por llegar a su casa me está matando. Suelo mantener la compostura, pero con ella no puedo.

Brandon está viendo la tele en el salón cuando entramos en el apartamento. Nos saluda con la mano.

—Buenas, Brandon —responde Gemma. Es como una hermana mayor para este crío. Veo lo mucho que se preocupa por él.

—¿Qué tal, Brandon? —digo. Nos hemos hecho colegas tras unir lazos con el vómito y la lámpara rota.

El microondas marca las nueve y treinta y dos minutos cuando entramos en la cocina. He perdido la noción del tiempo, pero todavía es temprano.

Gemma saca dos vasos de chupito del armario.

—¿Chupitos?

—¿Aguantas el tequila? —pregunto con escepticismo. Sé que esta mujer está hecha de una pasta dura, pero...

—Como una campeona. —Si eso no es un desafío, no sé qué lo es.

—Adelante —le ordeno.

Brindamos y exclamamos «¡Salud!» a la vez. El líquido me quema la garganta. Gemma me guiña un ojo al dejar el vaso vacío en la encimera sin apenas una mueca.

—¿Otro, yanqui?

Le devuelvo el guiño.

—Echa.

Brindamos de nuevo.

Después de todo lo que hemos comido, uno más hará que esté contento pero no borracho.

—Ponme otro.

Esta vez solo llena uno.

—Salud —digo yo solo. Dejo el vaso en el fregadero y enjuago los dos.

Le pone el tapón a la botella y me mira.

—Deberíamos salir fuera, esta noche hace muy buen tiempo. Sentémonos cerca de la piscina.

Estoy de acuerdo.

—Me parece bien.

La piscina no está lejos del apartamento. Hace demasiado frío para meterse en ella y nadar, pero nunca desperdicio una



oportunidad de estar cerca del agua. Nos sentamos en dos tumbonas sin reposabrazos, una al lado de la otra, por lo que parece que estamos los dos sentados en una silla enorme.

Nos está subiendo el tequila, lo veo en sus ojos. Están nublados de honestidad. Es un libro abierto preparado para contar sus historias. Quiero escucharlas todas.

—Cuéntame algo sobre ti, Gem.

Dobla las piernas y se gira para mirarme.

—¿Qué quieres saber?

Todo, quiero saberlo todo. Pero empiezo por preguntar:

—¿Cómo fue tu infancia y adolescencia?

—Era una chica muy femenina, aunque algo dura. Me encantaban el maquillaje, los libros de Harry Potter y de *Crepúsculo* y nuestro equipo local de rugby.

—¿*Team* Edward? —Mi hermana pequeña estaba obsesionada con *Crepúsculo*. Nunca he leído los libros, pero la llevé a ver todas las películas la noche del estreno porque nadie quería ir con ella. Incluso yo debo admitir que Edward era un tío listo.

Suspira con satisfacción y parpadea rápidamente.

—Por y para siempre. Edward lo tenía todo: protector, inteligente, romántico, fiero, leal... Y encima brillaba.

—¿Cuál es tu vicio inconfesable? —Esto está bien. Sé que, diga lo que diga, me va a sorprender.

Se muerde el labio inferior mientras lo piensa.

—Mmm... Justin Bieber.

Sorprendido, dejo escapar una carcajada mientras muevo la cabeza.

—¿Estás de coña?

Agranda los ojos durante un momento, como si se sintiera culpable.

—No. Tengo incluso un pijama suyo que lo demuestra.

—Entonces la culpa se transforma en orgullo. Me hace gracia este cambio tan repentino, el alcohol la está animando—. El chaval ha grabado un éxito tras otro en este último álbum. Al principio intenté resistirme, pero nadie es inmune a sus encantos.

—¿Te has dado cuenta de que es canadiense?

—De ahí lo del vicio inconfesable —se justifica con un guiño.

—¿Qué quieres conseguir en los próximos cinco años?

No duda y, aunque todo lo relacionado con ella es *sexy*, que esté tan segura como para no pararse a pensar en la respuesta es lo más *sexy* que he visto.

—Espero hacerme socia de la firma para la que trabajo. Ese es mi reto profesional. Pero mi prioridad es tener un hijo. Ese es mi objetivo personal, ante todo, es mi meta en la vida. Siempre he querido ser madre.

Ha sido una respuesta inesperada.

—¿Por qué corres tanto? Todavía eres joven —le pregunto.

—Creía que era una anciana —me recuerda burlona—. Para todas las mujeres, tener veintiocho años es poco, pero mi familia no es como las demás. Hay muchos casos de cáncer de útero en ambas ramas. He perdido a mi madre, a mi abuela y a dos tías por su culpa. Todas con treinta y pocos. Me hago pruebas a menudo, pero como el riesgo es inusualmente alto, he decidido extirparme el útero cuando cumpla treinta, como medida preventiva. Mi útero está en modo cuenta atrás, preparándose para la gran retirada. Me gustaría usarlo mientras pueda, si es posible.

—Mierda. Odio esa palabra. La odio muchísimo. El cáncer es un mal que no debería existir. Lo siento mucho, Gem.

Asiente y pestañea varias veces para ahuyentar las lágrimas. Cuando una se libera, se la limpia a toda velocidad.

—Lo siento. —Aprieta los labios y se los muerde hasta que la tensión desaparece—. Perdona. No suele afectarme. Mi madre falleció hace veinte años. Al parecer, no es buena idea beber y hablar del tema.

Le acaricio el brazo para consolarla de la mejor manera que puedo.

—Tus lágrimas son de amor. No deberías disculparte por eso.

Coge aire con fuerza y acepta mis palabras con una sonrisa solemne y agradecida.

—Gracias. Es solo que no me gusta llorar delante de la gente, eso

es todo.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho, Gem, pero te voy a contar un secreto. Soy un amigo que te cagas. En serio, si viviera en Inglaterra, ya me hubieran nombrado caballero por eso.

Amplía la sonrisa y casi se echa a reír.

—Escuchar es mi fuerte —añado—. Habla, llora, grita, haz lo que tengas que hacer para superarlo. Yo estoy aquí.

—Gracias, don Franco.

—Cuando lo necesites. Voy a hacerte una pregunta y no contestes si estoy siendo un capullo y estoy traspasando los límites. ¿Por qué no te operas ahora y luego adoptas? Podría salvarte la vida.

Duda.

—Soy un capullo. Ha sido demasiado personal, lo sien... —susurro, pero me interrumpe.

—No, no lo eres. Eres todo lo contrario. Pero déjame decirte que nunca antes había tenido esta conversación con nadie. Ni con mi padre ni con mis amigos más cercanos. Con nadie. Saben lo de la cirugía, pero no saben nada de mis planes anteriores a ella. —Le cojo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos para ofrecerle mi apoyo y darle las gracias sin interrumpirla—. Adoptar no es fácil, pero es posible y es algo que intentaré si no funciona el plan A.

—Te gustan los planes bien hechos, ¿no? —La estoy animando, sea cual que sea el plan.

La sonrisa que desprenden sus ojos es como un incendio de determinación.

—Joder, me encantan los planes bien hechos.

—Me gusta cuando tienes ese brillo en los ojos. Vamos, cuéntame tu plan A.

—Siempre he querido ser madre. No sé si es porque yo perdí a la mía muy pronto o porque quiero pensar que mi útero sirve para dar vida, en vez de para quitarla, pero siempre he sentido que es la razón por la que he venido al mundo. Y siempre he pensado que pasaría a su debido tiempo. Terminaría una carrera, conseguiría un trabajo, conocería al hombre de mis sueños, me casaría y tendría un hijo. Lo que pasa es que la parte del hombre de mis sueños es complicada.

—Los tíos podemos ser unos capullos —digo.

Suelta una carcajada y asiente.

—Por desgracia, sí, muchos lo son. Hace año y medio, dejé de tener citas porque estaba muy desilusionada. No es que estuviera forzando la agenda o el calendario, sino que, francamente, estaba enfadada por tener un gusto tan de mierda al elegir a los hombres. Así que, tras sumergirme en la autocompasión durante un mes, hice un examen de conciencia memorable; taché lo del marido de la lista de deseos, lo cambié por «soy una mujer guerrera» y decidí que todos los problemas tienen solución. El mes que viene tengo cita con un doctor que espero que me ayude con esa solución.

—¿Cómo? ¿Un donante de esperma?

Aunque sé que mi mejor amigo, Gus, no existiría si Audrey no hubiera tomado la misma decisión, me siento mal por Gemma. ¿Por qué no ha podido ninguno de los gilipollas con los que ha estado ser un tipo legal, hacerla feliz y casarse con ella para que tuviera todo lo que deseaba?

Asiente de manera casi imperceptible. Piensa que la estoy juzgando y se arrepiente de habérmelo contado. Lo noto en las arrugas de su frente y en cómo se muerde los labios.

—Inseminación artificial con donante. Piensas que estoy loca, ¿no?

Niego con la cabeza.

—No. Tu cuerpo, tus reglas. Recuerdas a mi amigo Gus, ¿no?

—Sí, me ha mostrado tu precioso culo, ¿cómo podría olvidarlo?

—Su padre biológico es el mejor amigo de su madre. Hace años, ella le pidió sus espermatozoides y él aceptó la petición. Con alguna intervención médica de por medio, los dos crearon un retoño bastante espectacular.

Su expresión pasa de la preocupación a la sorpresa.

—¿Estás de broma?

—No.

—¡Ah! —Hace una pausa. Veo que está estupefacta—. Es increíble. —Procesa la idea durante otra larga pausa y, finalmente, pasa al siguiente tema, cuando ha terminado con su examen mental

—. ¿Alguna pregunta más?

—Háblame de los tíos con lo que salías en Reino Unido. Quizá te pueda decir en qué te equivocabas.

—Jugadores de rugby. Todos eran jugadores de rugby.

—¿Por qué jugadores de rugby?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. He crecido viendo partidos de rugby con mi padre y me encanta el deporte. Además, siempre me han atraído los tíos grandotes.

—¿El tamaño importa? Gracias a Dios —la interrumpo.

—Resulta pueden desplazar que los baterías americanos llenos de tatuajes y bastante grandes, con un humor ingenioso y una sonrisa descarada, hayan desplazado a los jugadores de rugby en cuanto a atracción sexual. —Arquea las cejas mientras intenta, sin mucho éxito, reprimir una sonrisa transparente de satisfacción.

Alzo el puño al aire en señal de victoria.

—¡Sí! Los baterías por fin reciben lo que merecen.

Se echa a reír a mi lado, pero cada facción de su cara comienza a parecer cansada. No sé si es el tequila o el agotamiento por sus largas jornadas de trabajo.

Me doy un golpecito en el pecho.

—Ven aquí. Pareces a punto de dormirte.

Acurrucándose como si pretendiera quedarse abrazada a mí durante un buen rato, me dice:

—Estoy hecha polvo.

—Deberías entrar en casa e irte a la cama.

—¿Pensarías mal de mí si te pidiera que durmieras conmigo? Solo dormir.

Ha pasado más de un año desde la última vez que dormí con alguien. Lo echo de menos. Dormir, aunque sea un acto inconsciente, es íntimo y vulnerable.

—No creo que pueda pensar mal de ti nunca, Gem. ¿Te gusta hacer la cucharita? Soy un profesional haciéndola.

—Me encantan los buenos abrazos.

—Vamos.

Entramos en casa. Se pone el pijama de Bieber. Y hacemos la cucharita como si nuestros cuerpos estuvieran hechos para realizar este acto en particular.

No me acuerdo cuándo fue la última vez que dormí así de bien.

## Martes, 23 de enero

El móvil me vibra en el bolsillo de camino al estudio. Es temprano, por lo que debe de ser mi madre. Siempre madruga y cree que los demás también lo hacemos.

Después de que todos se bajen de mi furgoneta, saco el móvil para mirar el mensaje.

Es Gemma.

*Buenos días. ¿Te gustaría venir conmigo a la inauguración del museo mañana por la tarde? Empieza a las siete.*

*¿Puedo llevar vaqueros? No tengo nada elegante aquí y no tengo tiempo de ir de compras.*

*Con los vaqueros vas bien.*

*¿A qué hora te recojo?*

*A las seis y cuarto. El tráfico es criminal.*

*Nos vemos a las seis y cuarto.*

*¡Gracias!*



## Miércoles, 24 de enero

A las seis, entro en la habitación de Gus. Está hablando por teléfono con Scout.

—Siento interrumpirte, tío, pero ¿no tendrás alguna camisa limpia? ¿O un polo o algo así? Voy a lo de Gemma esta noche y solo tengo limpia una camiseta blanca.

Sé que no, pero por preguntar que no quede. Jamie sería el hombre perfecto al que acudir en este tipo de situaciones. Es el aseado y pulcro del grupo, pero es demasiado pequeño para que me quede bien su ropa.

Gus se aleja el móvil de la cara y responde:

—Puedes echarle un vistazo al armario, pero creo que tengo toda la ropa sucia. Estaba esperando a poner la colada este fin de semana cuando vuelva a casa. Si hay algo que te sirva y que no huela, es todo tuyo. Lo siento, tío.

El armario está vacío. Toda su ropa está amontonada en el suelo.

Parece que tendré que conformarme con una camiseta blanca y unos vaqueros.

Cuando Gemma abre la puerta de su apartamento a las seis y diez, me siento como el culo. Lleva un elegante vestido verde azulado que le queda genial y que grita: «Soy profesional, respétame, joder»; junto a unos altísimos zapatos de tacón con estampado de leopardo. Su pelo *sexy* vocifera: «Soy una diosa, respétame, joder».

Con los tacones, es solo unos centímetros más baja que yo, así que no tengo que agacharme para besarla.

—Hola. Estás increíble.

Sonríe y me pasa el pulgar por el labio inferior. Ahora debo de llevar su pintalabios.

—Hola. Gracias. Tú también.

—¿Estás segura de que no te voy a avergonzar con estos vaqueros y esta camiseta? —le pregunto porque quiero ver lo que ha hecho, pero no quiero dañar su imagen delante de sus socios comerciales—. Estoy pensando en tu reputación profesional y no quiero parecer un imbécil.

—Una camiseta lisa y blanca con cuello en V (que se ajusta a tu cuerpo bastante bien, debo añadir) siempre queda genial. Estás muy guapo.

Cuando arquea las cejas, me relajo.

Conduzco siguiendo sus indicaciones y, mientras tanto, hablamos de lo que hemos hecho hoy con nuestras vidas.

—Está a la derecha. El edificio blanco. Gira en la siguiente salida y deja el coche en el aparcamiento.

Hostia.

Putá.

Es increíble.

Y no es solo porque sepa que lo ha diseñado la mujer sentada a mi lado en la furgoneta, sino porque es realmente impresionante y destaca incluso en la ciudad de Los Ángeles, que es conocida por su peculiar arquitectura. Es de color blanco brillante. Cuenta con tres tipos de ángulos que no deberían funcionar juntos estructuralmente, pero que sí lo hacen. Aunque sea muy moderno, no es insulso. Hay un halo de suavidad a su alrededor que te invita, te atrae, como si supieras que, en su interior, no hay otra cosa que belleza.

Cuando aparco, los dos salimos y yo me acerco a la parte trasera de la furgoneta con la mano extendida hacia Gemma.

La acepta de buen grado y me mira con una sonrisa nerviosa.

—¿Es raro que esté nerviosa?

—No. Has creado una obra de arte que está a punto de ser juzgada por gente real en tiempo real. Eso da miedo. —Lo da. Todos los artistas pueden sentirse identificados, sin importar el medio. Le

acaricio el dorso de la mano que estoy sujetando con la mano libre y la aprieto con las dos para que sepa que estoy aquí y que la apoyo—. Les va a encantar. Si el exterior es una muestra de lo que hay en el interior, no tienes nada de lo que preocuparte. —Me detengo y señalo el edificio—. Míralo, Gem. Tú has hecho eso. Impresiona de cojones. No estoy intentando venderte humo. He viajado por muchos sitios, he visto un montón de cosas fascinantes, pero nunca he visto algo parecido. Es increíble.

Sus nervios disminuyen cuando sonrío.

—Necesitaba escuchar algo así, gracias.

—De nada, puta ama de la arquitectura. Ahora venga, vamos a pasarlo bien y a homenajearos a ti y a tu cojonuda creación.

Río.

—Debería haberte advertido de que, aparte del equipo de construcción, solo habrá gente que ha contribuido en la financiación, por lo que la fiesta se limitará a champán, canapés pijos que no sé ni pronunciar y conversaciones aburridas e incómodas. Lo siento si te di la impresión de que sería divertido.

Le guiño un ojo.

—Puedo hacer que todo sea divertido, Gem.

Es verdad, sobre todo con ella.

La entrada es enorme, con techos altos y muchas ventanas. Es luminosa, cálida y acogedora. Hay grupos de gente cerca de la puerta. Supongo que son los invitados que pertenecen a la parte antisocial de la celebración y que están contando los minutos para poder marcharse. Gemma conoce a los dos primeros tíos con lo que nos cruzamos.

—Buenas —suelta con voz cantarina. La subida y bajada en la melodía de su voz mientras pronuncia esas dos sílabas es casi infantil, inocente y dulce, e inspira amabilidad. No es falsa. No está cambiando para ser maja. Ella es así.

Uno gruñe; parece solo medio vivo, como si la energía se le acabara por segundos y estuviera a punto de quedarse dormido. El otro compensa su, como poco, falta de entusiasmo.

—Hola, Gemma.

Pestañea tan rápido que me mareo. A esto le acompaña una sonrisa de loco. Parece el típico preadolescente nervioso, enamorado perdido de la encantadora chica que pasa a su lado. Excepto porque tiene cuarenta años y da un miedo de cojones.

—No aceptes caramelos de ese —le susurro al oído cuando seguimos caminando—. Ni subas en su camioneta si te ofrece un paseo.

Ni siquiera intenta reprimir su risa de aprobación.

—Me lo apunto. Necesito ir al baño antes de que entremos. ¿Puedes ir a por un par de bebidas? —me pregunta mientras señala una mesa que hay cerca de la puerta de entrada con copas de champán y botellas de agua caras.

Hago una reverencia.

—Considérame tu siervo por un día.

Flirtea conmigo con los ojos brillantes.

—Oh, me gusta. ¿Es usted bueno con los pedidos, caballero?

—No hay nada que desee más que ponerme a disposición de todas sus necesidades esta noche. —Lo haría encantado.

—¿Todas mis necesidades? —pregunta.

Asiento.

—Vaya, vas a estar muy ocupado, yanqui.

Mientras espero a Gemma, dos mujeres entran por la puerta a pocos metros de mí. Una increíblemente alta y la otra es increíblemente baja. La Alta lleva el móvil en la mano y, enseguida, coge un vaso de champán. Sus tacones retumban en el suelo de piedra pulida. La Baja parece que intenta quedarse fuera del centro de atención de la Alta. Su delicado calzado se mueve en silencio como una sombra.

Una mujer corre a saludarlas. La prisa por hacer que los huéspedes se sientan bienvenidos e importantes es exagerada. De la mirada prepotente de la Alta se deduce que esperaba este tipo de trato. Se dan la mano y la otra la mira como si estuviera dirigiéndose a la realeza.

—Encantada de conocerla, señorita Rolff.

La Alta se muestra desinteresada y cansada; no responde. Puta.

La Baja las sigue a cierta distancia, como si intentara fundirse con el suelo para no ser vista. Entonces se le resbala la cartera del hombro y parte del contenido se le cae al suelo. Me acerco a ayudarlo porque parece humillada y, antes de que pueda ponerse de rodillas para volver a guardarlo, ya estoy allí.

—No te preocupes —digo mientras recojo el monedero, una caja de pañuelos, las llaves, un tampón y una tableta de chocolate de Nestlé.

Sus mejillas se tiñen de rojo cuando me mira.

—Gracias. Muchas gracias. Gracias. Gracias. —Tartamudea con nerviosismo y evita el contacto visual.

No quiero hacerla sentir más incómoda, por lo que no la presiono. La Alta está ahora posada (sí, no está sentada, está posada), en un taburete a unos seis metros, hablando con la mujer que la ha recibido. Ya se ha terminado la copa de champán, pero la sostiene en la mano. Claramente, lo hace para llamar la atención. No tengo ningún interés en ello, por lo que me giro para mirar a la Baja.

—¿Quiere una?

Le ofrezco una de las copas de champán que tengo en la mano y sonrío para que sepa que no me estoy riendo de ella. También sonrío para no parecer amenazante, ya que Gus siempre me dice que parezco a punto de aniquilar a alguien cuando no lo hago.

Asiente, acepta la bebida y susurra:

—Gracias. Muchas gracias.

Creo que, cuando se pone nerviosa, repite las palabras.

Gemma me sonrío con aprobación cuando me giro hacia ella.

—Tu madre ha criado a un buen chaval, ¿sabes?

—Se lo diré. A la pobre chica se le han caído todas sus cosas. Me sentía mal por ella.

Antes de que pueda continuar, alguien aparece al lado de Gemma y le pone la mano en el hombro.

—Gemma, el museo está genial.

—Gracias, Jeremy. ¿Te acuerdas de mi amigo Franco?

Es una presentación agradable.

Jeremy, su compañero de piso. Parece distinto así, sobrio, sin estar

encorvado sobre vómito en el suelo o desmayado boca abajo en el sillón. Está avergonzado.

—Siento haberte causado una mala impresión. Lo siento de verdad, Franco. Encantado de conocerte de manera oficial.

Le doy la mano.

—No te preocupes. Siento lo de tu madre.

Asiente.

—Gracias.

Gemma hace fluir la conversación de algo triste a algo alegre.

—Jeremy es fotógrafo, Está haciendo fotos de la inauguración del museo para el artículo de una revista y para que mi firma las añada a su portfolio.

—¿Fotógrafo? Eso es genial. ¿Haces retratos?

—Empecé en la industria trabajando para una revista de moda. Pero, desde entonces, me he pasado a la arquitectura y a los paisajes porque requieren menos cuidados y es más fácil trabajar con ellos.

Su respuesta sincera me hace soltar una carcajada de comprensión.

—Lo pillo. —Pero tengo que preguntar—: ¿Estarías interesado en hacerlo de nuevo? Toco en una banda y a veces necesitamos un fotógrafo para promocionarnos.

Asiente.

—Claro. Sí, será divertido aventurarme de nuevo en ese campo con las personas adecuadas.

—¿Tienes alguna tarjeta?

Es difícil encontrar buenos fotógrafos y, si Gemma lo tiene en alta estima, me sirve.

Saca una tarjeta del monedero y me la ofrece con un «gracias» sincero. Me gusta este tipo.

—Gracias, tío. Se la daré a nuestro representante.

Inclina la cabeza y dice:

—Te lo agradezco. —Después añade—: Me ha encantado conocerte, Franco. Será mejor que vuelva al trabajo. Bien hecho, Gemma. Es un placer fotografiar una auténtica obra de arte.

Gemma acepta el cumplido con una sonrisa amable.

—Gracias.

Durante la siguiente hora, paseamos por las tres plantas del edificio. Paran a Gemma continuamente para expresarle elogios y halagos. Está muy solicitada. Todos saben que este proyecto es su bebé y quieren hablar con ella. Se aprecia la diferencia entre las personas que han trabajado con ella codo con codo y las personas ricas que la están conociendo por primera vez. Los inversores están impresionados por su trabajo, pero esperan que ella les devuelva los halagos por su contribución y por tener grandes cantidades de dinero en el banco. No estoy en desacuerdo con eso y Gemma tampoco. Los trata con educación, pero nos dirigimos rápidamente hacia los albañiles, los operarios o los tipos del aire acondicionado y la calefacción, que parecen los pies más en la tierra.

En nuestro camino de vuelta al primer piso, entro en un baño. Al salir, alguien tiene sus labios en la mejilla de mi inglesita. Unos labios que se quedan pegados a ella demasiado tiempo para mi gusto y que la dejan con una mirada más que incómoda. Está borracho.

—Hola, preciosa —le escucho decir, arrastrando las palabras, según me acerco. A juzgar por lo que he visto hasta ahora, apostaría a que es un inversor, pero habla con ella como si la conociera.

—Señor Knott —dice secamente.

Ya está hasta las narices.

Va vestido con ropas que se supone que dicen: «Me importáis una mierda y eso hace que sea mejor que Dios». Pero lo está intentando con demasiado ahínco, porque lo único que escucho es: «Me importáis una puta mierda y, de hecho, quiero que todo el mundo vea que me importa una mierda y eso me convierte en un gilipollas».

Levanto la barbilla en señal de saludo y me meto en la conversación:

—¿Qué tal?

Pasa la mirada de mí a Gemma sin responder. Está claro que nuestras madres no nos enseñaron los mismos modales.

Gemma se invierte para suavizar la incomodidad provocada por él.

—Señor Knott, este es el chico con el que salgo, Franco Genovese.

El señor Knott se encoge de hombros, tratando de parecer despreocupado, pero se mueve con nerviosismo. Está tenso como una armadura. Me da la impresión de que le pidió salir en el pasado y ella le rechazó. Cuando gira la cabeza para saludarme, esboza una sonrisa falsa, como si se la hubiera quitado a alguien y no le pegara.

—Franco, ¿no?

Normalmente hace falta mucho para irritarme, pero este tío me está sacando de quicio. Todo acerca de su persona hace que quiera golpearle en la parte en que su pantalón de diseño le cubre las pelotas.

—Sí, Franco.

Alguien le da una palmadita a Gemma en el hombro y ella se gira para abrazar a la mujer que tiene detrás y saludarla.

El señor Knott, el puto gilipollas, me mira de arriba abajo; está claro que no le gusta lo que ve. Supongo que mis tatuajes no valen la pena. Que le jodan. Los tatuajes siempre valen la pena.

—Ahora todo tiene sentido. No me había dado cuenta de que la señorita Hendricks tiene inclinaciones por la clase obrera. Eso lo explica todo.

Eso ha sido un golpe directo a mí y a ella. Este loco va bebido hasta el culo y, además, es un pobre y patético desgraciado. Mala combinación.

—Tío, para el carro. En serio. Estoy aquí para honrar a Gemma y su trabajo. —Como no puedo evitarlo, añado—: Y para abanicarla y darle uvas, o un masaje, si lo necesita. Ha trabajado duro este último año.

No creo que el chaval pille mi humor, pero necesitaba algo que disminuyera la tensión y el pánico de Gem, que acaba de darse la vuelta y se ha metido de nuevo en nuestra conversación. Tiene los ojos tan abiertos que parecen a punto de salirse de las cuencas.

El tipo gruñe, o resopla; no sé muy bien cuál, así que diré que *regruñopla*. No se está divirtiendo y el *regruñoplido* es su manera de demostrar su dominio. Estoy esperando a que se mee sobre ella para marcarla y zanjar el asunto. Agarro a Gemma de la mano y nos alejamos antes de que esto llegue al contacto físico y acabe tirando a



ese gilipollas y su falta de respeto al suelo.

—Gracias, Franco. Es un conservador asociado del museo y ha sido un grano en el culo los últimos meses. El niño de papá no es capaz de aceptar un rechazo —me susurra mientras bajamos las escaleras.

—Lo he pillado, alto y claro. Es un cabrón —digo.

Cuando llegamos a la planta baja, Gemma quiere irse. Su vaso de educación está a punto de rebosar, pero creo que se siente obligada, como representante de su firma, a quedarse un poco más. Las interminables charlas triviales con conocidos y desconocidos son agotadoras. Las personas que han trabajado con ella de cerca y le gustaban han venido antes y ya se han ido. Todo lo que queda son conversaciones incómodas.

—¿Podemos ir a la entrada y coger otra copa de champán? ¿O cuatro? —Sí, está buscando apoyos.

—Claro que sí. Soy bastante grande, ¿quieres quedarte en una esquina y que me ponga delante para hacer de escudo y que nadie te vea durante un tiempo?

Las soluciones son mi especialidad.

Ríe agradecida ante mi tono protector.

—Quizás te tome la palabra.

Nos sentamos en dos banquetas en una esquina. La entrada está vacía a excepción de la Alta y la Baja.

La Alta camina hacia nosotros. Se balancea sobre sus tacones de aguja y me preocupa que se la pegue de un momento a otro. Lo tendría bien merecido por haber dejado antes sola a su amiga. La Baja la sigue y parece avergonzada.

La Alta se para delante de nosotros. Parece cansada y estoy seguro de que el alcohol no es lo único que tiene en el organismo. Es obvio que está bajo los efectos de alguna droga que causa somnolencia. Se presenta a Gemma primero.

—Soy Catarina Rolff. Mi padre, Mark Rolff, es un donante importante del museo. Está en Dubái por negocios, así que me ha mandado a mí para que lo represente. —Se coloca la mano alrededor de la boca como si fuera a decir algo con discreción, pero es incapaz

de bajar la voz—. Esta fiesta es una puta mierda. Son todos viejos aburridos. —Le dedica el comentario a Gemma, como si estuvieran confabulando, antes de dirigir la mirada hacia mí y saltarse el final de la presentación de Gemma. Sus ojos se dilatan con lascivia y me recorren de arriba abajo en un acto de evidente lujuria que hace que se me pongan los pelos de punta—. ¿Quién eres tú? —pregunta sin una pizca de elegancia.

No respondo. Mi elegancia también ha desaparecido.

Gemma también ignora su arrebatado. Creo que los dos confiamos en que se vaya si no decimos nada.

La Alta lo vuelve a intentar.

—Te conozco. ¿De qué te conozco?

—No nos conocemos —le aseguro.

—¿Nos hemos conocido en alguna fiesta? Me suena tu cara. —Su manera de hablar es tan descuidada como el alcance de su atención.

Niego con la cabeza.

—No, estoy bastante seguro de que no.

Gemma trata de esconder una sonrisa, no ser el foco de atención de una loca le divierte. Además, nunca ha visto que me reconozcan en público y creo que se ha percatado de que es lo que está a punto de suceder. Y de forma desastrosa ni más ni menos.

La Alta se calla durante unos segundos y entonces suelta otra débil explosión.

—¡Tocas en una banda! ¿Cómo se llama?

Chasquea los dedos con lentitud, porque su coordinación no parece llegar a la media, debido a su automedicación.

—Es el batería de Rook —responde Gemma con orgullo. Sí, lo está disfrutando.

Me siento y espero a ver qué más tiene guardado.

La Alta aplaude una vez como si acabara de descubrir la respuesta a todos los problemas del cosmos.

—¡Sí! Joder, sabía que te conocía. ¡Rook! Os vi tocar el otoño pasado en... —Hace una pausa tan larga que asumo que está perdida en sus pensamientos—. En Brooklyn, creo.

Asiento.

—¿En serio?

Entonces vuelve a pasar de la curiosidad a la conquista porque, de repente, me he convertido en alguien a quien vale la pena conocer debido a, su fama. Joder, ¡cómo lo odio!

—Te daré mi número. Tengo una *suite* en el Hilton. Deberías pasarte esta noche.

Ni aunque fueras la última mujer en el mundo.

—Ya tengo una cita.

—Cuando miro a Gemma, parece que quiera romper la copa de champán y pincharla con el cristal en la cara. Varias veces. También parece orgullosa porque haya rechazado tener un rollo sin pensármelo dos veces.

La risa de la Alta es seca y malvada.

—No tiene por qué enterarse, cariño.

—El secreto ha sido revelado. Es la preciosa mujer que tienes sentada delante. Se merece una disculpa, eso ha sido de bastante mala educación —añado. Antes de que Gemma le arranque los pelos y yo la anime a hacerlo, quiero intervenir, pero no lo hago.

La sonrisa que aparece no es de disculpa o vergüenza. Rezuma superioridad.

—Lo siento.

Gemma está cabreadísima. Lo veo en sus ojos, pero su respuesta es dulce.

—Oh, no te sientas mal por mí. Tiene la polla enorme. —El guiño que añade al final no tiene precio.

Me cubro la cara con una mano para contener una carcajada.

Cuando la Alta se gira y se escabulle sin inmutarse hacia la mesa del champán para coger un trago, levanto la mano en dirección a Gemma y susurro:

—Recuérdame que, de ahora en adelante, no me inmiscuya en tus peleas, asesina. Ha sido genial.

Me choca los cinco.

—Zorra estúpida. ¿Te puedes creer su descaró? —Todavía echa humo.

—No. —Le ofrezco un bol de frutos secos que hay sobre una

mesa, los rechaza arrugando la nariz con dulzura. La beso en la cabeza.

—Algunas personas dan asco. Deberíamos presentarle al señor Knott.

Ríe de mala gana.

—Harían buena pareja. —Entonces la risa se vuelve sincera—. Quizás he ido demasiado lejos pregonando el tamaño de tu herramienta.

—Eso ha sido lo que más me ha gustado. ¿Puedes decir «polla» otra vez? ¿Por favor? —Puede que esté jugueteando con ella, pero lo ha dicho de una manera muy *sexy*.

—Polla —lo dice con lentitud, haciendo que parezcan tres sílabas.

Señalando al camarero que lleva una bandeja con pequeños canapés por la sala, digo:

—Mi enorme polla y yo vamos a tomarnos un aperitivo. Ahora volvemos.

Sonríe.

—Hazlo y ten cuidado con esa cosa.

Sigo riéndome cuando me paro delante del tío y cojo dos servilletas sobre las que ha y algo parecido a una *bruschetta*.

Cuando vuelvo, la Baja está disculpándose con Gemma por el comportamiento de la Alta. La Alta o la Zorra Estúpida, como la recordaré siempre, es modelo. La Baja es su asistente personal. Se llama Helena.

Hablamos con Helena durante unos minutos. Definitivamente, repite las palabras cuando se pone nerviosa, pero, cuando está relajada, es lista. Hablamos de varios temas antes de que sus mejillas enrojezcan y reconozca despacio que es fan de Rook y me pida un autógrafo. Es maja. Le firmo un billete de un dólar que saca del monedero, porque no tiene más papel.

—El resto de la banda no está por aquí, ¿no? —pregunta con timidez, pero esperanzada.

—No. Esperabas poder echarle un vistazo al maravilloso rubio, ¿eh?

A las mujeres les encanta Gus, es un hecho científico.

Se encoge de hombros. Eso es un «sí».

—Podemos llamar a Gus si quieres.

Endereza la espalda y crece de tamaño mientras mueve la cabeza con energía. Pero, igual de rápido, se queda quieta y dice:

—¿En serio?

—Claro. Lo llamo por Facetime. Puedes saludarle.

Sus ojos se mueven por toda la habitación como bolas de *pinball* mientras se lo piensa.

—¿En serio? —pregunta de nuevo.

—Claro.

—Hazlo, Helena. Gus es muy majo, deberías hablar con él —la anima Gemma.

A Gemma la rodea una burbuja de serenidad, y me encanta estar dentro de ella. Helena también lo nota. Gemma tiene el don de hacer que los demás se sientan a gusto. Su carisma es poco común; no muchas personas con las que me he cruzado atraen a la gente como ella, incluso si son completos desconocidos. Solo estar a su lado me hace increíblemente feliz. Es una puesta de sol con forma humana.

Helena asiente con entusiasmo.

—Hagámoslo.

Marco el número de Gus enseguida para que Helena no tenga tiempo de cambiar de idea. Estoy a punto de presentarle al chaval.

Cuando su cara aparece en la pantalla, le corto, porque está en altavoz y no necesito que Helena oiga el, sin duda, duro pero creativo saludo que va a soltar.

—Buenas, Gus.

Parece confuso. Rara vez lo llamo, por lo que automáticamente capto su atención.

—¿Qué haces con el Facetime, tío?

—¿No puede alguien usar Facetime sin razón?

Ignora mi respuesta y continúa como si no hubiera dicho nada.

—¿Estás con la abuelita? Deja que hable con ella. Su bisnieto favorito quiere decirle «hola».

La última vez que llamé a Gus por Facetime estaba en la residencia de ancianos visitando a mi bisabuela, que lo adora como si

fuera de la familia. Quería saludarlo porque hacía tiempo que no lo veía.

—No estoy con la abuela, pero estoy con alguien que quiere saludarte. —Me acerco a Helena, que se queda de piedra cuando ve a Gus en la pantalla—. Gus, esta es Helena. Helena, Gus.

Gus sonríe y levanta la barbilla.

—¿Qué pasa, Helena?

Ella levanta la mano para saludar. Está nerviosa de cojones, pero sonríe de oreja a oreja.

—Ay, mi madre —susurra.

—Helena es fan de Rook, tío. Es una nueva amiga de Gem y mía.

Giro el móvil hacia Gemma para que la vea. Se intercambian un saludo.

—Hola, Gemma.

—Buenas, Gus.

Luego giro la pantalla de nuevo hacia Helena y hacia mí.

Gus participa porque es majo y siempre sabe qué decir.

—Cualquier amigo de Gemma y Franco es amigo mío también.

Hablamos durante diez minutos y, al terminar, Helena es probablemente la mujer más feliz del estado de California. Gus y yo le hemos prometido enviarle —a ella y a su hermana, que también es fan— camisetas de Rook, un vinilo firmado y dos entradas VIP para el concierto en Los Ángeles de nuestra próxima gira.

Después de los pesados del señor Knott y la Zorra Estúpida, la noche ha terminado bien.

Cuando nos vamos, cojo a Gemma de la mano y le acaricio el dorso con el pulgar.

—Gracias por compartir tu creación y talento conmigo, Gem. Ha sido un honor ir de tu mano esta noche.

Sonríe.

—Gracias por tus palabras. Tu aprobación significa mucho para mí. E ídem, para mí ha sido un honor ir de tu mano esta noche. Creía que Helena iba a echarse a llorar; Gus y tú la habéis hecho muy feliz. Ha sido genial.

—Esa mujer se merece un pedestal por aguantar a la Zorra

Estúpida. Ha sido un pequeño consuelo llamar a Gus y darle un par de entradas. Probablemente no haya sido muy diferente a ver a la gente halagarte durante toda la noche. Te quieren, Gem. Espero que te des cuenta. Emites una luz por la que no pueden evitar sentirse atraídos. Es un don.

Sonríe.

—Es cierto lo que he dicho antes. Tu madre ha criado a un buen chico.

—Y tu padre a una buena mujer.

Es verdad.

## Jueves, 25 de enero

Hoy es el cumpleaños del gran hombre.

Gus cumple veintitrés años.

Una curiosidad sobre Gus: es un friki de las camisetas. Le encantan, así que hace unos años, Jamie, Robbie y yo empezamos a regalarle la camiseta más fea que pudiéramos encontrar por su cumple. Otra cosa sobre Gus: si le hacen un regalo, se lo pondrá sea lo que sea, porque es un puto sentimental y, sinceramente, le importa una mierda si la gente se ríe de él. Creo que está deseando ver qué clase de aberración se nos ha ocurrido para celebrar su gran día, ahora que se ha convertido en tradición. El año pasado no contó, porque fue un mes de pesadilla, así que este año los chicos y yo hemos buscado por mar y tierra hasta dar con la camiseta perfecta para compensarlo.

Gus estalla de la risa cuando abre el regalo, lo que nos informa de que la hemos liado más que parda.

—Joder, os habéis superado.

Se quita la camiseta inmediatamente, se pone la que le hemos regalado y da una vuelta para que le veamos.

Jamie se gira hacia mí, rendido.

—¿Por qué cojones no le queda mal?

—Es jodidamente guapo, Jamie. Ese es el problema.

Tengo que echarme a reír porque solo Gus puede llevar una camiseta verde menta con un taco comiéndose a un gato mientras monta en unicornio y no parecer un completo imbécil.

—Lo intentaremos con más ganas el año que viene—digo—. Ahí



fuera hay una camiseta que le queda fatal y la vamos a encontrar, coño.

Robbie le lanza una bolsa. Es la otra mitad del regalo.

—Como te apoyamos en tus vicios... Feliz cumpleaños, Gus.

Gus la coge y echa un vistazo al interior.

—Capullos, sois demasiado buenos conmigo. Gracias. Tendré suficientes para durarme unos días.

Cincuenta paquetes de chicle. Literalmente, cincuenta. No está exagerando, lo más seguro es que solo le duren unos días, dada la manera en que se los fulmina.

Le cantamos *Cumpleaños feliz* y paramos en una tienda de donuts de camino al estudio; es lo más cercano a una tarta que podemos conseguir hoy. Nos espera un día largo y muchas cosas que hacer para intentar perfilar las últimas canciones antes de volver al apartamento esta noche.

Durante todo el día, P. A. S. es incapaz de mirar a Gus con la puta camiseta de gato sin partirse de risa. Solo por eso ha valido la pena.

Día finiquitado.

## Viernes, 26 de enero

Esta mañana hemos ido a surfear a Trestles. Hemos alquilado unas tablas y unos trajes de baño porque todos necesitábamos despejarnos y meternos en el agua. Surfear es crucial para el bienestar de todos nosotros. Estar demasiado tiempo sin hacerlo tiene repercusiones negativas. Deslizarme por el agua, fundirme con el océano y disfrutar de la naturaleza es mi religión. Para los chicos, es más de lo mismo. Ha sido una hora bien aprovechada. Terapia.

Además de los aspectos vigorizantes y la tranquilidad zen, un león marino ha aparecido de repente en el agua a poco más de medio metro de Gus, que ha gritado como un crío aterrorizado. Ha sido graciosísimo. Un espectáculo que todos los que estaban a menos de diez metros de distancia han podido disfrutar por completo. Tanto nosotros, sus amigos, como los desconocidos hemos chinchado a Gus sin piedad. Menos mal que suele tomarse las cosas bien.

Después de eso, el último día de la banda en el estudio ha sido redondo.

El final perfecto. Todos estamos felices. Sabes que la jornada ha ido bien cuando todos estamos contentos. No es que seamos difíciles de satisfacer, sino que tenemos los estándares muy altos, por lo que llegar a cierto nivel de acuerdo es señal de que los planetas se han alineado y que los dioses del *rock* han bendecido nuestro proyecto.

Hemos comprado unos tacos y una caja de cerveza de camino a nuestro hogar temporal y hemos organizado una celebración silenciosa en el balcón del apartamento. La redención hecha realidad, en muchos sentidos.

Gus se ha ido pronto a la cama porque tiene que volver al estudio mañana temprano para grabar una última pista de guitarra. Lo ha estado retrasando para que su novia y la prima de esta pudieran estar allí con él.

Jamie y Robbie se han puesto a jugar un rato a la Xbox, algo vital para su existencia.

¿Y yo? Yo he ido a ver a Gemma. Me ha pedido que pase la noche con ella otra vez. No he podido negarme.

Nos estamos uniendo cada vez más. Me encanta, porque no me he sentido así con una mujer desde hace muchísimo tiempo, si es que me ha pasado alguna vez. Y eso me asusta porque, en lo más profundo, sé que es un optimismo engañoso. Terminaremos. En unas horas, seguramente, cuando me vaya por la mañana. Intento no pensar en ello, pero sé que es cierto. Hasta entonces, soy un avestruz con la cabeza escondida en la arena que prefiere escaquearse de la inminente realidad. Nunca he hecho algo así y tengo que esforzarme a diario para ignorar mi inquietante y fatídico inconsciente.

Cuando Gem apaga la luz de su habitación, le digo a mi yo realista que se vaya a tomar por culo y me quito la ropa hasta quedarme en calzoncillos. Me acurruco en su cama. Se reúne conmigo bajo las sábanas. Todo ella es piel. Cada centímetro de su cuerpo al desnudo. Supongo que Bieber no nos hará compañía esta noche.

Es instantáneo. Se me pone dura. El tipo de dureza que pide, se remueve y grita que haya contacto y un alivio lento, gratificante y explosivo.

—¿Franco? —murmura con timidez.

—¿Sí, Gem?

—Gracias por hacer que estos últimos días en Los Ángeles hayan sido increíbles.

—Sé que, si somos realistas, no nos volveremos a ver después de mañana, Gem, pero quiero que sepas que ha sido un placer pasar tiempo contigo esta semana. Espero que todos y cada uno de tus sueños se vuelvan realidad, porque te lo mereces.

—Deseo lo mismo para ti. Quiero que sepas que no suelo

desnudarme para cualquiera. Hacía casi dos años. No suelo ser tan atrevida —me confiesa con dulzura.

—Estoy bueno de cojones, sé que es muy duro resistirse a eso, joder —la pico.

—Dios, menos mal que he apagado la luz. ¡Qué vergüenza! Tengo las mejillas ardiendo.

—¿Te has sonrojado? —pregunto.

Ojalá pudiera verlo.

—Un poco, pero prometo que la vergüenza no disminuirá mis ganas.

Hostia puta, como si no estuviera ya lo suficientemente cachondo ante esta perspectiva.

—Una cosa más. —Estamos tumbados de lado, cara a cara. Busco con la mano su cadera y la dejo ahí, porque no puedo evitar tocarla. La acaricio con el pulgar para medir el deseo que se está creando entre nosotros.

Se acerca a mí hasta presionar su pecho contra el mío.

—¿Qué pasa, yanqui?

Me muevo con lentitud, avanzando hacia ella hasta que todo mi cuerpo está pegado al suyo. Todo lo que esconde mi ropa interior me reprende con fuerza: «¿Por qué no te has quitado los calzoncillos, capullo?».

—Me encantaría de corazón ganar, ese puto título esta noche.

Presiono mi cadera contra la suya.

Un beso me cosquillea los labios.

—Como me suelen gustar los deportes en equipo, me encantaría ayudarte como sea.

Pasa la pierna por encima de la mía y el baile se vuelve un juego de dos. Toda mi entrepierna rozando contra su punto débil.

Exploro con la mano la parte baja de su espalda para luego pasar a la curva de su culo.

—Joder, eso es muy generoso por tu parte.

Sus labios encuentran mi cuello. En el trazo que dibuja su lengua se alternan besos dulces con pequeños mordiscos.

—¿Puedo decirte algo?

Con los dedos extendidos, le doy un satisfactorio apretón a su parte trasera que nos hace suspirar a los dos.

—Puedes hacer lo que quieras, Gemma. Lo que quieras.

—Nunca he conocido a ningún hombre que me ponga tan cachonda como tú. Mis partes femeninas están ahora mismo en medio de una revuelta.

Cuando se echa hacia atrás, quiero decirle que mis partes masculinas también parecen estar en medio de un puto motín, pero me quita la ropa interior y me las coge con la mano en un abrazo carnal. La caricia que le sigue parece salida de una fantasía.

—Dios mío —digo en un tono grave y gutural de puro placer—. Está claro que deberíamos resolver el motín y asegurarnos de que escuchamos las protestas y actuamos en consonancia.

La tumbo sobre su espalda y me subo encima.

Mi boca desciende hasta la suya. Sí, joder, somos un equipo de cojones. Este beso es distinto. Besarse mientras se está desnudo siempre lo es. Un cuerpo desnudo convierte cualquier cosa en un puto frenesí. La necesidad, la anticipación y el deseo rabioso intensifican todo hasta el siguiente nivel.

Pero ¿esto?

¿Gemma y yo?

Somos una bomba atómica.

Deslizo una mano bajo su cabeza y le subo el pelo. Con la otra le acaricio el pecho con avaricia. Nuestros labios todavía se enfrentan en la pelea. La boca es una herramienta magnífica para transmitir intimidad: besando, lamiendo, chupando, mordiendo. Es una forma de gritar «Joder, cómo me gustas» sin pronunciar palabra.

En este momento, desearía tener más de cinco sentidos con los que conectarme a ella. Quiero más de ella. Nunca voy a tener suficiente.

Estoy situado entre sus piernas, creando fricción lentamente. Estamos enloqueciendo, «excitación» es un término de principiante en comparación con lo que sentimos nosotros.

—Franco —jadea—. Joder, me voy a volver loca.

Me está pidiendo más.

Aunque lo último que quiero es irme de esta cama, estoy de acuerdo con su «joder, me voy a volver loca si no empieza esta puta cosa ya». Saco un condón del bolsillo de mis pantalones, que están en el suelo, lo abro y me lo pongo.

Me subo a los pies de la cama, cojo un tobillo en cada mano y los separo. Con los dedos, rozo la planta de, sus pies antes de escalar sobre las espinillas. Hacia sus rodillas. Hasta sus muslos.

Le recorre un escalofrío.

—¿Te gusta? —le pregunto.

Asiente en forma de gemido.

—Mmm...

—¿Y esto?

Recorro parte superior de su muslo.

—Incluso mejor.

—¿Y esto?

Muerdo la piel en la parte interior de su muslo. Hago suficiente presión para que duela antes de sofocarla con la lengua. Un beso.

—Joder, sí.

Comienza a jadear.

—Y luego está esto...

Dibujó círculos con el pulgar y lo remplazo por la lengua. Le separo los labios antes de moverme de arriba abajo una vez con cuidado, para provocarla. Joder, sabe bien.

Sus palabras se entremezclan con el «mmm...» que emite. Es jodidamente *sexy*.

—Voy a pasarme toda la noche jugando con tu cuerpo si sigues haciendo esos ruidos.

Ese soy yo pidiéndole más.

Repite el «mmm...» y es como mezclar una mecha con gasolina.

Escalo por su cuerpo hasta que nuestras bocas se encuentran. Besarla es como chocar. Desprende necesidad y agresividad. Cualquier rastro de dulzura en esta mujer se ha convertido en lujuria. Y me encanta.

Me araña la espalda con las uñas.

Estoy traspasando las barreras del roce, alentado por el deseo. Le

pellizco y retuerzo uno de sus duros pezones con una mano. Con la otra, me deslizo por debajo de ella para agarrarle con firmeza una nalga.

—Voy a asegurarme de que nunca me olvides —susurro con la cara escondida en la curva de su cuello—. ¿Estás preparada para el mejor polvo de tu vida?

—Más que preparada —responde también con un murmullo.

No lo hago con suavidad. No hay una introducción lenta. Me hundo con fuerza y hasta el fondo.

—Ay, joder —jadea.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Perfectamente —suspira.

Dobla las rodillas para coger impulso y sus caderas acuden al encuentro de cada una de mis sacudida.

Besarse es imposible. El sudor nos resbala por la piel. Intercambiamos palabras halagadoras pero muy sucias. Hostia puta, esta mujer habla mi idioma.

Cambiamos posiciones cuando me obliga a sentarme y se coloca sobre mi regazo para mirarme. La luz de la luna que se filtra entre las cortinas enfatiza su figura, y la imagen cuando pasa a cabalgarme con todas sus ganas es espectacular. Se aprieta contra mí, cada vez con más fuerza. Estamos llegando al éxtasis.

Cuando la incito a que lo suelte todo, no le hace falta más. Estalla en llamas.

—Eso es. Joder, eso es... Sí... Sí.

Es la chispa que necesito. Me consumo con una explosión ciega de placer sin adulterar.

—Hostia puta.

La pausa para coger aliento y recuperar nuestro sentido común tras el megaorgasmo es exagerada. Se tarda un poco volver al presente cuando tu mente y tu cuerpo acaban de ser felizmente demolidos y arrasados en nombre de la lujuria.

Todavía estoy dentro y ella no intenta moverse para abandonar mi regazo.

—¿Franco?

— ¿Sí, Gem?

— Te nombro rey.

Arqueo las cejas.

— De la realeza, ¿eh?

Asiente en señal de aprobación y una sonrisa malvada asoma a sus labios.

— De la puta realeza. Literalmente.

Esta mujer me mata.



## Sábado, 27 de enero

Mi móvil vibra sobre la mesilla de noche que hay junto a la cama de Gemma. Llevo despierto un rato, pero ella está dormida sobre mi brazo y no quiero despertarla, por lo que sigo acostado. Lo cojo con la mano libre para silenciarlo.

Es un mensaje de Gus:

*Estamos de camino a casa y acabo de darme cuenta de que me he olvidado la sudadera negra en el estudio. Si tienes tiempo antes de irte de la ciudad, ¿podrías pasar a recogerla?*

Seguido inmediatamente de otro:

*Si no puedes, no pasa nada.*

Y otro:

*Solo que es mi favorita.*

Y otro:

*Seguramente lloraré durante días si la pierdo para siempre.*

Respondo para detener sus lamentos:

*Si te callas, me paso y la recojo.*

Su respuesta es rápida. Es un enlace al vídeo de  *Holding Out For A Hero* , de Bonnie Tyler, en YouTube.

No puedo evitar reírme, porque me sé la canción y el vídeo con toda su gloria de tiroteos ochentera. Gus y yo fumamos algo de maría hace unos años y nos topamos con esta pequeña pepita de oro. Lo vimos una y otra vez. Lo que comenzó siendo algo psicodélico pasó a ser, de alguna manera, resplandeciente tras una hora viéndolo una y otra vez. La maría era buena. Eso seguro.

Me llega otro mensaje justo después: «Mi héroe». Viene acompañado de varias docenas de emoticonos que empiezan siendo un corazón rosa, un besito, una mano levantando el pulgar y un gorro de fiesta. Cuando llego a la bola de bolos, la bandera australiana y la piña, me doy cuenta de que solo está dándole a los botones para llenar la pantalla y dejo de leer, aunque aún me retumba la risa en el pecho.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta la voz adormilada de Gemma mientras se incorpora para mirarme.

Le acaricio el pelo para quitárselo de la cara y susurro:

—Gus me ha mandado un mensaje. Es gracioso. Perdona por haberte despertado.

Sus ojos todavía están nublados por el sueño, pero esboza una sonrisa espléndida.

—Da igual. Necesito levantarme. —Dibuja con el dedo las líneas del tatuaje que tengo en el pecho—. Pero no quiero. porque, cuando lo haga, te tendrás que ir.

La abrazo con el brazo que tengo bajo su cabeza y le acaricio el hombro.

—Deberíamos ducharnos primero.

El sexo en la ducha ha sido espectacular.

El adiós que le ha seguido, no tanto. Ha sido lo contrario a espectacular. Ha sido mierdacular. Porque aquí se acaba. Los dos lo sabemos.

Yo me voy a casa hoy.

Ella se va a casa mañana.

El «nosotros» temporal se queda aquí, en un recuerdo.

De camino a la salida del aparcamiento, estoy tan deprimido que casi se me olvida la sudadera de Gus, pero doy la vuelta y voy a por ella.

Dentro del estudio, las luces rojas están todas encendidas, así que entro despacio y en silencio. Nuestro productor, P. A. S., está pendiente de los controles en la cabina de sonido. La cinta está grabando lo que un chico toca con una guitarra acústica en la cabina contraria. Tiene seguramente la edad de Gus y su forma de tocar es conmovedora. No lleva los cascos puestos, lo que es raro por varias razones. Tiene los ojos cerrados, con los párpados apenas tocándose. Está sumamente concentrado, como si caminara por el filo de una navaja. El cuerpo de la guitarra está apoyado sobre su torso, una manera poco convencional de coger el instrumento. Pero, cuanto más lo miro, más deja de serlo. Está fundido con la guitarra, como si fuera una extensión de él. Balancea el cuerpo ligeramente como respuesta a la música que está creando. Todos y cada uno de los músicos que conozco, sin importar el instrumento que toquen, reaccionan a la música de forma distinta. Tocar y crear es uno de los actos más íntimos en los que un humano puede participar. Significa proyectar la personalidad y el corazón, eso es el arte. Pero con este chico es diferente. Tiene algo que, al mirarle, me recuerda a Gus. No se parecen en nada en cuanto a cómo tocan o cómo son físicamente, pero inspiran ese sentimiento de estar presenciando algo especial. Pocas personas en el mundo tienen ese don.

Cuando se hace el silencio en la sala, tengo la piel de gallina.

P. A. S. mantiene una mano en el aire para indicarle que pare. Luego le enseña los pulgares y le pide que entre en la cabina. No habla, lo que supongo que tiene sentido porque el chaval no lleva cascos.

Me aclaro la garganta para que P. A. S. sepa que no está solo.

—Hola, perdón por interrumpir.

Se sobresalta a pesar de mi aviso y se lleva una mano al pecho.

—Franco, ¿qué haces aquí? Gus se ha llevado todo esta mañana. Ya hemos terminado.

La puerta se abre y entra el guitarrista de la cabina.

No quiero alargar más la vista porque tengo que parar de molestarlos y dejarles trabajar.

—Ya, ya lo sé. Gus se ha olvidado la sudadera y me ha pedido que la coja. ¿Te importaría que echara un vistazo por aquí?

—Claro que no.

—Gracias. —Cuando me giro, el guitarrista está sentado en el sofá que hay detrás de nosotros y tiene la atención puesta en el móvil—. Buen trabajo, tío. Eso ha estado bien.

Al moverme, levanta la cabeza para mirarme. Tiene una sonrisa agradable. Doy un paso al frente y extendiendo la mano, no queriendo parecer maleducado.

—Me llamo Franco.

Se centra en mi boca, no en mis ojos.

Mientras nos damos la mano, P. A. S. dice, de espaldas a mí:

—Ese es Ridge. —Luego, añade—: Es sordo.

—¿Qué?

Nada más decirlo, me siento como un capullo. Justo en ese momento, se abre la puerta y una mujer rubia entra y le da a Ridge una botella de agua, interrumpiendo así la escena. Le doy las gracias, porque necesito un segundo para comenzar de nuevo con Ridge y hacerlo bien.

Se toca la barbilla con los dedos y hace el gesto de «gracias». Lo reconozco porque mi hermana le enseñó a mi sobrina la lengua de signos antes de que aprendiera a hablar. «Gracias» era uno de los signos.

La mujer le contesta con otra seña. Es más de una palabra.

Mientras lo veo contestar, mantengo la boca cerrada.

La rubia me mira con una sonrisa amable.

—Soy Sydney.

—Soy Franco. Encantado de conocerte.

Le deletrea algo a Ridge.

—¿Franco? —dice Ridge con temor, como si intentara asegurarse

de que lo dice bien.

Sydney sonríe y asiente.

—Perdona, a veces es difícil leer los labios cuando se trata de nombres. Encantado de conocerte, Franco. Soy Ridge. —Su pronunciaci3n es sorprendentemente clara para alguien que no puede oír.

Niego con la cabeza y sonrío.

—No te preocupes. Encantado de conocerte. Eres increíble, t o. Ha sido un honor oír a escondidas tu sesi3n.

Ridge asiente, y la sonrisa que parece llevar permanente mente en los labios se hace más amplia.

—Gracias. Queda mucho trabajo por hacer, pero lo estamos consiguiendo.

— Tocas solo o eres parte de una banda?—pregunto. Sea lo que sea, este chico necesita hacer música.

—Estoy en una banda junto a mi hermano, Sounds of Cedar, y también toco un poco por mi cuenta.

—Genial. Os buscar . Espero que todo te vaya bien. —Extiendo la mano de nuevo y él me la estrecha—. Siento haber interrumpido, gracias por hablar conmigo unos minutos.

—Gracias a ti.  Tocas la guitarra? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No, solo admiro a los que lo hacéis.

Ridge asiente aceptando el halago.

—Cuidaos, Ridge, Sydney.

—T  también —dicen los dos al unísono.

—Hasta luego, P. A. S. Voy a buscar la sudadera de Gus en las cabinas y me voy.

—Franco,  tienes planes?  Crees que podrías quedarte unas horas y ayudarme? Jake se ha tenido que ir a casa por una emergencia familiar. Su hija se ha caído del columpio en el parque y dicen que se ha roto un brazo.

Jake es el dueño del estudio de grabaci3n. Y, aunque P. A. S. puede con casi todo él solo, especialmente cuando est  trabajando con una banda al completo y tiene pares de ojos, orejas y manos

extra, trabajar a solas con un solo artista es más difícil.

—Claro. Me quedo.

Me encanta tocar, pero la parte técnica de la música siempre me ha interesado. P. A. S. nos animó a Gus y a mí a participar en ello con el álbum que acabamos de terminar y lo disfrutamos mucho. Creo que él también. Es un tío serio y callado, lo contrario a Gus y a mí, pero el contraste funciona.

—Me has echado de menos, ¿no, sensiblón?

—Solo necesito ayuda. Eso es todo —me corrige con una pizca de diversión en la voz.

—Está bien, para, me estás haciendo llorar.

Me limpio lágrimas inexistentes solo para sacarle de quicio.

Niega con la cabeza.

—Ve a buscar la sudadera de Gus. Luego vienes y repasamos las pistas que Ridge ha grabado esta mañana.

Encuentro la adorada sudadera de Gus hecha un ovillo en el suelo de una de las cabinas. Le hago una foto en la que sale patética y abandonada antes de cogerla y se la envió a Gus con un mensaje que dice «Esto es una puta vergüenza» para hacerle sentir mal.

Responde enseguida:

*Te lo prometo: el pago por encontrarla es mi aprecio infinito. Eso es para toda la puta vida.*

Eso da lugar a mi broma:

*¿Y si prefiriera una cerveza?*

Gus:

*Una cerveza es un sustituto de mierda frente a mi gratitud. Eso ha dolido. Pero me parece bien.*

Misión cumplida. Vuelvo a la cabina.

Es distinto escuchar música que no sea tuya de manera crítica. Se

adopta una perspectiva distinta cuando te deshaces del apego y el trabajo personales. Sin embargo, el proceso es igual de intenso, porque quiero ver a este chico, Ridge, tener éxito y sacar al mercado sus mejores canciones. Soy de esas personas que le desean éxito a todo el mundo, sin importar lo que hagan, ya que la vida no es una competición. No es necesario que una persona pierda para que otra gane. Todos podemos ganar.

Seis horas después, camino hacia mi furgoneta para irme a casa. Saco el móvil del bolsillo. Tengo un mensaje de Gemma que solo dice «Adiós», acompañado de un enlace de YouTube. Le doy al *play* antes de encender el motor. La canción se llama *Goodbye Los Angeles*, de Future Husbands. Nunca he escuchado a esta banda ni la canción y quizás esa sea una de las razones por las que me golpea en la cara sin avisar. La voz de la mujer es brillante y la letra se ajusta misteriosamente a la situación.

*Goodbye, Los Angeles, I've had the time of my life.  
Farewell dear Sunset Strip; goodbye to Hollywood lights.  
Hey, La Cienega, guess I'll be seeing ya, but not tonight.  
I've got to hop a plane, drag myself back to them, it's not alright.*

*They say home is where the heart is.  
I'm leaving mine with you.*

*Goodbye, Los Angeles, seems like it happened so fast.  
One day we fell in love, I moved in but it couldn't last.  
The odds were against us, we tried but it turned to dust and slipped  
from our grasp.*

*Would I do it all again if I knew that it would end? Please don't ask.*

*They say home is where the heart is.  
I'm leaving mine with you.*

*Goodbye Los Angeles, I've had the time I've my life.*

*Farewell my friends, you know I couldn't forget if I tried.  
Hollywood Boulevard, I'll miss you and all your stars they shine so  
bright.*

*Now I've got to hop a plane, swear I'll be back again, it's gonna be  
alright.*

*They say home is where the heart is  
I'm leaving with you.*

*I'm leaving mine with you*

Probablemente escucharé esta canción cincuenta veces de camino a San Diego. Y sonreiré todo el tiempo, porque Gemma tiene el poder de hacer que eso ocurra.



## Domingo, 28 de enero

Día uno sin Gemma.

No creía que fuera a ser así de... duro.

Es raro.

No puedo dejar de pensar en ella.

No estoy obsesionado. Es solo que veo o escucho algo que me recuerda a ella. O pienso en algo divertido y cojo el teléfono para escribirle, antes de recordar que se ha ido y que el número de teléfono estará seguramente fuera de servicio porque ya no lo necesita.

Soy un tío realista, sabía que lo nuestro era temporal, pero no se conoce a muchas personas que se adhieran a la tela de tu vida como si siempre hubieran estado destinadas a estar ahí. Dejando el sexo a un lado, aunque fue una pasada, echo de menos su amistad. Un lazo de diez días que parece que fuera de diez años.

Algo inesperado.

Unas horas después, la estoy llamando.

Y cortando porque un mensaje grabado me dice que el número está fuera de servicio.

La abstinencia de Gemma Hendricks es una mierda.

## Lunes, 29 de enero

Día dos sin Gemma.

Me he mantenido ocupado durante todo el día, distrayéndome.

He surfado con los chicos esta mañana.

He estado trabajando en mi Harley por la tarde y luego he salido a dar un paseo con ella.

He cenado cereales.

Después, he decidido quemar algo de energía antes de irme a la cama.

La Cueva es una sauna. Bueno, no es literalmente una sauna, es una pequeña habitación que alberga mi batería. Incluso con el aire acondicionado y el ventilador, a los treinta minutos exactos de darle a la batería como un loco, la habitación se calienta y se convierte en un horno de juguete. Es entonces cuando lo doy todo. Supongo que es como la euforia de un corredor; libero endorfinas y sudo por cada pelo un goterón. Me recuerda por qué me encanta lo que hago. Algunos encuentran su lugar meditando o rezando. Yo toco la batería.

Tengo los oídos deshechos tras años de castigo constante, pero no hay nada como el zumbido que se queda después de que termine de tocar. Mi cuerpo se niega a dejar salir la música. Me recubre el interior del cráneo como una tela de araña mientras camino hacia la cocina para rehidratarme.

En noches como estas, toco hasta el agotamiento... y luego toco un poco más. Cada parte de mí acaba igual de cansada y consumida que si hubiera empujado mi cuerpo y mi mente hasta el límite. No

hay nada que me haga sentir más vivo que irme a la cama totalmente vaciado. Es como un gran choque de manos con el universo por haberlo dado todo en las últimas veinticuatro horas.

Después de una botella de agua y una ducha, es como si mi cama me susurrara palabras dulces al oído. Estamos hechos el uno para el otro, mi colchón de firmeza ajustable y yo. Mientras me deslizo entre las sábanas, por rutina, cojo el móvil de mi mesilla de noche. Lo tiro al suelo al ver un mensaje emergente con un número superlargo y desconocido en la pantalla.

—Mierda.

Me apresuro a salir de la cama y a cogerlo. Me siento aliviado cuando veo que la pantalla no está rota. Mi pulgar sobrevuela la pantalla mientras dudo si tocarla o no. No estoy seguro de por qué. Echo de menos a esa mujer. No puedo dejar de pensar en ella, lo que me asusta un poco.

Que le den.

Que le den a tener miedo, tengo una amiga increíble que quiere seguir en contacto. Eso es lo que importa.

Así que toco la pantalla y el miedo se esfuma. Os juro que, cuando las leo, puedo escuchar cómo pronuncia las palabras con su acento.

*Querido Franco:*

*Tengo que confesarte algo. Resulta que necesito/anhelo el humor inteligente en mi día a día. Trabajar y vivir es horrible sin tu sentido del humor. ¿Podemos ser amigos? ¿Aunque estemos lejos? Mandarte mierda graciosa de porque sí sería raro sin ese título.*

*Un beso,*

*Tu Chicarrona del Norte Gruñona*

Le contesto:

*Querida Chicarrona del Norte Gruñona:*

*Lo mismo digo sobre el humor inteligente y lo horrible que es vivir (aunque no estoy de acuerdo con ese pijo "anhelo"). Sí a lo de ser*

*amigos. Sí a lo de mandarme mierda graciosa en el futuro porque ya no será extraño, ya que el título es oficial.*

*Tu amigo,  
El Capullo Abatido*

Su respuesta es rápida como un rayo:

*Querido Capullo Abatido Que No Es Lo Suficientemente Fino Como Para Decir "Anhelo":*

*¡Bien! Prepárate para tener una amistad como nunca la has tenido. Será magnífica.*

*Tu amiga,  
La Chicarrona del Norte Menos Gruñona Que Sabe Lo Que Significa "Anhelo"*

Podemos hacerlo.

*Querida Diosa de la Amistad y de la Mierda Graciosa:*

*Estoy preparado para que me deslumbres.*

*Tu amigo,  
El Dios de la Amistad y la Mierda Graciosa*

Y así, las compuertas de la comunicación se abren. Su mensaje final dice:

*Descárgate WhatsApp en el teléfono. Es gratis. Más barato que los SMS.*

Contesto:

*Perfecto.*

Entonces, me pongo a buscar WhatsApp en la App Store y me lo descargo.

Hagamos que la amistad continúe.

## Lunes, 12 de febrero

Mandarle mensajes a Gemma se ha convertido rápidamente en la luz de mis días.

Creía que pasar de comunicarme con ella cara a cara a solo tener diálogos electrónicos sería artificial y decepcionante, sobre todo porque echaría de menos su acento asesino y sus adorables expresiones faciales, pero su sentido del humor y su personalidad se manifiestan alto y claro a través de la palabra escrita. En todas nuestras conversaciones me río a carcajadas por algo que ha escrito.

Ya tenemos la costumbre de contarnos el uno al otro lo que hemos hecho durante el día:

Rook está ensayando todos los días para su próxima gira.

A ella la ascendieron en el trabajo el día que volvió y está trabajando en el proyecto del diseño del hotel con su equipo.

He vuelto a la rutina de surfear todas las mañanas.

Ya ha ido a ver a un médico, que le ha dado cita para la inseminación artificial para la semana que viene. No pierde el tiempo.

Es genial tener a alguien con quien hablar cada día, alguien que quiere oírlo todo, lo general y los detalles, lo bueno y lo malo, lo divertido y lo mundano. Y que responde con memes graciosos a todo eso, como si fuera un arte que dominara.

Me hace reír.

Me hace pensar.

Me motiva.

Me reta.

Me apoya cuando lo necesito.

Juega al poli malo cuando lo necesito.

Me gusta esta mujer.

Me gusta mucho esta mujer.

## Miércoles, 14 de febrero

He estado en medio de un debate interno durante los últimos días. Normalmente soy el tipo de persona que confía en sus instintos sin preguntar. Hago caso a mis entrañas porque nunca me han fallado.

Pero esto es distinto.

Porque no solo me concierne a mí.

Concierne también a otra persona.

Y es probable que, si todo sale bien, a otra más.

Estoy intentando analizar la situación desde una perspectiva lógica, pero ha llegado un punto en que lo he pensado tanto que solo he conseguido confundirme.

Por eso estoy haciendo esta llamada telefónica, porque siento que solo hay una persona capaz de ayudarme a decidir si mi idea es una locura de cojones o es respetable.

—Hola, Franco.

Rara vez la llamo por teléfono, pero cada vez que lo hago, nunca parece sorprendida al escucharme. Juro que tiene un sexto sentido con las personas más importantes de su vida y que es medio hada madrina.

—Hola, Audrey. ¿Te pillo en un mal momento?

Sé que está trabajando porque son las once de la mañana de un martes, así que pregunto por educación.

—Claro que no. —La madre de Gus antepone las necesidades de los demás a las suyas, por lo que no sé si está mintiendo o no—. ¿En qué puedo ayudarte? —¿Lo veis?

Soy directo, a pesar de mis dudas, porque no quiero hacerle perder el tiempo.

—¿Puedo hacerte unas preguntas sobre Gus y Gustov?

Gustov es el padre biológico de Gus.

—Claro. —No lo dice con recelo. Es una de las pocas personas que conozco que no juzga hasta que sabe la historia completa. Gus ha heredado ese don de ella. Es el modo en que todos deberíamos vivir, pero poca gente lo hace.

—¿El hecho de tener un hijo de Gustov estropeó tu amistad con él?

Me sonrojo y me siento como el culo por la falta de elegancia con la que he sacado y expuesto el tema.

No titubea.

—Más bien lo contrario. Diría que afianzó una amistad que ya era sólida y nos unió de por vida.

—¿Lo mirabas de manera distinta cuando estabas embarazada o después de que naciera Gus, al saber que habíais creado un niño juntos? Perdona si es demasiado personal. No tienes que contestar si no quieres.

Estoy sudando, esta conversación es muy incómoda.

—Aparte de estar tremendamente agradecida y apreciar que tuviera un corazón tan bueno, diría que no.

—De nuevo, no tienes que contestar a esto, pero, hipotéticamente, si hubieras podido tener a Gus sin importar quién fuera el padre, ¿habrías elegido a Gustov o hubieras buscado un donante anónimo?

—Sin duda, Gustov. La familiaridad y el saber que su participación provenía de una amistad profunda marcaron la diferencia. Sabía que llevaba a un niño que era la mitad de un hombre al que adoraba y admiraba. Eso aporta tranquilidad, algo irremplazable.

Esa era la respuesta que necesitada escuchar. Mi intuición se siente como si acabara de recibir una gran ovación.

—Gracias por ser tan honesta, Audrey.

—Lo que quieras. Estoy aquí si necesitas hablar sobre cualquier cosa —añade intencionadamente.



—Te lo agradezco.

—¿Franco? —dice.

—¿Sí?

—Eres un encanto. Y tus hijos también lo serán. —No hay pausa antes de su siguiente ofrecimiento—. Pásate pronto por casa y cenamos todos juntos.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

—De nada. Adiós, Franco.

No necesito pedirle que mantenga esta conversación entre nosotros, porque Audrey sabe guardar un secreto mejor que nadie.

—Hasta luego, Audrey.

Tras cortar la llamada, dejo el móvil boca abajo en la encimera de la cocina y lo observo. Después, voy al baño a hacer pis. Estoy haciendo tiempo, no es porque tenga ganas.

Me muevo por la casa, tratando de serenar mis pensamientos y el ritmo de mi corazón. Camino desde una punta del salón hasta los dormitorios, pasando por el pasillo, y vuelvo porque es el paseo más largo de la casa en línea recta.

Pero no es lo suficientemente largo.

Mi mente va a toda velocidad, aturdida, mareada.

Me doblo, dejando las manos sobre las rodillas y respiro profundamente varias veces. Se supone que las respiraciones profundas deben ser liberadoras, no añadir leña al fuego.

—Joder, esto es una locura —digo en voz alta.

Luego respondo para verificarlo y validarlo:

—Pero es una locura buena.

Camino en dirección a la cocina con una misión, cojo el teléfono y marco el número de una persona que siempre me da un empujoncito cuando la necesito.

—¿Qué pasa, caraculo?

—Dime que deje de ser un puto cagón o me arrepentiré toda la vida. —Lo pido en voz alta pero con prisas, por lo que probablemente no me haya entendido, porque he hablado demasiado rápido.

—Dilo una vez más para que me entere.

Debería estar confuso. No lo está. Por eso funciona nuestra

amistad.

Repito con lentitud:

—Dime que deje de ser un puto cagón o me arrepentiré toda la vida.

—Franco. —Ese es su tono serio para captar mi atención. Lo utiliza en pocas ocasiones.

—Dispara.

—Deja de ser un puto cagón, tío. El arrepentimiento es un hijo de puta que te sigue de por vida. Te acosa. Y esa mierda no es lo que quieres. ¿Me oyes? —Es bueno. Ha sido convincente. Bien hecho.

—Te oigo —respondo.

—Haz lo que tengas que hacer —me ordena.

—Gracias, amigo. —Lo digo en serio—. Adiós.

—De nada, amigo. Paz.

No dudo en terminar la llamada, buscar su nombre en los contactos y pulsarlo.

Va inmediatamente al buzón de voz.

Mierda.

Después de la señal, comienzo a divagar.

—Gem, soy yo... Claro, soy yo... Ya lo sabes porque los teléfonos son muy listos y esas gilipolleces. —Suspiro porque hoy me estoy comportando como un adulto de mierda—. Llámame. Por favor. En cuanto lo oigas. Llámame...

Me callo, no porque haya recobrado la compostura y haya dejado de balbucear, sino porque escucho algo. Es su tono de llamada. Durante medio segundo pienso: «Madre mía, es como si estuviéramos conectados y supiera que estoy intentando contactar con ella para algo importante». Pero entonces caigo en que tiene un iPhone y en que seguramente acabe de ver que tiene una llamada perdida de mi número.

—Adiós.

Me sonrojo porque soy un idiota y le doy a la pantalla para acabar el mensaje que he dejado en el buzón de voz.

Después, vuelvo a tocar la pantalla para contestar su llamada y la pongo en altavoz, ya que me tiembla la mano y no quiero sujetar el

teléfono, porque eso lo empeoraría aún más.

Me siento en la mesa de la cocina, dejo el teléfono delante de mí y me inclino para hablar por él como si fuera un loco que no sabe cómo funciona un teléfono.

—Hola, Gem.

Hostia puta, me alegro de que no pueda verme ahora mismo, porque me rechazaría antes de escuchar la oferta completa.

—Buenas, Franco.

—Feliz San Valentín.

Suena mecánico, lo que hace que me sienta como una mierda porque lo decía en serio. Debería haberlo dejado para cuando terminara con la parte difícil y no antes, cuando mi mente está fuera de sí.

—Feliz San Valentín. ¿Qué tal el día? —No parece asustada, quizá no puede apreciar mi tono de locura a través del teléfono.

—Bien. —Miro el reloj. Son las doce del mediodía, lo que significa que son las ocho de la tarde donde está ella—. ¿Qué tal el tuyo?

—Bien. Acabo de hacerme un té y me he sentado a ver la tele.

—¿Qué día es la cita? —Sé cuándo es la cita. El próximo martes a las diez de la mañana.

Sabe que lo sé, pero lo confirma de todos modos.

—El próximo martes a las diez de la mañana.

—¿Gem? —Venga, coño, dilo.

—¿Sí?

—Tienes otra opción. Si... Ya sabes... Si quieres tomar un camino distinto.

—¿Cuál sería?

—Podrías venirte aquí. A mi casa. —No me puedo creer que haya soltado esas palabras.

—¿Franco?

Está tranquila.

—Te estoy ofreciendo ayuda para que intentes quedarte embarazada. —Hago una pausa porque, de pronto, estoy sudando y me siento un poco gilipollas; porque quizá piense que es la peor idea que ha escuchado nunca. Naturalmente.

—Espera un segundo —dice rápido. Oigo alboroto y jaleo. Puertas que se abren, puertas que se cierran. Otra puerta que se abre, otra puerta que se cierra—. Perdona, no podía hablar porque mi compañera de piso estaba en el salón.

—¿Ahora dónde estás?

—En el coche.

—¿Puedes hablar ahora?

Silencio.

—¿Gem?

Silencio.

—Gem, dime algo. Por favor.

—¿Vas en serio, Franco?

—No podría ir más en serio ni aunque lo intentara.

Silencio.

—No tienes que responder ahora...

Me interrumpe.

—Sabes que lo único que quiero es tener un niño, ¿verdad? Mierda, ha sonado muy mal —añade en voz baja—. Lo que quiero decir es que te aprecio y aprecio tu amistad muchísimo, Franco, más de lo que piensas. Nunca he tenido un amigo como tú. Pero, al fin y al cabo, vivimos en continentes distintos. Nunca he intentado forzar mi entrada en tu vida. —sus pensamientos le hacen tartamudear—. Solo quiero un crío que lleve mi apellido para cuidarlo y quererlo. —Hace una pausa y susurra—. Joder, no ha salido bien.

Ahora me toca a mí interrumpirla e intentar ayudarle, porque he sido yo el que ha irrumpido en su vida y ha puesto su mundo patas arriba.

—Gem, escucha. Me encantaría que cogieras un avión a San Diego y te quedaras unos días en casa, donde tenemos privacidad. Ya nos hemos acostado. Y recuerdo que fue fantástico. Hagámoslo de nuevo. Varias veces. Estoy sano. Estoy limpio. Soy un tipo bastante majo, si se me permite decirlo. Vengo de una buena familia, no he tenido una vida familiar jodida. No ha habido enfermedades o trastornos mentales en ninguna de las dos partes de mi familia, aparte del Alzheimer de mi abuela. Bebo varias veces a la semana, pero rara vez

lo hago en exceso. Lo admito, he fumado maría en alguna ocasión, aunque hace casi un año desde la última vez. Algo más fuerte que eso... nunca. Haré todo lo posible para darte el bebé que quieres. Cuando vuelvas a casa, nadie lo tiene que saber. Ni siquiera cuando (sí, he dicho «cuando») quedes embarazada, nadie tiene que saber quién es el padre. Puedes decirles, también al niño, que lo hiciste a través de esa cita con el médico, de la que tampoco saben nada. Permaneceré en el anonimato.

—¿Y qué ganas tú, Franco? —murmura.

—Tu felicidad.

Eso es todo lo que quiero.

Se sorbe los mocos. Está llorando.

—Gem, te voy a ser sincero. Imaginarte pasando por una clínica de inseminación donde te meterán el semen de un desconocido me pone triste. La concepción debería ser más personal. No soy perfecto, pero te ofrezco una conexión que no conseguirías de otra manera. Piénsatelo. Por no mencionar que sería el crío más genial que se haya creado jamás. ¿Nuestros genes? ¿Juntos? ¿Cuántas posibilidades hay? Solo el potencial para sarcasmo sería algo fuera de lo común. Y, madre mía, estamos olvidándonos de su apariencia. Sería una bebé adorable.

Se echa a reír a carcajadas, amortiguadas por las lágrimas.

—¿Una bebé?

—O un bebé, lo que sea. Será el crío más guapo que haya venido al mundo.

—Sarcasmo y belleza. Solo con eso ya me tientas. —Me está siguiendo el rollo, lo que significa que la sorpresa inicial está desapareciendo.

Yo también estoy relajado. Me puedo retirar y darle algo de espacio.

—Por favor, no me contestes esta noche. Piénsatelo. Esto es importante y quiero que hagas lo que creas correcto. Si sale lo que ya habías planeado, genial. Si sale lo que yo te he propuesto, genial también. De cualquier manera, nuestra amistad no va a cambiar, en eso ya estás metida conmigo en esto.

Silencio.

—Gem, ¿la he cagado? —murmuro. Mierda, la he cagado.

Esta vez, el silencio corresponde únicamente a un titubeo, hasta que dice con voz dulce:

—No, para nada. Solo estaba pensando en que gracias a Dios mi cita a ciegas fue con un capullo sino, ahora no tendría un amigo como tú.

—Que Dios bendiga a los capullos.

—Brindo por ello. Que Dios bendiga a los capullos.

—Ahora entra en casa. Llámame mañana.

—Eso haré. Gracias, Franco. Por todo.

—Lo que necesites. Siempre. Buenas noches, Gem.

—Buenas noches.

Pulso el círculo rojo en la pantalla del móvil, me recuesto en la silla y cierro los ojos. Comienza la cuenta atrás hasta mañana.

## Jueves, 15 de febrero

No puedo describir con palabras lo mucho que me gusta ver aparecer su nombre en la pantalla del móvil. Hoy, esa sensación se mezcla con nerviosismo.

—¿Qué tal, Gem?

—Sí —dice.

—¿Sí? —pregunto con miedo. No quiero ilusionarme, por si no es verdad y lo estoy interpretando mal.

—Sí, me gustaría ir a América la semana que viene e intentarlo contigo. —Hay determinación en su voz.

—¿En serio?

—En serio. Hazme un hijo, por favor.

Tengo que echarme a reír porque está intentando suavizar con humor lo rara que es esta conversación.

—Haré todo lo posible.

—Los mejores vuelos que he encontrado llegan a San Diego el domingo por la tarde y salen el miércoles por la mañana. ¿Te viene bien?

—¿Tengo que enseñarte San Diego, acurrucarnos y hacer un bebé en tres noches?

—Ese es el plan.

—O podríamos estar todo el día desnudos y no salir de casa.

—Si quieres, sí.

—Quiero.

—Entonces, ¿sí? —me pregunta.

—Joder, sí —afirmo.

—Gracias, yanqui. No quiero cortar así de rápido, pero me he escapado del trabajo para llamarte y tengo que volver. Luego te mando un correo con el itinerario del vuelo.

—Perfecto.

—Adiós, Franco.

—Adiós, Gem.

Gemma viene dentro de cuatro días.

A mi casa.

¡Dentro de cuatro días!

Compré esta casa hace un año, cuando nos dieron el anticipo por el primer disco. Todavía hay cajas llenas en el salón. No hay nada en las paredes. No hay persianas en las ventanas, excepto en la habitación. El baño sigue pintado de un color asqueroso que me recuerda a una salsa marrón. Pero no galletas o crema, sino a la salsa que se le echa al pavo. No quiero ver salsa de pavo mientras estoy sentado en el váter ni quiero que Gemma lo haga.

Sé que su visita tiene que ver con el bebé y que no debería preocuparme por este tipo de cosas, pero...

Tengo cosas que hacer.

Muchas cosas que hacer.

Desempaquetar.

Limpiar.

Pintar.

Cubrir las ventanas.

Colgar fotos.

Joder, parezco mi madre.

Necesito ayuda.

Así que hago una llamada de emergencia que seguramente lamentaré después porque, si hay alguien en el mundo que sepa menos que yo de este tipo de cosas, ese es...

—¿Qué planes tienes para hoy, tronco?

Por favor, di que no muchos. Por favor, di que no muchos. Por favor, di que no muchos.

—No muchos.

¡Sí!



—Acabo de llegar a casa. He estado en PetSmart porque tenía que ir a comprarle un rascador a Costillas. La pequeña diva, de repente, cree que tiene que limarse las garras de adamantium varias veces al día en mi mesilla de noche. Es como una venganza, tío. Necesita algo en lo que enfocar su ira. —Gus ni siquiera parece enfadado; parece estar de acuerdo con la gata. Me descojono.

—Necesito ayuda.

—¿Con qué?

Sé que eso es un sí. Es el tipo de amigos que nunca dice que no. Incluso si lo llamara a las dos de la mañana para pintar el baño, lo haría.

—Decoración.

—¿Perdón? —Está confuso.

Hago una pausa.

—Gemma viene a visitarme y a quedarse conmigo unos días. Quiero que la casa sea acogedora. Necesito pintar el baño, poner persianas y colgar algo en las paredes. —Antes de que me mande a la mierda, le interrumpo—: Prometo comprar cerveza y pizza de cuatro quesos.

—¿Gemma viene a verte? Justificado. —Ahí lo deja, porque no es de los que cotillea. Sabe que si necesito hablar, lo haré.

—Entonces, ¿cuento contigo? —Sueno desesperado, estoy desesperado.

—Si me dejas elegir el color con el que pintar el baño, puedes contar conmigo. —Es un ultimátum sin amenazas.

Esto podría acabar fatal.

—Si me prometes que no vas a convertir mi baño en un desastre...

—Tío, está de color marrón mierda. Cualquier cosa es mejor.

—Cierto. Entonces, trato hecho. Paso a por ti en diez minutos.

Diez minutos después, Gus se sube en el asiento del copiloto de mi furgoneta vestido con una camiseta vieja sin mangas con el lema «Estoy aquí solo por los tacos» y unos pantalones cortos deshilachados. Nos dirigimos a Home Depot.

La sección de pintura intimida. Demasiados colores.

Gus parece un crío en una tienda de chuches con el arcoíris de tarjetas de muestras delante de él. Su intensidad da miedo.

—Recuérdame de nuevo de qué color son tus baldosas.

—Blancas. Todo es blanco menos las paredes. —Se lo está tomando en serio. Supongo que yo también debería.

Se rasca la barbilla, reflexivo.

—Hay infinidad de posibilidades.

—¿Verdad? —digo dándole la razón, de repente metido de lleno en su proceso mental.

—Tienes suerte de que el propietario anterior fuera neutral con la gama de colores.

Sus ojos siguen paseándose por los distintos colores de pintura para la pared.

¿Quiénes cojones somos y qué ha pasado con Gus y Franco? No importa, le sigo la corriente porque lo necesitamos y los dos queremos que salga bien.

—Es verdad.

—¿Cuál es tu color favorito, pichafloja?

—El rojo.

—No puedes pintarlo de rojo. La habitación es demasiado pequeña. El rojo la dominaría. Necesitamos algo más sutil. Pero atrévete con las obras de arte.

Lo miro porque no tengo ni idea de quién es.

—¿Cómo sabes todas esas mierdas?

Me mira por encima del hombro.

—El otoño pasado vi mucha televisión. Había un maratón de *La casa de mis sueños* en HGTV. —Me encojo de hombros. No me suena el programa. Vuelve a centrarse en las tarjetas de muestras y explica—: La gente necesita remodelar su casa y dos hermanos majos de cojones convierten el caos en la casa de sus sueños.

—Nunca lo he visto.

—Eso es gracioso, dueño de una casa. Jonathan y Drew son magos y tú necesitas que te echen una mano —añade volviendo al punto inicial. Coge una tarjeta con cuatro tonos de azul de la pared—. ¿Y en azul claro?

- Me recuerda al mar. Me gusta.
- Relaja, ¿verdad? —¿Que si relaja? Se va de las manos.
- Mejor que el color caca —afirmo.
- Genial. El azul ultramar gana.

Gus se pone a la cola con la muestra de color como si supiera lo que está haciendo. No lo sabe, no ha comprado pintura ni ha pintado una habitación en su vida, pero le reconozco el mérito de ponerse al mando. Mientras la pintura se mezcla, Jacob, el tío majo del departamento de pintura de Home Depot, me da rodillos, brochas, cinta adhesiva y una tela protectora. Ha reconocido a Gus y está feliz de poder ayudarnos. Le firmamos su delantal naranja. Está entusiasmado.

En la cola para pagar, Gus y yo decidimos que deberíamos parar en el Bed Bath and Beyond de al lado y comprar algo para completar la reforma del baño.

Dos horas después, salimos de Bed Bath and Beyond con un carrito lleno de cosas que debería haber comprado hace un año: persianas para el salón y la cocina, cortinas para las habitaciones, un edredón, sábanas y almohadas para mi cama, un espejo nuevo, toallas y una alfombrilla de baño, una vajilla de platos, vasos y cubiertos a juego, algunos marcos de fotos y velas. Porque Gus dice que a las tías les gustan las velas. Yo creo que es porque a él le gusta olerlas todas.

—Mierda, mírate, estás hecho todo un adulto —me chincha Gus mientras metemos las bolsas en el asiento trasero de la furgoneta.

—Todo un adulto —admito con confianza, con superioridad.

Se ríe, pero sé que está orgulloso de mí porque se ha tomado muy en serio esta excursión a las tiendas.

De vuelta a casa, trabajamos toda la tarde como una máquina bien engrasada. En la radio suena a todo volumen The Hunna y tenemos Heineken a raudales. Primero finiquitamos la pintura del baño y luego pasamos a colgar las persianas y las cortinas. Es más difícil de lo que parece, así que paramos para lavar los platos nuevos mientras esperamos a que nos traigan la pizza.

Y Gus le envía un mensaje a Scout:

*Ven a casa de Franco después del trabajo para comer pizza. Ponte ropa que puedas manchar y trae un taladro eléctrico, por favor.*

Ella responde:

*¿Debería preguntar para qué?*

Él contesta:

*No. Confía en nosotros, cariño.*

Scout llega preparada. Y sabe cómo usar un taladro y cómo colgar la barra para las cortinas. Gus y yo la colmamos de elogios sin parar. Continuamos así durante una hora porque, una vez que empezamos algo, lo llevamos hasta el límite de la pesadez y no podemos parar. Pero lo hacemos después de que Scout amenace a Gus con dejar de hacer algo relacionado con sus bragas y su tesoro y él me dedica una mirada que quiere decir: «Te voy a joder vivo si abres la boca de nuevo».

Para las diez, ya está todo hecho. Incluso las últimas cajas de la mudanza están vacías y apartadas a un lado. Los tres estamos sentados en el sofá, uno al lado del otro, respirando el aroma a pintura fresca que se desprende del baño y comiéndonos otra porción de pizza fría. Gus y yo nos bebemos los restos de la cerveza mientras Scout bebe agua, porque es responsable y necesita conducir para volver a casa. Estamos maravillados por lo que hemos conseguido hacer hoy.

—Está genial, Franco. Buen trabajo, a los dos. Estoy impresionada —dice Scout.

Acepto el halago.

—Gracias, Scout. Tu chico es un genio del diseño de interiores. Eres una mujer con suerte.

Antes de que responda, con algo sarcástico seguro, Gus irrumpe en la conversación:

—Mañana tenemos que mirar en el estudio de arte. Necesitas un cuadro en esa pared. —Señala a la pared de detrás del sofá—. Y otro en la habitación.

Asiento.

—Genial, no tengo nada que hacer mañana.

Gus se pone de pie, le coge la mano a Scout y le ayuda a levantarse antes de darle un beso en la mejilla. Con ese simple gesto rápido, me doy cuenta de que mi mejor amigo está enamorado. Está perdido. Y por el modo en que sonrío y lo mira, sé que ella también. Me pregunto si ya se habrán dado cuenta.

—Gracias por el papeo y la cerveza. Tengo que hacer unos recados mañana por la mañana, así que me pasaré por aquí y te recogeré para que vayamos a tomarnos algo y a comprar. —Cierra los ojos y niega con la cabeza como si hubiera escuchado esas palabras salir de su boca por primera vez en todo el día—. Joder, ¿acabo de decir «tomarnos algo y a comprar»?

Me da un escalofrío y asiento.

—Sí. Y ha sido horrible de cojones.

Se agarra la entrepierna con su mano libre.

—Se me están marchitando los huevos.

—Llevas hablando así todo el día, tío. Has estado en un trance de bricolaje. No eras tú mismo.

Mira a Scout con súplica.

—Si me abro una puta cuenta de Pinterest, quiero que me pegues un puñetazo en esta cara de mierda.

Ella asiente.

—Pinterest. Puñetazo en la cara. Lo pillo. —Se da la vuelta hacia mí—. Deberíamos juntarnos una noche cuando venga Gemma. Me gustaría conocerla.

—Hecho.

—Hasta luego, trozo de carne edulcorado —dice Gus mientras sale por la puerta.

—Hasta luego, malabarista chalado. Hasta luego, Scout. Gracias.

—Adiós, Franco.

En lo que a amigos respecta, no podría pedir más.

## Viernes, 16 de febrero

El timbre suena a las once de la mañana. Seis veces. Una después de la otra.

Es Gus. Tiene que ser Gus. Nadie es tan pesado aposta.

Cuando abro la puerta, se pone las gafas de sol en lo alto de la cabeza.

—Buenos días. Necesito ayuda.

—Cierto. Me alegro de que por fin reconozcas que tienes un problema.

Pone los ojos en blanco.

—Mi tipo de locura es demasiado adorable para curarlo. Estoy hablando de una cosa que tengo en la furgoneta.

Me pongo las chanclas y lo sigo hasta la furgoneta que está aparcada en la calle.

Abre la puerta del copiloto. Dentro hay cuatro cajas de cartón apiladas una al lado de la otra y dos más en el suelo. Cojo cuatro en brazos. Pesan más de lo que parece. Él coge el resto y cierra la puerta delicadamente con el pie. Es gracioso cómo cuida de su furgoneta. Está toda oxidada y rota, pero por el modo en que la trata pensaríais que está nueva.

—¿Qué es esto?

—Paciencia, caraculo. Son para la Cueva de la Batería.

Mi batería favorita la tengo instalada en uno de los dormitorios libres. Es donde practico todos los días. Gus la llama la Cueva de la Batería porque es una pequeña guarida y la única luz natural proviene de una ventana minúscula. Además, se supone que «cueva»

suenan *sexy*. Es así. Es mi habitación favorita de toda la casa.

Dejamos las cajas en el suelo y comenzamos a abrirlas. Me doy cuenta de que no abre una de las suyas. Dentro de las cajas hay marcos negros y cada uno de ellos contiene algo relacionado con la música. El primero es la portada de nuestro primer álbum.

—Esta portada sigue siendo fantástica.

Un cuervo negro brillante sobre un fondo negro mate y «Rook» escrito en letras rojas.

—No hay nada mejor que algo simple para causar una buena impresión.

El segundo es una foto de mí mismo tocando la batería, sin camiseta y cubierto de sudor.

—Esto fue en Denver, ¿verdad?

—Sí, la primera gira nacional. Hacía más calor que en el infierno esa noche, ¿te acuerdas?

No puedo quitarme la sonrisa de la cara mientras lo recuerdo.

—Como el horno de Satán. Pero el fotógrafo era genial. Es una gran foto.

El tercero es Rook: Gus, Jamie, Robbie y yo de pie frente a Joe's Bar antes del primer concierto en el que tocamos como banda.

Gus se echa a reír.

—Éramos tan jóvenes. Parecemos gatitos.

Éramos jóvenes.

—Yo no tenía todavía ningún tatuaje. Parecemos acojonados.

—Estábamos acojonados. ¿Te acuerdas de que Jamie vomitó detrás de los altavoces antes de salir? —pregunta Gus. Y luego se echa a reír a carcajadas.

No puedo evitar unirme a él hasta acabar llorando.

—Joder, es verdad. Era una maraña de nervios. Pobrecillo.

—Es la puta verdad. Los viejos tiempos...

El cuarto es una foto tomada en Grant, Minnesota. Aparecen Rook y nuestra amiga Kate Sedgwick en el escenario, durante una actuación.

No puedo contener la sonrisa ni el nudo en la garganta al verla.

—Estaba muy enfadada contigo esa noche por haberla obligado a

subir al escenario.

Sonríe. Me hace feliz que sonría al hablar de ella.

—Lo estaba. Hasta que abrió la boca. Entonces se armó una buena. Joder, esa chica sabía cantar.

—Sí. Fue, de lejos, la mejor noche de esa gira.

—Estoy de acuerdo.

El quinto contiene fotos de mis dos baterías favoritos: John Bonham y Dave Grohl. Tienen estilos totalmente diferentes, pero he crecido escuchándolos y los admiro por igual.

Gus se encoge de hombros.

—Ya sabes, por si necesitas inspiración.

—Gracias.

Levanto el puño y choca los nudillos.

—Estos son para esta habitación, para que no tengas que mirar las paredes en blanco. La Cueva necesita cierta personalidad.

Es un cabrón considerado. Es digno hijo de su madre. Son buena gente.

—Voy a coger un martillo y algunos clavos.

Gus me ayuda a colgar cuatro y, mientras cuelgo el quinto, anuncia:

—Necesito ir al baño antes de irnos.

—Sin problemas —le contesto.

Cuando vuelve, comemos (no nos tomamos algo, comemos) y vamos al estudio de arte del centro de la ciudad. Recoge el trabajo de varios artistas de todo el país. Podría haber comprado diez cuadros, pero acabo decidiéndome por dos del mismo artista: D. Glenn. Su estilo es puro y apasionado, como echar un polvo sobre el lienzo. Me encantaría conocer a este tío, seguro que es un hijo puta de cojones.

Los cuadros son enormes y se necesita a dos personas para colgarlos. El más grande lo colocamos sobre el sofá y el otro sobre la cama.

Cuando terminamos, encuentro a Gus de pie en el salón, con las manos en las caderas, observando la pared sobre el sofá.

—Joder, ¿es cosa mía o este cuadro es erótico de cojones? Cuando lo miras, es como oír a Marvin Gaye cantándote *Let's Get It On*. —



Exhala ruidosamente—. Necesito comprar uno de estos para mi habitación. —Despega los ojos del cuadro y me mira—. Oye, si todo esto de la música no nos sale bien, deberíamos tener nuestro propio programa en HGTV.

—*¿Decorando Con Capullos?* —sugiero.

Me da una palmadita en el hombro y me señala con el índice según camina hacia la puerta.

—Suena bien. Apúntalo.

—Lo haré. Gracias de nuevo por las fotos para la Cueva. Son perfectas.

—Me alegro de que te gusten —dice mientras sale se dirige hacia el camino de entrada. Levanta una mano para despedirse y añade—: Paz.

—Cuídate.

Después de cerrar la puerta de la entrada, doy un paseo por las habitaciones para admirar nuestro trabajo. La casa por fin parece una casa. Habitada y acogedora. Estoy deseando que Gemma venga. La última habitación en la que entro, más por necesidad que para regodearme, es el baño. No he meado en toda la tarde. Estoy demasiado ocupado bajándome la bragueta y levantando la tapa del váter, así que no me doy cuenta hasta que no estoy haciendo pis.

—¡Qué hijo puta!

Ahí, en un cuadro con acabado mate como todos los que me ha regalado hoy, colgado con orgullo sobre el inodoro, estoy yo. Desnudo para meterme en la ducha. Es la foto que Gus me sacó en Los Ángeles y le envió a Gemma. Y, al parecer, a sí mismo. Hay una nota pegada que dice:

*Eres demasiado sexy para no exhibirte en el baño.*

Que cabrón. Lo dejaré ahí. De momento.

## Sábado, 17 de febrero

— Franco, sé que va a parecer que soy una zorra por pedirte esto, pero he hablado con mi abogado y me ha recomendado que te haga firmar un contrato.

Tiene sentido.

— ¿Qué dice?

— Te lo envío por correo para que lo leas, pero básicamente dice que no va a haber dinero a cambio de sexo, que la identidad del padre del niño permanecerá en secreto y que estamos de acuerdo en no revelar esa información a menos que ambos lo consideremos necesario en el futuro por alguna emergencia sanitaria. Se te pide que me notifiques cualquier cambio importante en tu salud, especialmente si es de naturaleza hereditaria. No se incluirá el nombre del padre en la partida de nacimiento y el niño llevará mi apellido. No tienes ningún derecho como padre y, claro está, yo no podré pedirte ninguna ayuda económica, emocional o de otro tipo en lo que respecta al niño. No quiero que cuestiones nunca mi honestidad o que pienses que me aprovecho de tu amabilidad. No tendrás ninguna responsabilidad ni obligación conmigo o con el niño.

— Haré lo que quieras, Gem. Te doy mi palabra. Siempre y cuando no me saques de tu vida una vez haya fertilizado tu jardín.

Se ríe.

— Consigas o no fertilizar mi jardín, no podrás librarte de mí. Las almas gemelas son difíciles de encontrar. Me gustas. Mucho.

— Mándamelo. Lo firmaré, te lo enviaré y te daré el original

cuando te vea mañana.

—¿Te ha molestado que te haya pedido firmarlo? No quiero que te enfades conmigo.

—Te estás protegiendo a ti misma y al niño. Estoy orgulloso de ti. Es lo que cualquier mamá oso haría y debería hacer.

—Es verdad.

—Gracias, Franco. Adiós.

—Adiós, Gem.

Me lo ha enviado.

Lo he leído.

Lo he entendido.

Me ha parecido bien.

Lo he firmado.

Lo he escaneado y se lo he mandado.

Ahora estoy solo, sentado en la cocina.

El 99,9 por ciento de mí alberga pensamientos positivos porque me imagino la barriga de Gemma hinchada y redonda durante el último trimestre. Me la imagino con los ojos brillantes por las lágrimas de alegría mientras observa a la pequeña y preciosa recién nacida entre sus brazos. Y ya me imagino una cría de tres años con enormes ojos de color azul oscuro y una sonrisa gigante y maravillosa como la de su madre. Pero cuando pienso en sus pequeñas coletas negras y onduladas, el uno por ciento restante se pone triste porque las habrá sacado de mí... y nunca lo sabrá.

Sé que es egoísta. Joder, sé que es egoísta. Y sé que pasará. Esto no tiene que ver conmigo. Pero está despertando cosas en mi interior en las que nunca había pensado de esta manera.

Crecí en una familia unida, una familia que valoraba la palabra «familia» y todos los lazos y tradiciones que van unidos a ella. No era perfecta, a veces mi hermano y yo nos peleábamos con tantas ganas que amenazábamos con convertir la casa en ruinas. Pero entonces, entraba mi madre, nos cogía a los dos por las orejas y nos recordaba que teníamos la misma sangre. El amor seguía ahí, hubiera acuerdos

o desacuerdos. Siempre he admirado que mis padres fueran estrictos con la moral y nos enseñaran a distinguir entre el bien y el mal, pero dejando siempre que el amor nos diera ejemplo. Nunca cuestionamos que nos querían. Nunca cuestionamos que queríamos a nuestros hermanos y que ellos nos querían a nosotros. Lo cuidamos y floreció. Siempre he querido eso para mis hijos. Aunque pensé que los críos vendrían más adelante.

De repente, más adelante parece dentro de años luz.

No me gusta que sea dentro de años luz.

Entonces, de nuevo, me recuerdo a mí mismo que esto no tiene que ver conmigo.

Tiene que ver con Gem.

## Domingo, 18 de febrero

Gem ha insistido en coger un taxi desde el aeropuerto en lugar de que vaya a buscarla porque se tarda la vida en pasar la aduana y no quería que estuviera esperándola de pie.

En vez de eso, he estado de pie delante de la puerta de entrada, mirando hacia la calle en busca de cualquier rastro del taxi durante los últimos treinta minutos.

Como era de esperar, cuando me alejo un segundo para ir al baño, Gemma llega y no puedo saludarla como tenía planeado, haciéndole una emboscada en la acera.

El timbre suena mientras me lavo las manos.

No la he visto en varias semanas, pero el cosquilleo que siento bajo los pantalones es un recuerdo sutil de cuánto me afecta su presencia. Va vestida de negro, excepto por las Converse con estampado de leopardo. Lleva el pelo recogido en un moño algo torcido, lo que me lleva a pensar que el viaje ha sido movido. Los círculos oscuros bajo los ojos confirman la falta de sueño. Pero sonrío, con una sonrisa tan grande que le veo todos los dientes, como si no pudiera esconder su entusiasmo.

No hablamos. Solo nos sonreímos el uno al otro como si estuviéramos locos, ella desde la entrada, yo desde detrás de la puerta mosquitera.

—Buenas, gitana.

Levanta las bolsas, cada una en una mano, para mostrarme que está de acuerdo con el título.

—No he hecho caso a lo de que no son vacaciones. Asumo que

siguendo siendo bienvenida.

No tengo personalidad de adicto. No hay nada en mi vida que haga en exceso, excepto quizás tocar la batería, pero ¿Gemma? Quizás sea adicto a ella.

Abro la puerta y cuando entra, abre los ojos como platos al ver la mesa de billar y el salón.

—Vaya, Franco. Esto es increíble. Esperaba la típica guarida de soltero, pero es un bungalow de estilo artesanal. Es acogedor.

¡Diez puntos para los Capullos Decoradores! Me encojo de hombros para ocultar lo feliz que estoy de que haya valido la pena habernos dejado los cuernos trabajando para preparar la casa.

—Gracias.

Se quita los zapatos en la puerta y le cojo las bolsas.

—¿Jugamos? —Pasa la mano por el fieltro de la mesa de billar mientras arquea las cejas de forma provocativa.

Su pregunta coqueta y su expresión están pidiendo una respuesta con segundas, porque no le puedo decir lo malo que soy al billar.

—¿Se te da bien usar el palo y las bolas?

Asiente de manera convincente, pero le asoma una sonrisa malvada a los labios.

—Mucho. Tengo una gran destreza. —Mueve los dedos ante ella para ilustrar su frase—. Es un don.

Estoy en un lío. Lleva aquí solo sesenta segundos y ya me la estoy imaginando desnuda sobre la mesa de billar. Murmuro algo en voz baja, no estoy seguro de qué, pero suena algo así como «Mierda, joder, me cago en todo», porque solo puedo pensar en palabrotas.

La risa de Gemma me confirma que han sido muchos tacos sin sentido.

Señalo con la cabeza hacia delante y voy nombrando cada habitación según pasamos por delante.

—Cocina. Habitación de invitados. Baño.

—Definitivamente, tu culo es digno de exhibición —dice señalando el cuadro que está encima del váter—. También es el papel de pared que uso en el techo de mi casa.

Omito el halago y continúo con la visita.

—La Cueva de la Batería. —De repente, estoy nervioso. Estoy en el punto de mira. No quiero eso con ella. Quiero ser solo yo, Franco.

Entra en la habitación con timidez y da dos pasos antes de mirarme.

—No sé si debería estar aquí. Parece un sitio muy privado.

Su inesperada sinceridad me hace sonreír. No es una reacción loca de una fan de Rook entusiasta, es respeto por mi pasión, por mi carrera. Son estos pequeños gestos los que hacen que las personas destaquen, un testimonio de su personalidad.

Ya no estoy nervioso.

—Claro que sí.

Ahora que está aquí, no quiero que se vaya. Mi habitación favorita de la casa es perfecta.

Se dirige de inmediato a las fotos de las paredes y le cuento la historia de cada una. Hace muchas preguntas y me siento bien al responderlas. Hago una distinción entre mi vida personal y mi carrera profesional porque una es real y la otra es fantasía. Algunas personas no pueden conciliar ambas y la fama provoca que las relaciones de verdad sean complicadas. No es mi caso. Trato a todo el mundo por igual, sea quien sea. Pero algunas personas solo quieren ser amigos de la fama, no míos. No soy mi fama, simplemente soy el batería de una banda que trabaja a tope y tiene suerte de tener éxito. Por eso mi círculo es tan pequeño: básicamente, mis amigos de la infancia, la banda y mi familia. No porque sea un capullo que no quiera dejar entrar a la gente, sino porque, a decir verdad, solo puedo dejar que me usen unas cuantas veces antes de empezar a sentirme como si me hubieran dado una patada en la cara. Una patada en la cara que hace que siempre me cuestione mi honradez, incluso cuando no soy yo el que viene con esa gilipollez de «soy una persona de la que no te puedes fiar».

Gemma esboza una sonrisa de oreja a oreja cuando terminamos de ver las fotos y hablar sobre ellas.

—Estoy orgullosa de ti, Franco. Estás viviendo tu sueño.

Me encojo de hombros.

—Igual que tú. Hago lo que me gusta.

—Tenemos suerte, ¿no? —Lo dice en serio. De verdad. Me encanta la humildad, el equivalente a un letrero en luces de neón anunciando: «Mi corazón no es un gilipollas desconsiderado, soy maja. De veras». Esta mujer es cada día más perfecta.

Asiento.

—Cierto.

Sus ojos recaen en la batería y le da un golpe al platillo con el dedo índice.

—Tengo que confesarte algo.

—¿Es algo sucio? Por favor, dime que es sucio. —Sé que no lo es por su tono de voz, pero tengo que picarla para relajar el ambiente.

Sonríe ante mi coqueteo.

—No. —Sin embargo, la sonrisa se desvanece rápidamente y su expresión se vuelve seria—. Nunca os he escuchado tocar. Nunca he escuchado a Rook. No quería que las cosas fueran raras entre nosotros. —Parece avergonzada.

Estoy en puto éxtasis (por lo de la separación de la iglesia y el estado y toda esa mierda). Le gusto por mí mismo.

—Sería raro que nos escucharas y pensaras que somos una basura. Ya sabes, Gus no tiene acento británico.

Se le escapa una sonrisa al escuchar la broma.

—O puede que os idolatre. ¿Y si me enamoro de ti por tus locas habilidades y comienzo a tirarte sujetadores y bragas? Sería raro.

—Ya lo haces.

—Cállate, yanqui. También quiero esperar a veros en un concierto porque el directo es siempre mejor. Un rito de iniciación a Rook en estado salvaje.

—¿Estás diciendo que quieres que toque para ti?

Asiente a modo de confirmación, con convicción y seguridad.

De nuevo, estoy nervioso. No porque no sepa tocar, puedo hacerlo delante de cualquiera en cualquier momento y en cualquier lugar. Estoy nervioso porque no quiero decepcionarla. Soy egoísta. Quiero que entienda lo que escucha. Sé que le encanta la música y quiero que se meta de lleno.

—Date la vuelta —le pido mientras me giro hacia el equipo de



sonido que está detrás de la batería. Aunque no suelo gastar mucho dinero, me dejé bastante pasta en este equipo y en los altavoces. Toco con las canciones de fondo cuando practico.

—¿Por qué? —pregunta mientras me da la espalda.

—No tienes cara de póker. —No la tiene. Su cara es sumamente expresiva y no puede evitarlo. Una vez sentado en el taburete, rodeado de los componentes de la batería, cojo las baquetas. En lugar de darle al *play* en el equipo de música, me quedo sentado. Estamos en silencio, en calma, porque la estoy mirando. La miro y me pregunto qué significa este momento, su opinión y mi necesidad de aprobación.

—¿Te estás desnudando? —pregunta con desconfianza, sacándome de mis pensamientos descarrilados.

Me río y me aclaro la garganta.

—Perdón por decepcionarte, pero no puedo tocar en pelotas. Necesito alguna restricción ahí abajo o las cosas podrían salirse de madre con violencia. Podrías perder un ojo.

—Entonces, ¿no voy a ver cómo se te agita lo que tienes entre las piernas?

—No. Cierra los ojos.

—Ya estoy dada la vuelta —me reprocha, pero ya los tiene cerrados. La veo reflejada en el cristal del cuadro que hay en la pared frente a ella.

—¿Los has cerrado? —le pregunto de todas formas.

Asiente.

—Bien. Imagínate desnudo.

Dicho eso, le doy al *play* en el equipo de música y comienzo con *Redemption*.

A veces, cuando estoy concentrado y sintiendo la canción con todo mi ser, cierro los ojos y dejo que fluya. Tras *Redemption*, paso a *Killing the Sun* y hasta que no piso por última vez el pedal del bombo, no abro los ojos. Me la encuentro de pie, justo delante de mí, mirándome. Tenía razón sobre su cara de póker: es inexistente. Y doy las gracias porque Gemma tenga un problema con la autoridad y no haga lo que se le dice. Tiene los ojos fijos en los míos, sin pestañear, y

van a juego con la sonrisa de loca, lo que me indica que le ha gustado oírme tocar.

Le ha encantado.

No puedo evitar imitar su sonrisa cuando apago el equipo.

—Se te da como el culo obedecer órdenes.

—Joder, no me has dejado otra opción. —Se está abanicando—. Era como un sobeteo sensorial completo. Necesitaba verte para conseguir el efecto total. —Después, con una maniobra fugaz, se quita el sujetador de debajo del top negro y me lo tira a la cara—. Hostia, es como mirar al sol... o a un puto unicornio... Brillas con tanta fuerza e intensidad y de manera tan encantadora que es demasiado. No lo soporto —dice mientras sale de la habitación hacia el pasillo.

La pillo en el salón y la abrazo por detrás. Se apoya contra mí y agradece el contacto.

—Gracias.

No sé qué más decir. No necesito aprobación, pero su reacción, con humor incluido, me ha puesto una sonrisa en la cara que no creo que se vaya en días. A veces, te llega un chute de confianza que ni siquiera sabías que necesitabas. Consideradme motivado. Y, viniendo de ella, significa todavía más.

—De nada. Ahora acompáñame a por mi bolso para que pueda coger el móvil.

—¿Para qué necesitas el móvil?

—Necesito comprar el álbum de Rook en iTunes. Lo vamos a escuchar mientras comemos y te doy una paliza al billar.

Dejo a Gem jugueteando con el móvil mientras hago la cena. El menú de esta noche incluye cerveza y nachos. No tengo mucho talento para la cocina, pero sé improvisar unos tacos de primera categoría: pollo condimentado que he asado antes, cantidades indecentes de queso Monterrey Jack recién rallado, salsa casera, jalapeños, cilantro y crema agria. No pongo guacamole porque lo odia.

Gem entra cuando le estoy dando los últimos toques a la obra maestra.

—Estoy muerta de hambre y parece que todos mis sueños y deseos están servidos en una bandeja.

Como es una futura madre responsable, me pide una botella de agua y yo se la doy. La hace chocar con mi botella de cerveza. El plástico contra el cristal no hace ruido. Decimos «salud» a la vez y, en ese momento, todo va bien en el mundo. Sé que fuera de esta casa hay miles de millones de personas haciendo miles de millones de cosas, pero lo siento por ellos ahora mismo, porque no están en mis zapatos, en compañía de Gem. Hace que todo sea mejor. Es como los fuegos artificiales. Y no la parte aburrida del principio o el medio, sino la puta traca final que ilumina el cielo con una explosión de colores y sonido.

—¿Podemos comer mientras jugamos al billar? Estoy a tope.

Cojo la bandeja llena de exquisiteces y la sigo al comedor, donde está la mesa de billar.

—Quien gane tendrá que quitarse una prenda de ropa—digo.

Mira su top sin mangas, que le marca unos pezones duros de cojones, y las mallas.

—¿Me puedo poner un jersey antes de empezar? ¿Y dos pares más de calcetines? ¿Y quizás también un sombrero?

—No. Recuerdo a una bocazas hablando antes sobre darme una paliza. ¿De qué tienes miedo, princesa?

—Quizás haya exagerado mis habilidades —dice con timidez.

Las ha exagerado una barbaridad. Gemma es, sin duda alguna, la peor jugadora de billar que he conocido. Me hace parecer Tom Cruise en *El color del dinero*.

Al cabo de un rato sus mallas son historia y, como me gustan las cosas justas, pierdo la siguiente partida, por lo que empezamos la tercera en ropa interior y camiseta.

Sé que es contradictorio, pero cada vez que pasa a mi lado con su top sin mangas y sus atrevidas braguitas de color rosa claro o se inclina y le veo el culo o el escote, dependiendo de dónde me sitúe (y creedme, me coloco estratégicamente para captar todos los ángulos), Gemma parece la forma de pecado más inocente que os podáis imaginar. Una chica buena con su lado rebelde.

De los nachos solo quedan las migas sobre la mesa; los hemos devorado en nada de tiempo. Hemos escuchado nuestro álbum una vez desde su teléfono. Las botellas de cerveza y agua están alineadas para hacerse compañía.

Estoy borracho, lo que hace que el espectáculo del culo y el escote sea jodidamente irresistible.

Los ojos de Gemma son cálidos y su sonrisa es encantadora y tentadora, a pesar de la falta de alcohol.

—Me rindo. Tú ganas.

Agarro mi camiseta por detrás de la cabeza y me la quito pasándola por encima de ella.

En realidad, ganamos los dos, porque su top se reúne con mi ropa en el suelo.

La empujo contra la mesa de billar, muslo con muslo, inmovilizándola. Le recorro el cuello con labios ansiosos y enredo las manos en su pelo.

Ella también está deseándolo. Desliza las manos por mis costillas hasta llegar más y más abajo...

Toc.

Toc.

Toc.

Gemma se pone tensa. Parece asustada porque nos hayan pillado in fraganti.

—Ignóralo —murmuro contra el hueco de su garganta—. Ya se irán.

Toc.

Toc.

Toc.

Entonces, empiezan los gritos desde el otro lado de la puerta.

—¡Sé que estás ahí, tío! ¡Tienes las luces encendidas! —Sabe que soy quisquilloso con ese tipo de cosas y que nunca dejaría las luces encendidas si no estuviera en casa—. ¡Ponte la ropa y abre la puerta! ¡Scout quiere conocer a Gemma!

—¿Nos están viendo? No sabe por qué estoy aquí, ¿verdad? —dice Gemma intentando cubrirse con una mano sus enormes tetas, y

con la otra extendida sobre su ropa interior.

Suspiro porque Gus ha llegado en el peor momento. Entonces suelto una carcajada porque el pudor de Gem está luchando contra al miedo y es adorable de cojones.

—No hay ninguna ventana. No pueden vernos. Y no, no lo sabe, solo está soltando suposiciones.

Toc.

Toc.

Toc.

—¡Ya casi estoy! —grito.

—No necesitamos detalles de vuestro apareamiento, chaval. Copulad, que nosotros esperamos —responde Gus en voz alta.

Miro a Gemma, que está intentando, sin éxito, sofocar una carcajada mientras se contonea para ponerse la ropa. No puedo evitar reírme yo también.

—Supongo que me lo merezco.

—Un poco, sí.

—¡Gem también está casi! —grito y me llevo como premio un golpe poco entusiasta en el hombro para que me calle.

Gus se está partiendo de la risa, lo percibo en su voz.

—¡Como te he dicho, no necesitas compartir los detalles! ¡Me enorgullece saber que eres un amante generoso, tío! ¡Eso es importante!

Me dirijo hacia la puerta totalmente vestido. Scout y Gemma niegan las dos con la cabeza y se sonrojan cuando abro.

Levanto la barbilla hacia Gus.

—Hola, aguafiestas.

Gus abre la boca para continuar con la broma de antes, pero Scout lo hace callar. Parece avergonzada.

—Franco, lo siento mucho. Creía que Gus te avisaría de que íbamos a pasar. Podemos irnos si no es un buen momento.

—No, entrad. Estábamos jugando al billar —miento porque Scout es muy maja y quiero que Gemma la conozca.

Gus abre la puerta mosquitera para que entre Scout y la sigue antes de murmurar:

—Tío, era broma. No sabía que la sesión de amor iba a empezar tan pronto. Me siento como un capullo. Me invento cualquier cosa y nos vamos.

—No pasa nada. Quédate, capullo —le pico.

Me pregunto cómo sabrá que estábamos en medio de eso y, como puede leerme la mente, señala con la cabeza hacia Gemma... que lleva el top al revés y una cara y un pelo que demuestran que somos culpables.

Gus no pierde un momento en intentar suavizar la situación.

—Scout, antes de presentarte a tu futura mejor amiga, necesito enseñarte lo bien que dejamos la Cueva.

—¡Gus! —protesta Scout ante la sugerencia y se encoge de hombros en señal de disculpa hacia Gemma—. No solemos ser tan maleducados, lo prometo. Lo siento mucho. Soy Scout, Gemma. Encantada de conocerte.

Gemma niega con la cabeza.

—Lo mismo digo, encantada de conocerte.

El enorme brazo de Gus envuelve a su novia y la arrastra hacia la habitación de la batería.

—Vamos, tienes que ver esto. Somos unos genios. Y hola, Gemma.

Sé lo que está haciendo. Está intentando darle un minuto a Gemma para que se arregle.

—Buenas, Gus.

—Ahora venimos. Lo siento —se disculpa Scout de nuevo.

Una vez se han ido, susurro:

—Llevas la camiseta al revés y, por la manera en que tienes el pelo, parece que me has dominado hábilmente y de manera bastante aeróbica.

Sus manos vuelan hasta su pelo.

Le guiño un ojo.

—¿Por qué no corres al baño mientras están ocupados en la otra habitación? Prepararé bebidas para todos.

Asiente con la cara totalmente roja por la vergüenza y se apresura hacia el baño.

Cuando nos juntamos todos de nuevo en el salón, se respira tranquilidad.

Pero no por mucho tiempo, porque Gemma y Scout van camino de convertirse en mejores amigas, como siempre ha querido el destino. Las tías pueden ser brutales. Tengo tres hermanas, soy experto en malicia. Pero estas dos no lo son, lo que hace que me gusten todavía más. Surgen risas continuas enseguida. La amistad instantánea es como la mía y la de Gus, aunque menos grosera y mucho más bonita.

Gus mira el móvil una hora después y anuncia:

—Será mejor que nos vayamos, Scout. Le prometí a mamá que le ayudaría con algunas cosas esta noche.

Sé que se siente mal por habernos interrumpido antes, por lo que no sé si necesita ayudar a Audrey o si es una excusa educada para darnos a Gemma y a mí algo de tiempo a solas. Es un buen chico.

Scout y Gemma se intercambian los números de teléfono, se hacen amigas en Facebook y se abrazan. Acabo de presenciar la creación mágica de un lazo poderoso y místico entre dos chicas que durará de por vida. Es increíble.

Gus me abraza imitando a las chicas. Lo hace de manera exagerada y larga, dándome incluso algunas palmaditas en la cabeza pelada.

—Gracias por venir —le digo de corazón. Mi calentura no, pero yo sí.

—Lo siento, tío.

—No te preocupes. La Fuerza es intensa en ellas dos.

Señalo a las chicas, que están hablando de pie delante de la puerta.

Las mira y esboza esa sonrisa que me indica que está pensando «Scout lo es todo», porque estos días irradia verdadera alegría. Ella lo hace sentir así.

—Está guay, ¿verdad?

Estoy de acuerdo.

—Sí.

Una ronda más de abrazos y se van.

Gemma sigue radiante cuando la puerta de la entrada se cierra.

—Es tan maja, Franco. Maja de verdad, en serio —dice como si estuviera más que contenta por esta revelación. Y conociendo a Scout y a ella como las conozco, sé que seguirán en contacto. Son la pareja perfecta.

—Lo es. Me alegro de que hayan venido y os hayáis conocido.

—Yo también.

—¿Quieres comer o beber algo?

Niega con la cabeza tiernamente.

—No, gracias.

—¿Estás cansada? El *jet lag* es un cabrón.

Asiente una vez, pero el brillo en sus ojos no dice lo mismo.

—Un poco. Pero podemos dormir mañana hasta tarde, ¿verdad?

La cojo de la mano y la guio hasta la habitación.

—Durante los próximos días, soy tu esclavo creador de bebés. Lo único que preciso es que me digas cuándo, dónde y si se necesita ropa.

Se detiene delante del aseo.

—Necesito ir al baño. Tardo un minuto.

—Tómate tu tiempo.

Mientras está en el baño, me desvisto y enciendo las velas que Gus insistió en que comprara. Apago la luz, apoyo las almohadas en el cabecero y, cuando me subo a la cama, recuesto la espalda contra ellas. Me tapo hasta la cadera con la sábana porque el tío de ahí abajo está ya dispuesto a realizar sus servicios y, aunque la luz de las velas crea ambiente y emite un brillo glamuroso como el de las fotos, cuando está así de emocionado, parece demasiado agresivo.

Todo está en silencio, demasiado silencioso. Entonces me acuerdo de la lista de reproducción que he creado. No soy un sentimental, pero me gusta pensar que tengo empatía. Aunque este no sea el final feliz con el que ella había soñado, quiero que tenga buenos recuerdos del embarazo. Y sé que follar no es un acto filosófico, pero quiero que su bebé se conciba en un buen momento. El esperma feliz, tranquilo y cariñoso crea niños felices, tranquilos y cariñosos. Esa es mi idea. Cojo el móvil de encima de la mesilla, abro la aplicación de música y reproduzco la lista que se llama *Mi esperma es mejor que el tuyo*.



Mantener una autocharla positiva se traduce en acciones positivas.

Estoy metido de lleno en la canción número dos cuando entra Gemma. Se me corta la respiración. Tiene el pelo recogido y lleva un camisón de seda rosa palo que apenas le cubre la parte superior de los muslos. El tono claro de la tela sobre su piel pálida bajo la luz de las velas produce un efecto increíble.

—Estás preciosa, pequeña.

Se detiene para hacer una de las reverencias que solo ella sabe hacer y me da las gracias de camino a la cama. Cuando se mete bajo las sábanas, a mi lado, pasea los ojos por toda la habitación.

—¿Has hecho esto por mí?

—Se me da como el culo el romanticismo, Gem, y sé que no es el final de cuento que querías: casarte con un jugador de rugby guapísimo y con una personalidad como la de Edward Cullen...

Me interrumpe:

—El romanticismo no se te da como el culo y no tienes nada que envidiarle a Cullen excepto que él brilla.

—Gus tiene la culpa de lo de las velas.

—¿Y la música? Me gusta bastante esta canción. Son británicos.

Se gira para mirarme por primera vez y me guiña un ojo.

Ese guiño. El mundo se detiene. Joder, es preciosa. Y divertida. E inteligente.

Y quiere tener un niño. Aunque, según el contrato que hemos firmado, el crío nunca vaya a saber quién es el padre, yo sí sabré que participé en convertir el sueño de Gemma en realidad. Es todo un honor.

—Pensé que sería mejor elegir solo a británicos o podría cortarte el rollo. Además, Dios no permite que la concepción ocurra con la canción equivocada, porque el niño podría tener mala suerte y crecer enamorado solo de bandas americanas. Sería una tragedia.

Le sonrío y ella aprieta los labios con nerviosismo. No responde con ingenio. La importancia de esta noche acaba de golpearla y baja los ojos al regazo para recibirla, para lidiar con ella.

Dejo la mano boca arriba sobre la cama. Es una invitación al contacto y al consuelo. Le tiembla la mano levemente cuando

entrelaza sus dedos con los míos. No sé si es por la adrenalina o porque se lo esté pensando mejor.

—Gem, no tienes que hacer esto... conmigo —añado en un susurro—. Si te lo estás pensando mejor y quieres hacerlo por la vía médica, lo entenderé al cien por cien.

Observo su perfil en busca de otras señales de angustia. Tiene la mirada fija al frente y aprieta los labios con fuerza como si quisiera reprimir cualquier emoción. Es una persona bastante suya, sé que esto es duro para ella. Pero cuando se le cae la primera lágrima, no puedo soportarlo.

—Pequeña, mírame.

Dubitativa, gira la barbilla para encontrarse con mis ojos. Todas las emociones que he conocido en un ser humano se proyectan en su cara, como en una pantalla de cine. Suelto su mano y le paso el brazo alrededor del cuerpo para abrazarla. Apoya la mejilla en mi pecho, bajo mi barbilla, y me devuelve el abrazo, apretándome fuerte con los brazos, como si todo en su interior estuviera hecho un desastre.

La abrazo mientras le acaricio el pelo.

No voy a forzar ninguna conversación.

No voy a fingir que sé lo que se le pasa por la cabeza.

No la voy a juzgar.

Pero sí voy a abrazarla porque, a veces, el contacto físico es la única manera de decirle a alguien que te importa de forma incondicional. No se necesita una explicación profunda y complicada, solo un pequeño esfuerzo. Y yo soy todo esfuerzos y se los puedo dar durante toda la noche.

—Lo siento, Franco. —Las palabras suenan amortiguadas contra mi piel.

La beso en la coronilla y susurro:

—No necesitas disculparte. —Quiero decir algo más, pero lo dejo ahí porque es ella la que necesita hablar de esto si quiere. Si no, nos vamos a dormir.

Se sorbe los mocos y levanta la cabeza para mirarme. Le brillan los ojos, maquillados con rímel, a causa de las lágrimas contenidas.

—Joder, soy un desastre. No lloro nunca y ya lo he hecho tres

veces delante de ti. Lo siento. Seguro que piensas que estoy loca.

—No, y no nos disculpamos por llorar, ¿recuerdas?

Asiente y exhala con profundidad en un intento de reducir y expulsar la tensión.

—Tengo miedo. —Su voz suena clara y confiada pese a la vulnerabilidad del mensaje.

—¿De qué tienes miedo?

Tiene sus enormes ojos azules fijos en los míos y sé que está a punto de abrirse a mí, de soltar lo que tiene en el alma.

—¿Crees que a veces es mejor dejar que los sueños sigan siendo sueños porque así siguen estando llenos de posibilidades y sorpresas y no hay probabilidades de fracaso?

No lo dudo, ni por una milésima de segundo, porque creo en ello con firmeza.

—No, creo que los sueños son el motor de la vida y que, cuando los perseguimos, es cuando más vivos estamos. No hay ningún premio por quedarse en la seguridad del *statu quo*.

Se restriega la piel bajo los ojos, haciendo que el rímel se le extienda por los pómulos, en lugar de limpiarse. No se lo digo porque no quiero que se lo quite. La vida puede ser un desastre cuando se está luchando a muerte. Creo que está buscando una señal de valentía en lo más profundo de su ser.

—¿Y si soy una madre horrible?

—Imposible, tienes un corazón demasiado grande —respondo, porque es verdad; todas las buenas madres que conozco tienen corazones gigantes—. ¿De qué más tienes miedo?

—Seré madre soltera, ¿y si muero? Mi hijo se quedará solo.

—¿Y si no lo haces y vives una vida larga y feliz a su lado? —le contradigo.

—¿Y si no puedo permitirme darle la vida que se merece?

—Entonces le darás todo lo que puedas y será suficiente, porque le querrás con locura y eso es lo que cuenta.

Vuelve a respirar profundamente y siento que solo necesita sacar todos sus miedos, ya sean racionales o irracionales.

—El miedo es una puta mierda.

Tengo que reírme porque, por su tono de voz, sé que está buscando todo el valor que tiene dentro y que está a punto de darle una patada en las pelotas al miedo con todas sus fuerzas.

—Totalmente de acuerdo.

Retira las sábanas, sale de la cama y se dirige hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

—Vamos a empezar de nuevo. Voy a quitarme el desastre que tengo en la cara, vuelvo y fingimos que no me he venido abajo como una cagana imbécil.

—Déjate el rímel así, es *sexy* —le grito, porque ya está en el baño, a juzgar por la luz del pasillo.

—Parezco un puto mapache, esto no es *sexy*. A menos que te ponga la posibilidad de tener la rabia —me responde.

El grifo se abre y se cierra y el aro en la pared en el que está colgada la toalla en la pared chirría mientras se seca la cara y las manos. Luego, la luz se apaga y, de repente, volvemos a estar en el punto de inicio. Sus pasos se detienen poco antes de llegar a la puerta.

—Franco, ¿puedes poner la música desde el principio? Tu lista de reproducción para el sexo es genial y no he podido apreciarla mientras lloriqueaba.

Sonrío para mí mismo, abro la lista de reproducción, reproduzco la primera canción, subo el volumen y respondo:

—Se llama *Mi esperma es mejor que el tuyo*.

Salgo de la cama y camino hacia el pasillo.

—Sabía que había elegido al hombre adecuado para este trabajo —dice con una sonrisa cuando estamos cara a cara.

El miedo se ha esfumado.

La miro de arriba abajo. El leve brillo de las velas que llega desde la habitación resalta su figura.

—Estás preciosa con ese camisón, en serio, Gem, pero me encantaría tocar y saborear lo que hay debajo.

—¿En el pasillo?

—Para los preliminares, sí.

Agarro el borde del camisón y lo subo hacia arriba para quitárselo

y dejarlo caer al suelo, a su lado.

Cuando doy un paso hacia ella, se queda quieta y acepta mi contacto. Con las manos en las caderas, doy otro paso al frente, obligándola a retroceder. Continuamos así hasta que tiene la espalda pegada contra la pared. Estoy totalmente duro. Presiono la entrepierna contra su estómago.

Bajo la boca hasta su hombro, donde presiono los labios y los dejo quietos. Luego paso la lengua con tanta suavidad que apenas lo rozo. Cuando echa la cabeza a un lado para permitirme el acceso completo, sé que está de acuerdo y continúo hacia su oreja mientras empiezo a explorar con las manos. Pego las palmas de las manos a su piel, y envolviéndola con los dedos, comienzo a mover las yemas de los dedos de un lado a otro con deseo, buscando conectar con algo que la haga jadear. Le rodeo la parte inferior de los pechos, me contengo y le doy un pequeño achuchón antes de mover con ansia los pulgares por encima de ellos varias veces.

Suspira. Sus uñas me rozan mientras bajan despacio por la espalda y mueve las caderas contra mí.

—No creo que te haya dicho lo mucho que me gusta que las baquetas te dejen las manos rugosas. Tus durezas son el paraíso.

Sonríó contra el lóbulo de su oreja y digo:

—Suelo hacer las cosas que me apasionan hasta caer en el agotamiento. —Flexiono la cadera, empujándola contra la pared, y añado—: Me pongo a tope cuando me siento bien.

—Joder, sin duda —jadea antes de cogerme la cara entre las manos y guiar mi boca hacia la suya.

Con lo rápido que vamos, espero que venga a por mí con toda su artillería, pero, en cambio, reduce la velocidad y recibe mis labios abiertos con un pico dulce en la comisura de la boca, antes de succionar ligeramente el labio inferior Me sorprende. El cambio de ritmo e intensidad es jodidamente *sexy*. Sus manos permanecen en mis mejillas mientras toma el control.

Cuando sus labios le regalan un beso a mi labio superior, salgo a su encuentro besándola también y aquello se transforma en el puto pilla-pilla más dulce del mundo.

Mordisco juguetón por su parte.

Tentación con la punta de la lengua por la mía.

Boca abierta para chincharme por la suya.

Boca abierta como respuesta por la mía.

Pero cuando siento su sonrisa contra mis labios, todo cambia porque, hostia puta, esta mujer me enciende.

Le cojo las manos, entrelazo los dedos y las sujeto contra la pared por encima de la cabeza. Me aprieta con fuerza. Está conmigo. Sabe que las cosas están a punto de cambiar.

Creo que el mejor sexo es aquel en el que se mezclan la armonía y la discordia. Una batalla en medio de la felicidad. Porque sentirse así de bien debería conseguirse trabajando al máximo.

Buscarlo.

Sudar por ello.

Forzar los músculos hasta que duelan.

Hacer que tus pulmones jadeen para conseguir respirar.

Cuando nos corramos, quiero sentir que nos lo hemos ganado.

El beso se intensifica. Lo dulce acaba de convertirse en pecaminoso.

Besarse... Lenguas y dientes, gemidos y suspiros. Es una excitación tanto sonora como táctil.

Se gira a un lado para poder pasar su pantorrilla por encima de la mía. Se humedece al rozarse contra mi muslo. Yo también me rozo con fuerza contra su cadera.

Hostia puta, esto no es suficiente.

Guío sus manos hasta mis hombros y las suelto.

Sin romper el beso, extendiendo el brazo, la cojo por debajo del culo, la levanto para situarla por encima de mi cintura y entro en ella.

—¡Sí! —gime. Lo dice con fuerza. Me encanta su puta fuerza. A veces el sexo fuera de serie necesita un escape vocal, lo que lo pone por las nubes.

No debería ser capaz de moverse, atrapada entre mi cuerpo y la pared, pero lo hace.

El beso se ha roto ante la necesidad de respirar. Nuestros pechos se agitan por el esfuerzo y los pulmones hacen su trabajo para

participar en esta experiencia corporal.

Sus piernas me rodean con fuerza, apretando para cambiar la posición de las caderas y hacer que nuestra conexión sea más profunda.

—Joder, Gem. Esto está muy bien.

—Sí. Ha sido buena idea lo de empezar en el pasillo.

Entonces tomo la decisión de trasladarnos a la habitación, porque necesito hacer algo. Coloco uno de los brazos detrás de su espalda, la sujeto contra mí y la llevo hacia el dormitorio sin romper nuestra unión. Sus preciosos labios prestan una atención especial a mi oreja y a mi cuello durante todo el proceso.

Cuando llegamos a la cama, la tumbo sobre la espalda. Me deslizo dentro y fuera, primero con lentitud, pero luego aumento de intensidad rápidamente. No me cuesta mucho entrar hasta dentro, lo que provoca que los dos jadeemos envueltos en sudor. Me voy a correr en unos segundos.

—No cierres los ojos, pequeña.

Por eso la he movido a la cama, para poder mirarla mientras lo hacemos.

Exploto dentro de ella y os juro que es la necesidad de mi cuerpo de reclamarla físicamente lo que me lleva a tener una experiencia como nunca antes he vivido. Sin condón, por muy cavernícola que suene, es mía.

Es nuestro momento especial.

Está aquí, conmigo. Me llama por mi nombre con tal convicción que suena como una mezcla de gratitud sincera y erótica sin filtros.

Mantenemos los ojos fijos el uno en el otro hasta que dejamos de movernos y nuestros cuerpos se relajan por el agotamiento satisfactorio que nos recibe enseguida, tras el enorme orgasmo.

Rozo mis labios con la yema de sus dedos y ella lo mueve de un lado a otro mientras esboza una sonrisa traviesa de oreja a oreja. Ese gesto no dice nada y lo dice todo.

No puedo evitar sonreír.

—Joder, si no te quedas embarazada después de esto, no será porque no lo hemos intentado.

Se echa a reír.

—Si el embarazo se basa solo en la experiencia, tendré trillizos.

Salgo de ella, la beso en la frente y cojo una almohada.

—Levanta la cadera.

—¿Por qué?

Deslizo la almohada debajo de su cuerpo.

—Quédate así durante unos treinta minutos. He leído que incrementa las posibilidades de fertilización. Seguramente sea una gilipollez, pero mi esperma está ahora mismo haciendo una carrera de cien metros en estilo libre a lo Michael Phelps, así que ayudémosle en todo lo que podamos.

He estado investigando, leyendo sobre ello estos últimos días.

Cuando vuelvo, tras limpiarme en el baño, no se ha movido, pero se ha tapado con la sábana y está dormida profundamente.

Antes de apagar las velas, la observo dormir durante un minuto para recordar esta noche.

Algunos momentos son demasiado importantes para olvidarlos.



## Lunes, 19 de febrero

Gemma y yo nos hemos levantado pronto a pesar de habernos acostado tarde anoche. Quiere ver San Diego, así que estos días voy a enseñarle algunos lugares turísticos.

—¿Quieres café, Gem? Es descafeinado —grito desde la cocina mientras mi vieja Mr. Coffee filtra el líquido que nos espabilará en la encimera de al lado.

Le eché un vistazo a la sección espacial de Keurig en Bed Bath and Beyond cuando Gus y yo estuvimos allí, pero no pude convencerme a mí mismo de cambiar mi vieja y tradicional cafetera por las nuevas tecnologías. Hay algo en la espera prolongada, el aroma y el ruido que emite que hace que el café sepa mucho mejor. Una buena taza de café, aunque sea un descafeinado insípido, debería hacerse con lentitud. Sé que las mujeres embarazadas deberían eliminar la cafeína de su dieta, así que estoy intentando ser considerado.

Ella está en el baño maquillándose, pero viene hacia la cocina para contestarme, vestida solo con el sujetador y las bragas. No los lleva a juego, la parte de abajo es de algodón blanco y la de arriba, de puntilla roja. Ángel y demonio, una buena combinación.

—Sí, por favor.

La miro de arriba abajo. Madre mía, está muy buena. Y es la hora del desayuno.

—Eres preciosa.

Se sonroja ligeramente, pero inclina la cabeza y sonríe.

—Gracias.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Un poco de las dos, por favor.

Le preparo la taza como me ha pedido y se la entrego.

—Mmm... —deja escapar un sonido gutural de satisfacción mientras traga y pestañea varias veces, lo que es gracioso porque solo le ha dado tiempo a ponerse una de las pestañas postizas y sus ojos parecen asimétricos.

—¿Quieres comer algo antes de irnos? ¿Una tostada? ¿Cereales? Puedo hacer huevos.

Me he comido una tostada con queso de untar mientras se duchaba.

—Normalmente no desayuno mucho. Me haré un sándwich antes de que nos vayamos y me lo tomaré a media mañana.

Cuando se gira y camina hacia el baño, la vista es increíble.

Quince minutos después, el sándwich y ella están preparados para salir.

Mi lista de lugares para visitar en San Diego es larga.

La primera parada es en la playa porque así deberían empezar todos los días. Hay una suave capa de niebla. Me encanta el sol, pero es en mañanas como esta cuando la playa parece más íntima y segura que el resto del mundo. El aislamiento y la protección que ofrece siempre me hacen reflexionar. Bajo una capa de nubes, la introspección es más profunda.

Gemma y yo nos quitamos los zapatos y caminamos de la mano por la orilla, sobre la arena húmeda. Hablamos de cosas sin importancia, como de gaviotas y caracolas. Y sobre temas profundos como los valores arraigados y las mejores canciones que se han escrito. Cada comentario, cada respuesta, cada explicación le da más luz a esta mujer tan increíble. Es terca, sarcástica y sincera, pero educada. No sé si es solo por el acento, pero me da la sensación de que es el tipo de persona que podría decirte «Que te jodan» y te lo tomarías como un halago al que responderías con «Muchísimas gracias». Pero también hace el tonto, es divertida y juguetona y lo demuestra sin pizca de vergüenza, algo vital para que perdure una amistad conmigo.

La segunda parada es el zoo de San Diego por... los perezosos. Resulta que Gemma no mentía cuando decía que estaba obsesionada con ellos. Llevamos una hora mirándolos, aunque prácticamente no se mueven. Se está inventando nombres para todos ellos: Nick Zurdo y Resbaladizo y Don Lucas A Todo Trapo... También me cuenta curiosidades como qué comen o cuál es la causa más común de su muerte. Además, se inventa cualquier historia pervertida y extremadamente entretenida sobre su activa vida nocturna solo para divertirme. Le compro un peluche de un perezoso en la tienda de regalos para que tenga un recuerdo. Lo llama Cecil inmediatamente.

La tercera parada es en casa.

Sexo.

En el sofá.

No llegamos a la cama.

Es incluso mejor que el de anoche en el pasillo.

Cuarta parada para cenar en Delgado's.

Es un sitio pijo. Gem protesta cuando entramos porque cree que va mal vestida. No es verdad. No tienen código de vestimenta.

Yo pido mero.

Ella, cangrejo.

Las bromas antes, durante y después de la cena no cesan. Su ingenio es siempre agudo, pero lo de esta noche es poco común. Nos reímos dos veces con tanta fuerza que se nos saltan las lágrimas y llamamos la atención de todos los que están a seis o siete metros de nosotros. No lo siento, ni siquiera un poco. Ese tipo de risa es un regalo.

La última parada es, de nuevo, en casa.

Y sí, joder.

Sexo.

En la cama.

Y.

Es.

I

N

C

R

E

Í

B

L

E.

## Martes, 20 de febrero

Hoy me he duchado yo primero.

Mientras me lavo los dientes, Gem entra desnuda y se mete en la ducha. Puedo verla a través del cristal de la puerta. Es el tipo de compañía al que podría acostumbrarme cada mañana.

—¿Por qué te afeitas la cabeza, Franco? —me pregunta Gemma mientras me hecho espuma de afeitar en la cabeza.

La miro y la pico:

—¿No te gusta?

—Con una cara como la tuya y esos ojos tan jodidamente intensos, podrías llevar el pelo como quisieras y estarías bien. Es solo curiosidad. ¿Por qué decidiste empezar a afeitarte?.

Llevo tanto tiempo afeitándome la cabeza que casi se me ha olvidado que tengo la opción de parar y dejar que me crezca el pelo de nuevo.

—Una amiga cercana tuvo cáncer. Le dieron quimio y perdió el pelo. —Me encojo de hombros. Siempre evito contar esta historia porque la reacción de la gente suele ser la de decirme que soy un buen chico por este acto. No se trataba de ser un buen chico, se trataba de apoyar a alguien a quien le avergonzaba perder el pelo. Era por ella, no por mí—. No se quejó nunca, pero sé que perderlo la acomplexaba. No quería que estuviera sola en eso.

Gem se queda callada. Ni «¡Qué buen chico eres!» ni «¡Qué bonito por tu parte!». Cuando pregunta «¿Qué tal está ahora?», quiero abrazarla porque lo ha pillado. Se trataba de mi amiga, no de mí.

—Luchó a muerte. Dos veces. La perdimos hace un año. Le

hubieras encantado. —Estoy seguro de que hubiera sido así.

—El cáncer es un hijo de puta. Siempre viene primero a por los mejores.

Gem ha perdido a mucha gente, sabe de lo que habla.

—Sí.

Me paso la navaja por el centro de la cabeza y lo dejamos ahí.

Para cuando termina de ducharse, mi cabeza y mi cara están suaves. Dejamos a un lado la conversación triste. Todo parece normal, optimista. En la vida hay personas con las que puedes desahogarte o sobre las que puedes verter tus lágrimas o tu frustración y las absorberán sin problemas, voluntariamente, con el único propósito de quitarte un peso de encima. Son las mismas que pueden remplazar esa negatividad por su luz inmediatamente. Su presencia te da el poder de expulsar lo malo y darle la bienvenida a lo bueno. No es común. Solo he conocido a unas pocas personas en la vida que sean así.

Ahora conozco a una más.

Café y sándwiches, y ya estamos saliendo por la puerta en busca de otra aventura en San Diego.

Lo primero es la playa. El tiempo es más o menos igual que ayer. El paseo y la conversación, también. Sé que solo lleva dos días aquí, que es el segundo día que hacemos esto, pero la voy a echar de menos cuando se vaya a casa.

La segunda parada es en Balboa Park. Hay muchos museos, pero la he traído aquí para mostrarle el Jardín Japonés, uno de mis lugares favoritos. Cada vez que atravieso el umbral de la puerta, siento lo mismo por dentro. Calma. No soy una persona nerviosa, soy bastante relajado, pero este lugar es curativo. Mientras camino por él, toda la negatividad sale de mí y siempre me convierte en la mejor versión de mí mismo. Sé que lo comprenderá.

Gemma está fascinada por el estanque koi. Solo los ha visto peces koi en fotos o en la televisión. El nivel de curiosidad que manifiesta

por las cosas que le interesan es apasionante. Analiza y pregunta tras reflexionar mucho. Nada superficial. Los cómo, qué, dónde y porqués son profundos. Me encanta porque demuestra que presta atención. La vida es demasiado corta para no hacerlo. Algunas personas hojean la vida y otras la leen tan de cerca que descubren cosas que otros no ven. Ahí es donde reside la belleza, en lo que hay entre líneas, en los detalles. La historia dentro de la historia. Ella la ve, la entiende.

La tercera parada es en la casa de mis padres para cenar. Me detengo en el camino de entrada y le ofrezco una disculpa anticipada:

—Siento de antemano todas las cosas vergonzosas que, sin duda, mi madre va a soltar o a hacer. Da las gracias porque mi padre esté en una convención fuera de la ciudad y porque vayas a recibir atención de manera individual y no de del dúo dinámico.

Se echa a reír.

—¿Crees que estoy de broma? Que Dios te bendiga —añado con sarcasmo.

Mi madre nos recibe en el umbral.

—Hola, hijo —dice mientras me abraza. Lo hace con la fuerza de diez osos pardos. No sé de dónde la saca; no es una mujer grande.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

Me suelta antes de contestar y se dirige hacia Gemma. Cuando oigo el aire salir del interior de Gem, en forma de un resoplido sorprendentemente fuerte, le recuerdo a mi madre:

—Ten cuidado con las muestras de cariño, mamá. No rompas a mi amiga, por favor.

La suelta con un aspaviento, porque hace todo a lo grande. La pasión es su segundo nombre, su fuerza vital.

—Estoy encantadísima de conocerte, Gemma. Soy María. Franco me ha hablado mucho de ti.

No es verdad. Le dije a mi madre que venía una amiga a visitarme y que me gustaría invitarla a comer sus tamales caseros porque son los mejores. Eso es todo. Me gusta no contarle muchas cosas porque es gracioso ver las suposiciones que hace. Buscar información es un

juego, un pasatiempo, en el que piensa que es astuta y para el que cree que tiene habilidades extraordinarias. Cree que es discreta. En realidad, es muy evidente, pero no hace daño a nadie. Es divertidísimo.

Gemma se alisa la camiseta con sutileza y coge aire profundamente, hinchando los pulmones, antes de responder:

—Encantada de conocerte, María.

Mi madre se sobresalta al escuchar el acento y esboza una enorme sonrisa mientras nos acompaña al interior de la casa.

—¿Eres de Inglaterra?

Gemma se quita la chaqueta y la cuelga en el perchero que hay en la entrada.

—Sí, de un pequeño pueblo del norte de Inglaterra.

Mamá me mira y asiente hábilmente. Eso significa que está de acuerdo, asentir es su señal de aprobación. Estoy convencido de que piensa que el asentimiento ha sido tan furtivo que nadie excepto la persona a la que se lo ha dirigido lo ha visto. Lo cierto es que lo ha hecho con tantas ganas —porque no puede moderar su pasión— que el vecino que vive al final de la calle lo ha visto. Me descojono.

Mis padres llevan viviendo en la misma casa desde que se casaron. Es una granja pequeña y humilde con tres habitaciones. Está anticuada, no creen en las remodelaciones, pero son los putos campeones de pesos pesados del mantenimiento. Están enamorados de las reparaciones; es una obsesión más que una necesidad. Mi padre arregla las cosas mucho antes de que se rompan. Lo mismo ocurre con la limpieza. Es fundamental, sagrada. La casa está siempre limpia como una patena, nunca ha habido nada fuera de lugar, ni siquiera cuando los cinco críos vivíamos en casa. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que era un milagro. Por aquel entonces solo sabíamos que mamá nos echaría un rapapolvo si no obedecíamos.

La cena consiste en los mejores tamales del sur de California salpimentados con preguntas de mi madre: ¿Qué haces? ¿Cuánto tiempo estarás en Estados Unidos? ¿Cómo conociste a Franco? ¿Cuántos años tienes? Háblame de tu familia. ¿Cómo llegaste a la



universidad? ¿Cuáles son tus aficiones? ¿Qué piensas de la música de mi hijo? ¿Cuántas veces te lavas los dientes? (Mi padre es dentista, los dientes son nuestra especialidad). ¿Tienes casa propia? (Es agente inmobiliario, las casas son su especialidad).

Gemma Hendricks es una santa de cojones. Responde a cada pregunta con detalles, como si estuviera disfrutando del interrogatorio al que está siendo sometida.

Los asentimientos de aprobación que me dedica mi madre van incluso acompañados de unos ojos abiertos como platos y las cejas arqueadas. En resumen, significa: «¿Lo has oído, Franco? ¡Madre santísima de los macarrones, es perfecta! Deja de andar por ahí, pon una puta rodilla en el suelo y pídele matrimonio, joder. Quiero a esta chica como nuera y tener nietos. Para ayer». Claro, no usaría esas palabras, pero esa es la idea. Me recuerda constantemente con cariño que cada día soy un poco más viejo y que debería casarme ya. No me malinterpretéis, mi madre me adora y presume infinidad de veces de lo orgullosa que está del hombre en que me estoy convirtiendo y de la banda, pero el matrimonio es un tema delicado de la vieja escuela. Mis hermanas mayores están casadas. Mi hermana pequeña está comprometida. Y mi hermano pequeño, Julián, está divorciado, pero tiene dos niños; los nietos la tranquilizan.

A petición de mi madre, que me hace una pregunta educada con un «por favor» al final, lavo los platos cuando terminamos de comer. Ella le enseña a Gemma las fotos familiares del pasillo. El pasillo es un monumento y las fotos, la historia pictórica del clan de los Genovese. Desde bebés hasta el presente. Todas las etapas vergonzosas captadas y preservadas para la posteridad.

Cuando Gemma vuelve a la cocina, su sonrisa esconde chantaje. Y la de mi madre dice: «Mamá sabe lo que es bueno. Me encanta esta chica, hijo. Cásate o te desheredo». Nunca lo haría, pero es buenísima con las amenazas pasivas.

Es mi señal para huir.

Le doy un beso en la mejilla a mi madre.

—Gracias, mamá. Los tamales estaban de muerte.

—De nada. —Me devuelve el beso en la mejilla y dice en uno de

sus susurros que es un tono de voz normal para cualquiera—: Me gusta, mijo.

Le sonrío aceptando su comentario y espero que no provoque un desarrollo de su comentario.

Me guiña un ojo y me da una palmadita en la mejilla como si todavía tuviera seis años.

Después de que mi madre rodee a Gemma con otro abrazo demoledor de costillas y me dé una bolsa entera llena de tamales envueltos en papel de aluminio, huyo hacia la furgoneta.

Gemma me sonrío socarronamente desde el asiento del copiloto cuando damos marcha atrás para salir del camino de entrada.

Niego con la cabeza.

—Miedo me da preguntar a qué viene esa mirada.

La sonrisa se hace enorme.

—El pequeño Franco con su hermano en la bañera es adorable.

Cuando éramos pequeños, mis padres siempre hacían que los chicos nos diéramos un baño juntos y las chicas, otro. Hay fotos en la pared para recordarlo.

—¿Te ha contado la historia del dinosaurio que tengo en la mano en esa foto?

—Sí, dice que se llamaba Pedro y que lo llevabas a todos sitios.

Sé que probablemente me esté sonrojando, lo que es una gilipollez.

—Le cuenta a todo el mundo esa historia.

—Porque es muy dulce.

—No cuando tienes veintiséis años —digo en voz baja—. ¿Qué piensas de ese Franco *punky* y raro de trece años con aparato dental y una camiseta de los Ramones en la foto de clase?

—Estaba bueno. La Gemma de quince años con aparato y una camiseta de Harry Potter se hubiera enamorado de ti.

Me echo a reír.

—Madre mía, seríamos pareja incluso por aquel entonces.

—Totalmente. La foto de la boda de tus padres es preciosa, muy tradicional.

—Mis padres se casaron en una vieja iglesia española aquí, en San

Diego. Por las historias que he escuchado... —La miro—. Y, créeme, las he escuchado todas... —Miro de nuevo a la carretera—. Fue un espectáculo que duró un día entero. Los abuelos, los padres y los nueve hermanos de mi madre, además de sus familias, vinieron de México para verlo. La familia de mi padre era de aquí, así que estaban todos. La ceremonia católica fue larga, mitad en inglés, mitad en español, para adaptarse a ambas familias. El banquete se alargó hasta tarde. Mi yaya... —La miro para hacer una aclaración—. Mi abuela... —Asiente y continúo— y mis tías hicieron toneladas de comida casera. El mejor amigo de mi padre estaba en una banda y tocaron. Seguro que el álbum de fotos y las historias no le hacen justicia. Fue una celebración épica.

Su sonrisa está cargada de emoción; seguro que se está acordando de sus propios padres.

—Es precioso, una mezcla de culturas y familias. Hacen una pareja sorprendente, el contraste creó unos hijos geniales.

—Somos una fusión de culturas, eso seguro. —Lo somos. Cinco hijos y algunos de nosotros no parecemos de la misma familia. Algunos son altos como papá; otros, bajos como mamá. Pelo oscuro. Pelo rubio. Ojos marrones. Ojos azules. Piel clara. Piel oscura. Tenemos de todo.

—Ahora entiendo por qué eres tan guapo. La altura de tu padre, su estructura facial y sus ojos azul cristalino. El pelo negro y rizado de tu madre, sus labios perfectos y carnosos y su intensa mirada.

—Tengo también la piel clara como mi padre, pero me pongo moreno con facilidad gracias a los genes de mi madre, supongo. Estoy siempre en la calle, así que tengo un bronceado perpetuo desde hace unos veinticinco años.

—Estás distinto con pelo.

Cuando la miro, arquea las cejas para mostrarme su aprobación.

—¿Te gusto con pelo?

—Me gustas de cualquier manera. Solo digo que tienes un pelo envidiable. —Definitivamente, le gusto con pelo.

—A lo mejor me lo dejo crecer. Afeitarme todos los días aburre a veces. —Decidido, hoy es el último día que me afeito la cabeza—.

¿Crees que debería dejarme también barba?

—Mmm... —Me mira de cerca, reflexionando sobre ello—. No, bien afeitado es mejor. Tus pómulos esculpidos y la línea de tu mandíbula son increíbles. Sería un crimen contra la humanidad esconderlos.

—Joder, Gem, estás haciendo que me crezca el ego. Solo Gus dice que soy guapo —la pico.

—¿Lo dudas de verdad? —me pregunta seriamente.

—No diría que lo dudo. Supongo que no lo pienso mucho. —Me encojo de hombros porque es verdad—. Siempre he sido bastante gracioso, suponía que a las chicas les gustaba más mi personalidad que mi apariencia, lo que está bien porque, al fin y al cabo, es lo que importa.

—Todo el conjunto es atractivo de narices.—No está flirteando, lo dice como un hecho.

—¿De narices? Me gusta. —Ahora flirteo yo por los dos—. Volviendo a ti. Todo por lo que estás pasando es atractivo de narices.

Veo su sonrisa por el rabillo del ojo. Es el tipo de sonrisa que significa que el halago ha dado en el clavo y ha surtido efecto.

Cuando llegamos a casa, todo se ralentiza. Es todavía temprano, pero es nuestra última noche juntos.

—¿Hay algo más que quieras ver o hacer? —le pregunto antes de bajarnos de la furgoneta, delante de la casa.

Niega con la cabeza y la ternura aparece en su sonrisa.

—No, ha sido una pasada, Franco. Gracias por enseñarme tu ciudad natal y por presentarme a tu madre y a Scout. Siento que te conozco mejor que a la mayoría de las personas de Inglaterra con las que llevo toda la vida. No creía que fuera posible adorarte más de lo que lo hacía. Estaba equivocada.

—Te lo he dicho. Soy bueno con todo esto de la amistad. —Le guiño un ojo.

Se inclina en el asiento y me da un dulce beso en los labios.

—Lo eres. Eres el mejor. —Entonces, sale por la puerta.

Dentro, me quito las Vans y Gemma va al baño. No sé por qué estoy tan cansado, pero lo estoy. Voy directo al sofá.

Cuando la oigo entrar en la habitación, tengo los ojos cerrados, estoy encorvado e intentando no pensar, sino solo estar presente. Los calcetines que lleva puestos la vuelven, apenas revelan sus movimientos.

Lucho contra las ganas de abrir los ojos, porque me da miedo estropear el momento. A veces, se necesita sentir la conexión dentro y fuera sin la estimulación añadida de la vista.

Primero, siento sus manos en los hombros, cálidas a través de la tela de la camiseta. Me acaricia la clavícula con los pulgares, pero lo siento en todos sitios. Su calidez se extiende. Noto que me toca la parte externa de mi muslo derecho, luego la parte externa del muslo izquierdo y, finalmente, mi regazo recibe el peso de su cuerpo.

Desliza las manos por mi pecho, las lleva alrededor de las costillas, y las deja debajo mi espalda.

Su cabeza en mi hombro.

Su aliento cálido en mi cuello.

Mis manos encuentran sus caderas. Arrastro la tela con una de mis manos mientras avanzo hacia la nuca. La otra reposa sobre sus riñones, con la punta de los dedos por debajo del borde de sus mallas.

Cuando me quedo quieto y la abrazo, su cuerpo entero se relaja contra mí.

Sin palabras.

Sin movimientos aparte de la respiración.

Nunca me he fusionado con otro ser humano de esta manera.

Joder, la voy a echar muchísimo de menos.

## Miércoles, 21 de febrero

Cuando me despierto, sé instintivamente que la alarma está a punto de sonar. Siempre me ha pasado lo mismo. Mi cuerpo lo sabe.

Miro el móvil, las seis de la mañana. Gem tiene que estar en el aeropuerto a las siete para tomar el vuelo de vuelta a casa.

Se mueve en mitad del sueño. Pasa de estar boca abajo a estar de lado, mirando en sentido contrario a mí. Tiene la espalda desnuda.

Rememoro lo que ocurrió anoche mientras la observo.

Nos acurrucamos en el sofá hasta que la habitación se quedó a oscuras.

Nos pasamos al dormitorio.

Nos quitamos la ropa.

Nos metimos en la cama.

Y nos besamos.

Eso es todo.

Nos.

Besamos.

Los besos fueron lentos.

E inocentes.

E ingeniosos.

Y acogedores.

E inquisitivos.

Completos.

Exhaustivos.

De una manera distinta al sexo.

Y se alargaron durante horas.

Hasta que nos quedamos dormidos el uno en los brazos del otro.  
Nunca, en toda mi vida, me habían besado así.

Cuando se mueve de nuevo, susurra:

—Franco, ¿estás despierto?

—Sí —respondo y ruedo hacia ella.

La beso en la nuca, dejo mi mano en su costado, donde su cintura asciende hacia la cadera, y pego las rodillas a la parte trasera de las suyas.

Extiende la mano hacia atrás, me acaricia la cadera de un lado a otro.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa.

—¿Qué hora es? —me pregunta adormilada.

—Las seis.

Mi erección matutina no ha desaparecido del todo y comienza a levantarse ahora que estoy pegado a ella.

—Franco, tengo que decir que eres el hombre más viril que conozco.

—¿Te refieres a cachondo?

—No, me refiero a que todo en ti es un doscientos por cien masculino. Tu altura. Tu constitución. Tus tatuajes. La manera en que me tocas. La manera en que me miras. Me siento *sexy* cuando estoy cerca de ti. Nunca me he sentido así con nadie.

Le recojo todo el pelo y lo levanto, lejos del cuello, para poder posar allí mi boca.

—No me necesitas para ser *sexy*. Lo haces estupendamente por tu cuenta —digo entre besos mientras deslizo la mano por encima de su cadera para dejarla entre sus muslos—. Joder, Gem, ya estás húmeda.

—Estás presionando tu enorme polla contra mi culo. No puedo evitarlo.

Mueve las caderas al compás de mi mano mientras me presiono contra su culo.

—Enorme, ¿eh?

Gime cuando mi lengua juega con el lóbulo de su oreja.

—Enorme.

—Di «polla» otra vez —susurro.

Introduzco dos dedos dentro de ella mientras responde.

—Polla. —La palabra sale en medio de un suspiro, dejándola sin respiración.

—Hostia puta, no sé por qué esa palabra suena tan guarra cuando la dices tú. Me encanta.

Retiro la sábana para poder verla al completo y ella se gira para mirarme.

Antes de que sepa lo que está ocurriendo, sus piernas me rodean y estoy metiéndome en su interior. No nos besamos porque estamos observando lo que está pasando ahí abajo. Estoy apoyado sobre los codos. Nuestras caderas se mueven al unísono. Nos acercan hasta que yo estoy metido hasta el fondo y ella jadea. Luego nos separan y mi pene al descubierto, echándola de menos.

Repetimos.

Otra vez.

Y otra.

Dar y tomar.

Dentro y fuera.

Además, la parte visual es...

—Joder, Gem. Me encanta estar dentro de ti.

Gime profundamente, las primeras notas del éxtasis, suspiros entre los labios.

—Más alto, Gem —le pido. El volumen me pone al máximo.

Sus gemidos aumentan, ya casi estamos.

—Más alto, Gem. —Ya no se lo pido, se lo suplico.

—Esto es una puta pasada, Franco. —Me ha hecho caso. Los vecinos seguramente la han oído. Las palabras se pierden en la liberación, ya no hay límites.

Hostia puta, ¡qué *sexy!*

Y, aunque no quiero, cierro los ojos, porque todo lo que sale de mí me obliga a cerrarlos y a rugir.

Esta mujer...



## Viernes, 9 de marzo

Gemma y yo nos hemos mandado mensajes el uno al otro todos los días.

Hasta ayer.

Le escribí.

No me contestó.

«Quizás esté ocupada», pensé.

«Quizás haya perdido el móvil», pensé.

Así que le he mandado otro mensaje esta mañana, cuando me he despertado.

Me he ido a surfear y he mirado el móvil. Sin respuesta.

He ensayado con la banda y he mirado el móvil. Sin respuesta.

«Quizás haya tenido un accidente», he pensado preocupado.

«Quizás no pueda responder», he pensado preocupado.

Así que le he enviado otro mensaje, «¿Estás bien?», porque no suelo meterme, suelo resolver las cosas en silencio, ayudar desde la retaguardia en vez de revolotear en el frente.

He visitado a mi hermano Julián en su estudio de tatuajes y le he hablado de un tatuaje que quiero hacerme antes de que empiece la gira. He mirado el móvil. Sin respuesta.

He ido a cenar con mamá y papá y he mirado el móvil. Sin respuesta.

Ahora estoy en casa. Es tarde.

He estado dando vueltas por el pasillo, agradecido de tener madera en lugar de moqueta porque la hubiera desgastado. Estoy cansado. Me duele la cabeza. Mi cuerpo quiere desesperadamente

que los dos durmamos, pero tengo la incómoda sensación de que ha pasado algo malo.

Me vibra el teléfono en el bolsillo, lo que provoca que mi corazón lata deprisa.

Seguramente sea o Gus, o Jamie, o Robbie; son los únicos que me llamarían a medianoche.

Pero, cuando veo el nombre en la pantalla, se me encoge el corazón. Porque ella no llama, ella manda mensajes. Solo las malas noticias garantizarían una llamada después del silencio. Anoto mentalmente luchar más contra el pesimismo, porque está claro que va ganando.

—Gem, ¿va todo bien? —Sueno asustado. Intento que no sea así, pero lo es.

—Buenas. —Nunca ha sonado tan desesperado un saludo alegre —. Perdona por no responder. Quería llamarte y disculparme por ser tan maleducada. Nunca me ha gustado tener la regla, pero este mes me ha fastidiado especialmente. Mi reacción al verla ha sido más visceral de lo que había pensado que sería. Me había concienciado y había hecho las charlas preparatorias: «Esto puede llevar un tiempo. No puedes esperar a que funcione la primera vez». Soy una persona racional. En teoría, me creía lo que estaba diciendo. Cuando la teoría se ha vuelto realidad, toda la razón ha desaparecido y me he encontrado a mí misma en posición fetal, llorando, y sin poder parar. Durante veinticuatro horas. Nunca he sido de las que se viene abajo cuando fracasan. Me daba vergüenza decirte que hemos fallado porque siento como si te hubiera decepcionado, como si mi cuerpo rechazara tu amabilidad...

La interrumpo.

—Gem, para. Por favor, para. Esto tiene que ver contigo y con tu futura familia, no conmigo. Por favor, deja de preocuparte por mí. Somos un equipo centrado en ti, eso es todo. Punto.

—Soy británica. Nos gusta decir que somos estoicos. Soy un absoluto desastre —responde. Tiene tantas cosas en la cabeza que puedo oír cómo su rabia está interfiriendo.

—No pasa nada. Los sentimientos son como la física. La fuerza

generada crea una reacción igual y opuesta. Poner una pasión intensa en algo provoca un resultado igual de apasionado. El embarazo sería el culmen de la felicidad. Tiene sentido que lo opuesto sea la frustración extrema. No seas tan dura contigo misma. Lo que hagas a continuación es lo que te define. No te rindas. Lo intentaremos de nuevo.

—No puedo ausentarme del trabajo este mes porque mi equipo tiene que cumplir unas fechas de entrega. Y no puedo pedirte que vengas.

—¿Por qué no? Pídemelo. —Hago una pausa de un milisegundo y lo reformulo porque no quiero que tenga que pensarlo—. Mejor, no me lo pidas, dímelo.

—Franco —suspira. No es cansancio. No es desesperación. Es el equivalente a dejarse caer entre mis brazos porque está agotada y aliviada de tener a alguien que la apoya temporalmente hasta que vuelva a encontrar el equilibrio. Porque lo va a hacer y, cuando lo haga, la Gemma decidida, confiada y que hace que las cosas ocurran volverá. Todos nos merecemos poder flaquear ante una crisis. La vulnerabilidad es parte de lo que nos hace humanos. Dejar que la crisis nos venza o no es lo que nos define.

—Solo dime qué día tengo que estar ahí y cuánto tiempo, Gem —la incito porque no puede dudar si va a seguir con esto.

—Eh... —Está pensando, no retrasándolo, así que espero—. Estoy mirando el calendario.

—Tómame tu tiempo.

—¿Y la gira? Tienes ensayos y... —La Gemma considerada está anteponiendo mis necesidades a las suyas. De nuevo.

Repito:

—Dime qué día necesitas que esté ahí.

—El veinte.

—Hecho. Mándame el nombre de algún hotel cercano y reservo una habitación, a menos que a tu compi de piso no le importe oírte gritar mi nombre varias veces en mitad de la noche o que nos acostemos sobre la mesa de la cocina.

Se ríe. ¡Sí!

—Quiero a mi compi muchísimo, pero no tolera que ponga la tele al máximo, así que oírnos ponernos a tope en la habitación de al lado sería demasiado para ella.

—Hotel, entonces.

## Martes, 20 de marzo

Me molesta volar, pero no por miedo. No tengo ansiedad. No me imagino escenas de emergencia. No rezo antes del despegue ni del aterrizaje. Lo que no me gusta es la incomodidad. Soy grande. Los asientos del avión, no. Mis piernas son demasiado largas. Mis hombros son demasiado anchos. Necesito meterme en el espacio con un calzador. Los cuerpos no están hechos para meterse con calzador, se rebelan como cabrones cuando están sometidos a presión.

Estoy sentado en el 21E dando gracias, como un condenado en el corredor de la muerte al que han indultado, porque haya podido conseguir que me coloquen en un asiento de pasillo. Así, al menos, puedo sacar las piernas en vez de invadir el espacio de mi vecino. Sigue sin ser perfecto, es como encajar un pie del 40 en un zapato del 38. Tendré moratones en las rodillas después de darme contra la bandeja doblada que hace las veces de mesa durante horas, y el codo morado por los asaltos de los otros viajeros y del carrito de las bebidas. Pero es mucho mejor que aguantar las malas caras de alguien que se siente invadido cuando estoy en el centro o en el asiento de la ventana.

Mantener esta postura tensa y antinatural durante horas es agotador. Durante este vuelo, no puedo dormir. Muchas visitas al baño para estirar las piernas, pero nada de dormir. Me hubiera encantado gastar dinero en un asiento de primera clase, pero, al ser un vuelo de última hora, ya estaban todos vendidos.

Cuando ya llevamos ocho de las quince horas de vuelo, el adolescente de al lado se queda dormido. Diez minutos después, su

cabeza pasa de estar recta a posarse en mi hombro. Entre sueños, claro está, se acurruca. Le dejo, aunque no puedo mover el brazo. Si alguien puede descansar que lo haga. Y si mi masa corporal sirve de almohada, al menos estaré haciendo algo de provecho.

Cuatro horas después, mi vejiga se arrepiente de la botella de agua que me he bebido y mi lado derecho está recalentado, porque el chavalín da mucho calor cuando duerme. Estoy intentando decidir cuál es el modo más delicado de ir al baño— porque no quiero despertarle, pero tampoco hacerme pis en los pantalones— cuando oye mis súplicas silenciosas y se gira hacia la pasajera de su derecha. Es como cuando te giras de un sitio a otro en la cama. Mi vejiga se lo agradece.

Me deslizo fuera del asiento antes de que se dé cuenta de que el hombro huesudo de su madre no es tan cómodo como el mío.

Las horas que quedan son un intento deliberado de mantener mi mente ocupada y anestesiar mi sentido del tiempo: película de acción, música, avena que sabe a puré con azúcar moreno por encima y conversación con mi vecino, el abraza-hombros, y su madre. Son de Albuquerque. Marian es una agente inmobiliaria que este cuatrimestre ha ganado un viaje a Inglaterra como parte de una competición de ventas regionales de pólizas de seguros de vida. Derrotó por poco al campeón indiscutible de Santa Fe, solo por dos pólizas. Mientras me cuenta su historia original, me los imagino resolviendo la situación a puñetazos al estilo WWE. Estoy seguro de que los hechos, en realidad, no fueron tan brutales, pero cuando usa las palabras «masacre» y «despiadado», mi mente cansada y con ganas de diversión se dispara.

Su hijo, Calvin, el abrazador, tiene catorce años y está obsesionado con Juego de Tronos y el fútbol. Y por fútbol, no quiero decir fútbol americano. Cuando va al baño, su madre me habla de su reciente divorcio y de que Calvin no lo está llevando muy bien. Espera que estas vacaciones les unan. Escucharla compartir estos detalles privados me recuerda que todos tenemos problemas y que hacemos lo posible para resolverlos. Mantener cerca a los que queremos mientras lo estamos pasando como el culo es lo único que

podemos hacer. Disfruto de su compañía y me entristece que solo haya sido así durante la última hora de viaje, porque ha sido casi la única parte emocionante del vuelo.

Las palabras «De parte de la tripulación de British Airways, nos gustaría darles la bienvenida a Manchester» suenan más a «Desabróchate el cinturón, hijo puta con suerte, eres libre», o que me provoca unas ganas tremendas de buscar a la miembro de la tripulación que está hablando para abrazarla, levantarla del suelo y darle vueltas de alegría.

Choco los cinco con el piloto al salir del avión. Avanzo encorvado y cojo de las dos piernas por el pasillo mientras intento deshacerme de la rigidez de los músculos y volver a la postura y a los movimientos naturales, algo imposible durante las últimas quince horas. Él los choca conmigo. Es también un tío grande; creo que lo ha hecho por empatía.

Las aduanas son las aduanas, un proceso lento y tedioso pero necesario.

Para cuando le ponen el sello a mi pasaporte y me liberan en mitad de la civilización, voy trastabillando por el edificio con un ojo medio abierto. Dormir no es solo urgente, sino necesario desde un punto de vista médico. Me alegro de que Gem esté trabajando esta tarde porque así puedo coger un taxi hasta el hotel y dormir unas horas antes de verla esta noche.

Fuera, lueve y el cielo está encapotado, pero mis pulmones están dando saltos de alegría dentro del pecho porque se habían olvidado de qué era el aire fresco.

El taxista es educado, pero no habla mucho y, como mi cerebro está funcionando al mínimo o nada, me alegro de no tener que mantener una conversación durante los treinta minutos de trayecto, porque incluso una charla sin importancia sería una tortura en mi estado.

El Premier Inn es un hotel modesto y acogedor en medio de un pequeño pueblo modesto y acogedor. Hay un restaurante al otro lado de la calle llamado The Beefeater. Parece que voy a tener a mano todo lo que necesite durante los dos días que me quedo aquí.

Natalie, la recepcionista del hotel, es maja. Tiene un acento cerrado y habla muy rápido. Estoy más que acostumbrado al acento de Gem, pero esta mujer me tiene desconcertado. Me encuentro conmocionado y temporalmente alerta. «¿Perdone?» parece ser mi frase preferida. A ella no le importa, lo que me hace pensar que los lugareños tampoco deben de entenderla.

Me da la tarjeta y me siento como Marian en el avión tras ganar la sangrienta batalla contra su enemigo en Santa Fe. Quiero correr por el pasillo con las manos en alto en señal de victoria como Rocky Balboa cuando sube las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia.

Pero no tengo energía.

Así que arrastro los pies. Abro la puerta, dejo la bolsa en el suelo después de dar tres pasos en el interior de la habitación y me dejo caer en la cama. Caigo rendido enseguida. Paso de cero a sueño REM en cinco segundos.

¿Os acordáis de ese momento en que vuestra madre os intentaba despertar cuando erais pequeños, pero estabais cansados y no queríais abrir los ojos, así que os quedabais tumbados como una babosa, esperando a que se fuera; pero la segunda vez que os susurraba «Mijo, hora de levantarse» recordabais que era Navidad y todas las cosas buenas que estaban a punto de ocurrir y saltabais de la cama? Eso es lo que me acaba de suceder. Estoy de rodillas sobre la cama como un puto suricato en alerta roja, buscando la señal que me ha despertado de golpe.

Toc.

Toc.

Dos golpes en la puerta y derrapo por el borde de la cama hasta apoyar los pies en el suelo, aunque no sé si están lo suficientemente despiertos para llevarme hasta la puerta.

Cuando mi mano se encuentra con el pomo de la puerta, me doy cuenta de que probablemente no es Navidad y que es la cara de Natalie la que espero ver al abrirla. Lo admito, no estoy preparado para la dura traducción inglés-inglés para la que mi cerebro no está preparado.



Pero cuando abro la puerta, es Navidad. Es Gem. Y su enorme sonrisa de «me alegro tanto de verte que no puedo reprimir esta megasonrisa».

—¿Gem? —Debería sonar sorprendido, que es lo que estoy, pero sueno áspero.

—Te he despertado, ¿verdad? —me pregunta preocupada.

—No —miento—. Estaba en el baño.

—Te he mandado un mensaje, pero no respondías, así que he pensado en pasarme de camino a casa por si aquí no te funciona el móvil. Me han dado el número de tu habitación en recepción.

—¿Has podido entender a Natalie? —pregunto.

Se echa a reír.

—¿La mujer del mostrador?

Asiento.

—Es una *scouser* —dice como si eso lo explicara todo.

—¿Una qué?

—Es de Liverpool. Su acento es diferente al nuestro. En el norte es así, los acentos varían de una ciudad a otra.

—¿En serio? —Estoy de pie dentro de la habitación. Gem está en el pasillo. Estoy lo suficientemente despierto para darme cuenta de mi mala educación. La cojo de la mano y la abrazo—. Hola —le susurro en la oreja después de besársela—. Creo que no te lo había dicho todavía. El desfase horario es un cabrón de mucho cuidado, estoy bajo su hechizo. No es bonito, lo siento. Además, no me he lavado los dientes desde antes de despegar, lo que parece que pasó hace una década, por lo que te recomiendo que respires por la boca cuando te suelte. Te prometo que resolveré la situación pronto.

En su pecho retumba una carcajada.

—Contendré la respiración hasta que te los laves. Y miraré tu precioso pelo —añade, porque es la primera vez que me ve con él. Me está creciendo muy rápido.

La aprieto contra mí y susurro:

—Eres una verdadera amiga. Gracias por las dos cosas.

La suelto. Corro hasta mi bolsa de viaje, que está en mitad del suelo, y me dirijo directo el baño.

Después de lavarme los dientes, me pongo una camisa limpia y nos vamos al restaurante, al otro lado de la calle. Parece el típico local familiar que encontraríais en Estados Unidos.

Gemma conoce al camarero. Fueron al instituto juntos. Nos presenta. Soy educado, pero de repente estoy muerto de hambre y eso me distrae. Mi última comida real fue hace casi un día. La comida del avión no cuenta, era una pasta sin sabor en porciones pequeñas, seguramente sin calorías ni valor nutricional.

Tras pedir las bebidas y la comida, voy al grano:

—¿Qué tal estás? No lo dulcifiques. Quiero saber la verdad.

Baja los ojos hacia el tenedor que tiene en la mano. Está jugueteando con las puntas distraídamente.

—Estoy asustada. —Aprieta los labios una vez. Es su tic nervioso—. Franco, nunca he sido del tipo de personas que se deja gobernar por el miedo. No suelo dejarme llevar por él porque no es bueno. Pero últimamente estoy muerta de miedo.

Extiendo el brazo sobre la mesa, le quito el tenedor de la mano y lo remplazo por mis dedos.

—Gem, mírame. —Lo hace y, gracias a Dios, no está al borde de las lágrimas. No es ese tipo de miedo. Es un miedo basado en un pensamiento lógico y racional. El tipo de miedo al que te enfrentas, no del que huyes—. No te rindas todavía, pequeña. No te rindas hasta que lo hayas dado todo. Si no te has quedado embarazada de aquí a final de año, entonces te lo replanteas. No quiero decir que la vida sigue porque suena cruel de cojones, pero ya lo resolverás. Eres una mujer tenaz e inteligente que tiene mucho que ofrecer y hay un mundo de posibilidades a tus pies, algunas de las cuales ni siquiera has considerado todavía. Están esperando a que las elijas y las llesves a cabo.

Se muerde el labio inferior y sonrío.

—No sé qué haría sin ti. Y lo siento si soy la reina del reino de las fatalidades, pero ¿qué hago si esta vez no funciona? Te vas de gira en unas semanas. No podremos hacerlo en meses. ¿Sigo la vía médica? Sé que estoy exagerando, pero el reloj mueve las manecillas con tanta fuerza que el ruido me impide pensar. Me pregunto si me acabaré

volviendo loca.

Es tan sincera que duele. No se autocompadece, está intentando hacer lo que es mejor y nadie sabe qué es, ni siquiera ella, porque no tiene una bola de cristal.

—Vamos a pensar en positivo. Esperemos que mi esperma se comporte como un hijo puta agresivo esta noche.

Asiente. Noto que la estoy perdiendo. O que hay algo más que no me está contando.

—Gem, hay algo más que te preocupa. Sé que sí, ¿qué es?

—Esta semana es el cumpleaños de mi madre. Este año me está afectando mucho porque no quiero decepcionarla. —Se le llenan los ojos de lágrimas y su voz se vuelve débil—. Quiero que mire hacia abajo, nos vea a mi hijo y a mí vivir una larga vida juntos y esté orgullosa. Quiero que me vea hacer con mi hijo o hija todas las cosas que ella nunca pudo hacer conmigo.

—Pequeña, tu madre te está cuidando, no tengo la menor duda de eso. Seguro que te señala con el dedo desde algún punto del cielo y presume delante de sus amigos. «¿Veis a esa tía cojonuda? Es mi hija y no podría estar más orgullosa de ella ni aunque lo intentara». No lo hagas por ella ni por su legado, aunque entiendo que te sientas obligada. Hazlo por ti.

—Siempre te intentado satisfacer a los demás, no me gusta fallarle a nadie —admite.

—Eso suena muy estresante. Y cansado de cojones. Y también un poco como si fueras una puta superheroína. No tienes que serlo, Gem. Sé la mejor persona que puedas, sé generosa de espíritu y acciones. Sé agradable. Todo lo demás, déjalo ir. No tienes que contentar a todos. —Entonces me sobreviene un pensamiento, tan fuerte que casi me deja sin aliento—. La primera vez que nos falló lo de quedarte embarazada me dijiste que no querías decepcionarme. No lo estarás haciendo por mí, porque tienes miedo de decir que no, ¿verdad? Me ofrecí a ello porque algo en mi interior me decía que tenía que hacerlo. Eso no significa que tengas que aceptar la oferta. Podías haber dicho que no. Todavía puedes decir que no, Gem. Eso no cambiará lo que siento por ti. Te has convertido rápidamente en

una de mis personas favoritas, eso es así nos acostemos o no.

La sonrisa que me dedica indica que está agradecida por mis palabras y que se va a sincerar.

—Me pilló totalmente por sorpresa cuando me lo ofreciste, tanto que, si no hubiera estado sentada, me hubieran fallado las piernas. Pero dije que sí por egoísmo. Me gustas mucho. Eres un buen hombre, Franco. Mi hijo se parecerá a mí o a su padre, eso es lo que me vino a la mente cuando tomé la decisión. Me pregunté a mí misma si estaría bien que mi hijo se pareciera a ti en algo y no dudé en mi respuesta: «Por supuesto». ¡Por supuesto! —repite con énfasis—. Eso es lo que me hizo decir que sí.

Asiento.

—Genial. —Creo que es el mejor halago que he recibido en mi vida.

Cuando la comida llega, hablamos en profundidad sobre su trabajo y sobre cómo progresa el nuevo proyecto. Algunos de los términos que utiliza no los entiendo, pero se los pregunto.

El regreso al hotel es lento. La cojo de la mano. Tengo sueño. Tiene sueño. Pero estamos los dos tranquilos de momento. Quiero quitarle todo el estrés de encima, incluso si reaparece mañana. Esta noche no tiene cabida en la habitación 111.

## Jueves, 22 de marzo

Cruzo las puertas automáticas del aeropuerto y miro hacia atrás para despedirme de Gemma con la mano. Está de pie en el bordillo, al lado de su Fiat, vestida de manera muy profesional y con estilo. Lleva un elegante pantalón negro, unos zapatos de tacón rojos y una blusa de seda con estampado de leopardo. Pero las lágrimas cayéndole por las mejillas estropean el conjunto. Nuestras últimas dos noches han sido increíbles. Hemos conectado de todas las maneras posibles. Nunca he tenido nada igual con una mujer. No sabía que podía sentirme así de completo.

Suelo salir de cualquier experiencia llevándome solo lo positivo, ya sea algo que he aprendido o algo que me ha cambiado, o incluso algo que he hecho y que no quiero volver a hacer. Intento siempre encontrar el lado bueno de las cosas.

Pero ¿y ahora, al alejarme de ella...? El suelo de piedra bien podría ser de arenas movedizas. El nerviosismo me engulle, se cuela por mis extremidades, en mis órganos, en mi mente y me está haciendo entrar en pánico. Nunca he tenido un ataque de pánico, pero estoy perdiendo el control.

¿Baño? ¿¡Baño!?

¿Dónde coño están los putos baños?

Cuando veo uno, comienzo a trotar. No me funcionan los pulmones. ¿Por qué no me funcionan los pulmones? Jadeo. No puedo respirar.

Abro con fuerza la puerta de uno de los cubículos, la cierro de un portazo, me cubro la cara con los brazos y me inclino sobre la pared

para buscar apoyo. Tapar la luz brillante del fluorescente ayuda, respirar no lo hace. Sigo sintiendo los pulmones bloqueados, cerrados al vacío, sin posibilidades de que entre aire.

Mi subconsciente me susurra: «Vuestra amistad no podrá con esto. No podrá. No la vas a volver a ver».

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

—Cállate.

—¡Cállate!

—¡CÁLLATE!

Sí, lo he dicho en voz alta.

En voz muy alta.

Nunca he tenido un ataque de pánico, no sabía que mi cuerpo y mi mente podían pasar por esto. Al parecer, estaba equivocado, porque esta puta mierda es un círculo vicioso.

Es como una pesadilla que comienza a desaparecer. Estoy de pie, sudando, sintiendo como si, hace solo unos instantes, dos enormes manos hubieran cogido por separado la parte superior y la parte inferior de mi cuerpo y me hubieran retorcido como a un trapo. Estoy agotado, ilógica e inexplicablemente agotado.

Miro la hora en el móvil y sé que necesito correr para facturar y llegar a mi vuelo.

De camino a la salida, me echo un poco de agua en la cara y trato de recobrar la compostura. Cuando me siento en el avión, encajado entre dos tíos de mi tamaño, lo tomo como un mal augurio. Y, durante las siguientes quince horas, estoy jodido.

## Martes, 27 de marzo

¿Habéis pasado por una ruptura y deseado, con toda vuestra alma, que las cosas vuelvan a ser como antes?

Así me siento yo.

No estábamos oficialmente juntos.

No hemos roto.

Hablo con ella todos los días.

Pero algo ha cambiado.

No es cosa mía.

Sé que no lo es.

Algo ocurrió entre nosotros cuando me fui.

## Jueves, 5 de abril

Gem me ha mandado un mensaje esta mañana.

*Mi «primo» ha hecho su visita mensual esta mañana.*

Se me encoge el corazón. No como un globo, sino como una aeronave que cae, luchando contra la gravedad con una fuerza y determinación únicas, pero que termina estrellándose. Le he respondido un «Lo siento mucho, Gem». Quiero escribir algo más. Quiero escribirle una novela entera para consolarla, pero mis dedos no son capaces de pulsar las letras. En lugar de eso, me quedo mirando las palabras en la pantalla de mi móvil durante treinta minutos; su decepción y la mía amontonadas una sobre la otra. Dejo que calen en mis huesos. Luego, me levanto y las llevo conmigo durante el resto del día. La decepción es pesada de cojones, como llevar zapatos de plomo y un traje de hierro.

Comenzamos nuestra gira por América mañana por la mañana. La distracción comienza en veinticuatro horas. Una distracción que solo me ayuda a mí, no a ella. La triste realidad está aquí hoy y seguirá estando allí mañana para ella.

Joder.

Esto duele. Todo lo que quiero es ayudar. Solo ayudar. ¿Por qué coño le cuesta tanto al universo entenderlo? Cuanto más lo intento, peor se siente ella al final.



## Viernes, 6 de abril

El autobús de la gira me ha recogido temprano esta mañana. Había estado esperándolo en el bordillo veinte minutos antes de que llegara, ansioso por escapar, como un fugitivo.

Al levantarme, me he dicho a mí mismo palabras de aliento. «Recupérate. Esta gira es importante y solo pasa una vez en la vida. No puedes fallar a los chicos. Ni a los seguidores». Trato de ser fuerte a pesar del corazón roto, porque es cómo está. Se me rompe el puto corazón por Gem.

Para cuando nos detenemos en casa de Gus, soy un soldado en marcha. Me recuerdo que todavía hay muchas cosas buenas en la vida y que necesito ser fuerte por Gemma. Necesito estar ahí por ella aunque sienta como si mi corazón hubiera pasado por una trituradora de carne. Odio sentirme impotente. Pongo mi mejor sonrisa de «puedo hacerlo» y bajo del autobús para saludar a Gus. Verlo me alivia.

Y así sucede.

Comienza la gira.

## Sábado, 25 de mayo

He estado enviándole mensajes a Gem estas últimas semanas. Memes divertidos. Historias estúpidas. No son cosas distintas a las que le enviaba antes del colapso en el aeropuerto de Manchester, pero son demasiadas. Lo estoy forzando, no es que no lo haga de corazón, pero lo estoy forzando. Nunca he sido así. Mis amistades siempre han sido fáciles, relajadas. Ahí es donde brilla la sinceridad. Pero no puedo detenerme, siento el impulso de calmarla, de hacerla feliz, de hacer que todo le vaya mejor.

Cada vez que le doy a «enviar», se me encoge el estómago y pienso: «Esta va a ser la vez que te descubra, la vez que se pregunte si has perdido la cabeza, la vez que sea demasiado y se aleje».

Pero lo envío de todas maneras, contengo la respiración y confío que todo salga bien.

## Miércoles, 13 de junio

Esta gira está siendo agotadora.

Vivir en el bus está siendo agotador.

Pero me sigue encantando tocar cada noche.

Tocar la batería siempre será mi vía de escape.

Durante noventa minutos, cada veinticuatro horas, me evado de mis pensamientos. O me sumerjo en ellos tan profundamente que nada me puede encontrar ahí. De cualquier manera, es perfecto.

## Sábado, 23 de junio

Esta noche hemos tocado en Grant, un tributo a nuestra amiga Kate.

El padre de Gus ha volado desde Boston para tocar el violín con nosotros en el escenario.

La noche ha sido mágica.

La experiencia me ha sentado como un bofetón en la cara. Una llamada de atención. Si quiero que las cosas dejen de estar raras con Gem, tengo que dejar de comportarme de manera extraña.

Camino hacia el bus después de darme una ducha y desenchufo el móvil del cargador para marcar su número y arreglarlo.

Pero no lo hago.

Porque hay un mensaje suyo.

Un mensaje del que no la puedo culpar.

Un mensaje que espero de verdad que funcione.

Un mensaje que es, seguramente, mejor para los dos.

*Tengo una cita con el doctor el próximo lunes para la inseminación artificial. Te escribo con lágrimas en los ojos. Lo siento, Franco. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Esto no tiene que ver contigo, me estoy quedando sin tiempo. No me odies, por favor.*

Pero duele.

Siento su dolor en todas y cada una de esas putas palabras.

Y, escondido en lo más profundo del pesar que siento por ella, está mi egoísmo y mi dolor injustificado.

Sé que no se está acostando con nadie más.  
Pero se me ha escapado entre los dedos.  
Podría perseguirla.  
Podría suplicarle que lo pensara de nuevo.  
Podría suplicarle que lo intentara conmigo cuando llegáramos a Europa.

Seguramente lo haría.

Pero la cuestión es que yo no sabría si ella lo hace para que no me sienta culpable o porque ella así lo desea.

Joder, esto es una putada.

Quiero.

Que.

Me.

Quiera.

Como.

Yo.

La.

Quiero.

A.

Ella.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Y este cambio? ¿Cuándo he pasado a pensar en nosotros, en vez de en ella?

Primero escribo:

*Nunca podría odiarte.*

Es verdad. Es la pura verdad.

Luego escribo las palabras que me perseguirán de por vida. Lo sé porque, tan pronto como las envío, me arrepiento por no haber luchado por nosotros:

*Buena suerte.*

No me contesta.

**Martes, 26 de junio**

**D**urante días no me escribe.  
Y yo a ella tampoco.

## Miércoles, 27 de junio

Gus asoma la cabeza desde la litera que está sobre la mía. Mueve los labios, pero no puedo escucharle por encima de la música que berrea en mis oídos y mima mi corazón roto.

Me quito un casco para volver al mundo exterior.

—¿Qué?

—He dicho que qué pasa, caraculo. —Joder, es su voz de «compartir es vivir». He intentado mantener esta «ruptura que no es una ruptura porque nunca hemos estado juntos» en secreto.

Lo miro y veo cómo su cara se convierte en un tomate por toda la sangre que le sube a la cabeza.

—Nada. ¿Por?

Su cara desaparece, pero solo unos segundos. Se deja caer en el suelo, a mi lado. Deja el codo sobre su colchón, apoyado cómodamente, mientras me mira con esos ojos intensos de cojones que ven a través de cualquier mierda.

—Tío, llevas escuchando a James Bay en bucle durante cuatro días. —Lo dice como si eso lo explicara todo.

Lo explica todo, por lo que evito el contacto visual cuando respondo:

—No es verdad.

—Sí, sí lo es. Lo oigo. Mira, no tenemos que hablarlo, pero te juro por Dios que como vuelva a escuchar *Need The Sun To Break* una vez más, voy a llamar a Gemma.

Suspiro.

—Es una situación demasiado complicada para superarla. —Es mi

explicación.

Una explicación que no acepta. No pestañea.

—¿Y cómo estás?

Me quito el otro casco y los tiro en la cama.

—Jodido.

Sigue sin pestañear, lo que comienza a asustarme.

—James Bay no va a arreglar que estés jodido. Pero tú sí puedes arreglarlo.

Suelto una carcajada que no suena para nada divertida.

—Hay demasiada mierda en su vida. Vive al otro lado del puto océano. No es tan simple.

Finalmente pestañea, varias veces. Me está estudiando.

—Nada por lo que no valga la pena luchar lo es, tío. La quieres, sé que es así.

Asiento.

—Sí. Era «La chica».

—Es.

—¿Es qué?

—Es «La chica» —aclara—. No intentes usar la lógica en este caso, tío. Lo estás pensando demasiado. Para, es un rollo.

Joder, odio cuando tiene razón.

—Lo pienso mucho y me complico la vida porque es así cómo maduro. Es indispensable. Si no, el caos se haría con la situación y me levantaría un día en Perú, criando alpacas y vendiendo su lana para comprar cerveza o alguna mierda de esas.

Vuelve a pestañear, desconcertado por las gilipolleces que le estoy soltando.

—Estuve increíblemente jodido en su momento y nunca me planteé lo de Perú y las alpacas y la cerveza, aunque la verdad es que no suena mal.

Ignoro sus burlas.

—Vive en Inglaterra. Yo, en San Diego. —Lo digo como si eso lo explicara todo.

—Exacto. No es como si viviera en Marte, tío. Es el siglo XXI. Existe esa magia llamada teléfono y avión, que hace que el contacto sea



posible cuando la distancia se interpone. —Arqueo las cejas y me toma el pelo—: Hostia puta, son mágicos.

Resoplo porque no quiero sonreír. Quiero a James Bay dándome serenatas como un hijo puta con el corazón roto para poder autocompadecerme. Entonces, le pregunto:

—Si tú fueras yo y Scout fuera Gemma, ¿qué harías?

—Scout está en San Diego. —Echa un vistazo a su alrededor como si estuviera buscando algo importante y me vuelve a mirar a los ojos—. Estoy en...

Como se va apagando, completo su frase:

—Massachusetts.

—Massachusetts —repite asintiendo, dándome las gracias por la ayuda—. La distancia es una cabrona muy mala, no voy a fingir que no lo es, pero te digo una cosa: oír su voz por teléfono cada mañana me alegra los días. No puedo imaginar mi vida sin ella. —Sonríe como hace siempre que piensa en Scout, contento y seguro—. Veo dos caminos ante ti. Uno acaba contigo y con Gemma juntos y felices. Encontrarás la manera de hacer que eso ocurra, porque eres encantador e ingenioso y toda esa mierda. El otro termina contigo viejo y solo, rodeado por una docena de gatos callejeros que controlan tu vida. No me malinterpretes, Costillas es maja de cojones y controla mi vida... —Luego, añade dudoso—: Pero no creo que esa vida esté hecha para ti. Llámala.

Llegamos a nuestro destino dos horas después. Tras una rápida operación matemática mental para calcular la diferencia horaria, deduzco que en Manchester deben de ser las ocho de la tarde. Después de convencerme a mí mismo varias veces de que debo hacer la llamada, salgo del autobús, camino unos veinte pasos por el callejón que hay detrás del centro en el que tocamos esta noche, como si necesitara estar completamente solo para hacerla, y marco el número de Gemma.

La conexión se retrasa, pero cuando suena el pitido, estoy a punto de cortar la llamada. Estoy sudando, aunque está lloviendo y el viento es frío y cortante. Mi corazón late como si estuviera

rebelándose en mi pecho.

Un pitido.

Brota en mí una esperanza muerta de miedo.

Dos pitidos.

Tres pitidos.

La esperanza muerta de miedo se tambalea.

Cuatro pitidos.

Cinco pitidos.

La esperanza muerta de miedo se extingue.

Y termino la llamada sin estar seguro de si tengo más miedo a que conteste o a que me ignore. ¿Por qué cojones serán tan frágiles los putos sentimientos?

Apago el móvil, lo meto en el bolsillo y completo la vuelta alrededor del edificio antes de volver al autobús y ponerme a escuchar *Need The Sun To Break* por quincuagésima vez.

## Viernes, 29 de junio

El vuelo a Londres desde Filadelfia tarda solo siete horas y media. Siete horas y media en primera clase son una delicia. Paso el noventa por ciento del vuelo durmiendo. Debería haber aprovechado todos los servicios que ofrece la primera clase, pero la gira comienza a hacer estragos en mí. Nunca he dormido bien en la carretera y han pasado semanas desde la última noche que descansé de verdad.

A la salida de aduanas, encontramos a un tío trajeado que lleva un cartel en el que está escrito el nombre de nuestro representante. Nos monta en el autobús y nos lleva de Heathrow al O2 Arena, al sureste de Londres.

El tiempo es gris, lluvioso y fresco, a pesar de ser verano. Me recuerda al día que llegué a Manchester para visitar a Gemma hace unos meses.

La prueba de sonido es rutinaria. Tras repetirla todas las noches durante los últimos meses, podemos hacerla con los ojos cerrados.

El concierto es fantástico. Los fans europeos son distintos a los americanos. Nunca diría que unos son mejores que otros, pero el contraste es refrescante. Creo que nos ha dado a todos un impulso que no sabíamos que necesitábamos, pero que ha marcado la diferencia en la energía que ponemos en el concierto.

Los fans han sido intensos.

Nosotros lo hemos sido aún más. La combinación perfecta.

Firmamos algunos autógrafos para los vips después del concierto y Gus, Jamie y Robbie deciden que están demasiado emocionados para volver al autobús y que van a ir a un pub cercano. Me apunto...

hasta que Gus me lleva a un lado y me dice que se ha dejado el móvil cargando en el bus y que si se lo puedo coger mientras va a al baño, para que así podamos irnos antes. Cuando abro la puerta trasera del local, está lloviendo. Un puto aguacero. Corro cagándome en Gus mientras me empapo. Me paro en la puerta.

El corazón se me para.

Todo se para.

Gemma está de pie, calada hasta los huesos, al lado del autobús.

Llamo a la puerta y el conductor me abre rápidamente. Cuando entramos, él se sale. ¡Qué oportuno! También me doy cuenta de que el teléfono de Gus no está enchufado al cargador. Me han tendido una trampa.

—Hola, Gem —susurro. Es todo lo que me permite la sorpresa.

—Buenas, Franco —murmura como contestación.

—¿Esto lo ha preparado Gus? —le pregunto.

—Y Scout.

Mueve la cabeza afirmativamente.

Asiento. Estar de pie, tan cerca de ella, es genial y horrible a la vez. Genial porque la quiero y sería muy fácil decírselo ahora mismo. Y horrible porque sé que no lo voy a hacer que esto es una despedida. Tiene que serlo. Necesita pasar página.

—¿Franco?

Sé que me está mirando, pero yo tengo la vista clavada en el suelo hasta que cierro los ojos y me niego a abrirlos. La incomodidad se agita sobre nuestras cabezas como una nube negra y tormentosa. El cambio desde la última vez que estuvimos juntos es evidente.

—¿Sí?

Soy un chico intuitivo y tengo el estómago encogido, preparado para oír las palabras demoledoras que no podemos seguir ignorando.

—No se me da bien esto, pero creo que tenemos que...

—Hace una pausa, pero deja la frase incompleta cuando habla de nuevo—. Se me rompe el corazón. —Sus palabras le duelen tanto como a mí, lo veo.

Abro los ojos y la miro, pero inmediatamente quiero mirar hacia otro lado. Tiene los párpados y los labios apretados, intentando

reprimir sus sentimientos. Caen. Se le filtran lágrimas enormes por el rabillo del ojo y su expresión de dolor me dice que su alma se está filtrando junto a ellas. No quiero ser yo el que lo diga, pero se me escapa:

—Vamos a acabar con todo esta noche, ¿verdad, Gem?

Quiero arrancar las palabras del aire y tragármelas para esconderlas en un lugar donde ni nuestros corazones ni nuestras mentes las encuentren. Pero no puedo. La realidad es una mierda.

Suelta un sollozo, confirmación de que todas las cosas buenas se tienen que terminar. Y me mata, por muchas razones. Joder, me mata. Tiro de ella hacia mí. Esconde la cara en mi pecho y se aferra a él como si no quisiera dejarme ir. Y llora. Lloro por el luto de estos últimos meses: las risas, la compañía, la amistad, la intimidad. No porque se arrepienta, sino porque está agradecida y no quiere tirar la toalla, aunque sea raro o no hayamos hablado en una semana.

Lo sé porque me siento igual.

En algún momento, sus lágrimas se unen las mías. En silencio, un futuro imposible con ella se y desaparece de nosotros como el humo.

Es una despedida.

Una puta y triste despedida.

La cojo de la barbilla y me encuentro con sus ojos preciosos, nublados y rotos por dentro. Me acaricia la mejilla una vez y no puedo evitar presionarla contra la calidez de su mano. ¿Cómo es posible que, por un momento, el contacto pueda parecer permanente, aunque sea efímero? La seguiré sintiendo, como un fantasma, mucho después de que se haya ido.

Las lágrimas caen como un río y ella mueve la cabeza, rechazando desafiante todo lo que existe excepto nosotros, como si nuestra temporalidad fuera eterna.

La detengo con un beso, porque el contacto físico es la única manera que tenemos en este momento de transmitir lo que sentimos. Nos olvidamos de las palabras; las palabras solo lo empeorarían todo.

La emoción ha agudizado todos mis sentidos.

Sus labios son suaves, muy suaves, y tiemblan contra los míos.

La mezcla de nuestras lágrimas sabe salada.

Todo lo que escucho es su tristeza y las inhalaciones profundas que alimentan sus lágrimas.

Huele tan jodidamente bien, por y para siempre a Gemma.

Abro los ojos y, aunque esté llorando, o quizás por eso, es la mujer más preciosa que he visto nunca. La vulnerabilidad abre el corazón y el suyo es tan grande como radiante. Brilla de dentro hacia fuera.

Tengo tanta suerte.

Tenemos tanta suerte.

Hasta el momento en que salga por la puerta, vamos a disfrutarlo.

La llevo a la parte trasera del autobús. Nos quitamos la ropa. Y nos subimos a la cama.

La tumbo sobre su espalda y me subo encima. Comienza nuestra última conversación.

Nuestros cuerpos tienen mucho que decir.

El contacto físico empieza como un susurro. Labios peleándose, lenguas rozándose, dedos avanzando con sigilo. Los susurros comienzan a subir de volumen cuando nuestras lenguas chocan y nuestras caderas se aprietan.

Antes de que nos demos cuenta, nuestros cuerpos gritan uno por encima del otro. Es demasiado y, a la vez, no, es suficiente. Joder, necesito aliviarme. Me coloco entre sus piernas. Presto especial atención a sus pechos; tengo cada uno en una mano. Mi lengua, en su boca, en su cuello, en cualquier sitio al que pueda llegar. Mi erección está pegada a ella, un roce mínimo es el paraíso. Pero cuando me rodea con las piernas y hace que entre dentro de ella, os juro que veo las estrellas. El gemido que se nos escapa a los dos es gutural. El placer nunca ha sonado tan jodidamente bien. El placer nunca ha estado tan jodidamente bien. Piel con piel. Joder, no quiero que se acabe nunca.

Dejo que me mate.

Dejo que ella me mate.

Y pronto, muy pronto, grita, sin palabras, porque nuestros cuerpos siguen llevando todo el peso de la conversación. Son solo

sonidos. Los sonidos más sensuales que una mujer haya producido nunca se escapan del beso de sus labios mientras estalla debajo de mí.

Es lo único que hace falta. Exploto dentro de ella.

Es mía.

En este momento, es mía.

Las imágenes, sin ser invitadas, comienzan a aparecer en mi mente.

La veo caminar hacia mí por un pasillo con un vestido largo y blanco de encaje. Hacernos viejos juntos.

E, igual de rápido, esa vida perfecta desaparece y se convierte en nada cuando la escucho romper a llorar.

Se acabó.

Ya no es mía.

La beso con suavidad en la frente, reprimiendo las lágrimas, y salgo de ella. Veo cómo va de la cama al baño.

Me siento adormecido cuando escucho el grifo abrirse.

Adormecido mientras me visto.

Adormecido mientras la veo vestirse.

Adormecido mientras nos observamos por última vez. Miradas vacías que se absorben la una a la otra, sin pestañear. Un choque tierno y catastrófico.

Adormecido cuando la llevo al coche.

Adormecido cuando la aprieto contra el pecho y le ato la parte trasera del jersey.

Adormecido cuando nos besamos.

Y nos besamos.

Y nos besamos.

Tras alejarse y abrir la puerta del coche, levanta la mano en un intento de despedida.

Yo también levanto la mano.

La manera en que nos despedimos es una mierda porque duele.

Nuestro «adiós» es una mierda porque duele.

No hemos hablado, excepto por lo que dijimos cuando nos vimos al principio, y creo que se termina así.

Así se termina.

«Vamos a acabar con todo esta noche, ¿verdad?» ha sido lo último que le he dicho.

Era una pregunta, pero en realidad no lo era... hasta que contesta mientras sube al coche:

—No quiero. En serio, no quiero. Pero sí, yanqui, acabamos con todo hoy. No quiero ser una carga. —Lo dice con las mejillas empapadas por las lágrimas y se va.

Y, de repente, ya no estoy adormecido.

Pero ojalá lo estuviera.

Porque todo esto duele de cojones.

Grito «¡No lo eres!», pero el coche ya ha salido del aparcamiento.



## Sábado, 30 de junio

Todos los «debería» me están destrozando hoy. Como si fueran el puto Increíble Hulk; me están dejando en la mierda.

Debería haberla parado. No lo hice.

Debería haberle dicho cómo me sentía. No lo hice.

Debería haberle preguntado si estaba embarazada, si el proceso había ido bien. No lo hice.

Debería haber hecho muchas cosas. No las hice.

## Lunes, 20 de agosto

Gus y yo estamos sentados en una mesa en la terraza de una cafetería en París. Tocamos esta noche, pero se está demasiado a gusto para estar dentro, así que hemos dado un paseo cerca de Notre Dame y ahora estamos tomándonos un café y poniéndonos hasta el culo de dulces. De todos los dulces. Nos relajamos, la calma antes de la tormenta.

Gus tiene las Ray-Ban puestas, por lo que no puedo verle los ojos, pero sé que me miran con intensidad y que se está preparando para una charla íntima.

—Tío, ¿qué pasó con Gemma? Sabes que no me gusta cotillear, pero esta mierda necesita mi intervención.

Me encojo de hombros.

—No lo sé, la verdad. Se lió. Se suponía que no iba a ser un lío, ¿sabes? —Es una pregunta sin referencias, porque no tiene ni idea de lo que Gemma y yo acordamos o de lo que estábamos haciendo.

Intenta seguirme sin entrometerse.

—La vida es un lío de cojones. Ya lo sabes, tío.

Le doy un muerdo enorme a una delicia de hojaldre rellena de almendras y hablo mientras mastico.

—Lo sé, pero esto es distinto. Estuvimos juntos en Los Ángeles, se suponía que se acababa ahí. Pero, cuando volvimos a casa, decidimos que todo el rollo de la amistad era necesario. —Me miro en el reflejo de sus lentes negras; parezco increíblemente confuso—. Es genial, Gus. Toda ella estaba hecha para mí. En ese momento debería haberme sabido controlar, pero no lo hice. Di un paso

adelante y nuestra amistad tomó un camino inesperado, porque quería más. El camino por el que nos he guiado ha resultado ser más intenso de lo que ninguno de los dos esperábamos. Demasiadas variables. Demasiadas emociones. Demasiadas posibilidades de fracaso. Está hecha un lío. Creía que podía ayudarle, pero creo que la agobié. Y, mientras la agobiaba con mis buenas intenciones, me enamoré de ella. Eso tampoco tenía que pasar.

—¿Le dijiste que la querías? —pregunta. No es que Gus no tenga el corazón más dulce que conozco, pero, hace un año, no habiéramos tenido esta conversación. El amor lo ha cambiado, lo ha hecho más accesible.

Niego con la cabeza.

—No, eso lo hubiera empeorado todo. No necesita algo así ahora mismo. Esta mierda de situación se hubiera transformado en un puto desastre de los grandes.

—La vida es tan complicada como tú quieras hacerla. Sé que es un consejo de mierda viniendo de mí, porque hace un tiempo cagarla se convirtió en mi misión, pero no desperdiciaría esta oportunidad con ella, tío. No lo hagas —dice tajante.

—No lo entiendes.

Se quita las gafas de sol y las deja sobre la mesa, entre nosotros. Tiene esos ojos que quieren decir «eres un fanfarrón».

—¿En serio, tío? Scout y yo tenemos tantas mierdas entre nosotros que no tiene ni gracia. Pero ¿sabes qué? No importa. Cuando vienen malos tiempos, luchamos. Y cuando vienen buenos, los disfrutamos. Cometí el error de no decirle a la chica a la que amaba cómo me sentía. Créeme si te digo que nunca volveré a cometer ese error.

—¿Y si le digo que la quiero y se vuelve a ir?

—Entonces, no te arrepentirás nunca de haberlo dicho y no te preguntarás qué hubiera ocurrido. Pero eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Scout. —Espero a que continúe, porque su respuesta no tiene ningún sentido—. Al parecer, Scout y Gemma hablan casi todos los días.

Levanto la cabeza de golpe. Ha captado mi interés.

—Scout y yo estuvimos hablando un buen rato anoche sobre vosotros dos. No sabemos los detalles de lo que pasa, porque sois ambiguos de cojones. La ambigüedad jode porque soy tu mejor amigo y todo eso, pero respeto tu privacidad. Sin embargo, puedes quedarte tranquilo porque Gemma se siente igual que tú. Está asumiendo toda la culpa, exactamente igual que tú. No estoy diciendo que no haya mucha mierda de por medio, pero todo iría mucho mejor si dejarais la culpa de lado, os sincerarais el uno con el otro y tuvierais un romance de puta madre. Le gustas, tío. Ser tu padrino está en mi lista de cosas por hacer. El chaqué me va quedaría jodidamente bien.

—¿Crees que me quiere?

—A menos que tenga por costumbre mentirle a su nueva mejor amiga, afirmativo.

Entonces me sobrevienen las dudas.

—Nunca se mudaría a Estados Unidos. Tiene un trabajo genial y su padre y...

Me interrumpe.

—Te lo digo de nuevo: usa las palabras —me aconseja con lentitud, abriendo los ojos para que lo asimile—. Habla con ella. Pregúntale. No asumas. Las suposiciones son el puto anticristo y solo conducen al desastre, al menos esa ha sido mi experiencia. Son unas liantas de mucho cuidado, no resuelven los problemas.

—Cierto.

Algo importante sobre lo que reflexionar.

## Jueves, 23 de agosto

La gira se terminó anoche. La siguieron una cena de celebración y unas copas para concluir estos cinco meses. No podría estar más orgulloso de ser parte de esta banda ni aunque lo intentara.

Dejaron abierto el restaurante una hora más solo para nosotros. Y las pintas de cerveza siguieron rulando. Esta mañana, de camino al aeropuerto nos pesa el culo. Incluso la nube gris y espesa que nos cubre es demasiado brillante para nosotros. Todos llevamos gafas de sol y me doy cuenta de que ninguno hacemos el esfuerzo de quitárnoslas cuando entramos en la terminal. Parece ser que tenemos una gigantesca resaca común.

Estoy de pie, detrás de Gus, bostezando con tanta fuerza que tengo miedo de que se me desenganje la mandíbula. Jamie y Robbie están frente a él, trasteando con el móvil. Se requiere demasiada concentración para pulsar los botones en el mío; me duele la cabeza solo de pensarlo.

El único pensamiento que sigue viniéndome a la mente es Gemma. Volar a casa es como huir de ella, abandonarla.

Tomo una decisión.

Le doy una palmadita a Gus en el brazo y hago un gesto con el pulgar por encima del hombro.

—Tengo que ir a Manchester y decirle a alguien que la quiero antes de volver a casa. —Tres pares de orejas me están prestando atención—. Que tengáis un buen viaje, nenazas.

Gus sonrío.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Cuando no tenga nada de lo que arrepentirme.

—Buena respuesta, caraculo.

—Gracias, pichafloja.

Choco los nudillos con todos ellos y salgo de la cola. Busco el mostrador de servicio al cliente de KLM para cambiar el vuelo. Me sorprende que intercambiar billetes sea tan fácil. Lo que no me sorprende tanto es que no lo sea esperar seis horas hasta que salga el vuelo. No obstante, para cuando embarco, la resaca ha desaparecido y vuelvo a ser persona.

Son casi las seis cuando el taxi me deja frente la casa de Gemma. Tiene alquilada una habitación a una amiga en una pequeña casa adosada con dos dormitorios, justo en el centro del pueblo. Baldosas en la entrada y flores en el macetero, de bajo las ventanas. Es pintoresca y parece una toma perfecta sacada de una película.

Contemplo la posibilidad de decirle al taxista que me espere por si no está en casa, pero luego me digo «que le den», le pago y me embalo hacia la puerta de entrada, decidido a sentarme en el porche la noche entera si es necesario.

Llamar a la puerta desata todo lo demás, tengo los nervios a flor de piel. El crujido del picaporte me lleva al límite. Pero cuando la puerta se abre, aparece una morena de cincuenta años. Conocí a su compañera de piso, Adelaine, cuando la visité en primavera. No era la mujer más maja del mundo. Es la primera persona que he conocido en mis veintiséis años de vida que se ha ganado el título de cascarrabias. Dudo que se acuerde de mí... hasta que me interrumpe antes de que pueda presentarme y me sorprende, diciendo:

—Gemma todavía no ha llegado del trabajo. —Supongo que sí se acuerda.

—¿Le importa si me siento en sus escaleras a esperarla? —le pregunto con educación. Esta mujer me da un poco de miedo. Gem me dijo que Adelaine ladraba y mordía con la mayoría de la gente, excepto con ella. Me muestro un poco receloso porque yo no soy Gem.

Asiente sin remordimiento.

—Sí, me importa. —Mueve la cabeza para indicarme que me vaya

—. Hay un parque al final de la calle. Lleva tu culo hasta allí y apárcalo en la valla.

La sutileza y el tacto no son lo suyo.

—Lo haré —respondo y me dirijo hacia las escaleras con la bolsa al hombro. Me parece más pesada ahora, tras ser rechazado por la cascarrabias.

Pasa una hora.

Pasan dos horas.

El sol se está poniendo cuando veo la luz de los faros al final de Cross Road dirigiéndose hacia mí. Cuando se para frente a la casa de Gem, me levanto y comienzo a andar. Una figura emerge de la parte derecha del coche y comienzo a trotar. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para ver su rubio rojizo iluminado por la luz del porche, corro como Usain Bolt. Como estoy armando más jaleo que un puto caballo corriendo por la acera, se gira hacia mí antes de abrir la puerta.

Hay demasiada oscuridad ya, por lo que no creo que pueda verme corriendo hacia ella, pero se queda parada. Cuando giro y comienzo a subir sus escaleras, la luz del porche me ilumina y nuestros ojos se encuentran.

Estoy seguro de que todo a nuestro alrededor se detiene... o deja de existir.

He recorrido todo este camino con una única misión. Decidido. Esta es la parte en la que debería decir algo, algo de corazón, o incluso algo divertido para comenzar. Algo. Pero verla me ha paralizado y me ha robado las palabras. Quiero quedarme aquí, de pie, el resto de mi vida, y mirarla.

Me detengo un escalón por debajo de ella y nos quedamos cara a cara.

—Gem.

Es lo único que se le ha ocurrido a mi mente brillante.

—Franco.

Está sorprendida.

—Pasaba por aquí —digo en un intento de decir algo trivial hasta que mi cerebro se recupere.

—¿En serio? —No me cree, lo noto en su tono de voz.

—No, es mentira. La gira se ha terminado y he cancelado mi vuelo a casa. He comprado otro billete para venir aquí... Necesitaba verte.

Desvía la mirada de mis ojos, como si fueran demasiado pesados como para sostenerlos. Niega con la cabeza y su expresión refleja una verdad innegable.

—No podemos seguir haciendo esto, Franco. Mi corazón no lo puede aguantar, en serio. Está hecho pedazos.

Igual que el mío.

—Gem...

Me interrumpe.

—Déjame decir esto antes de que empiece a llorar. —Demasiado tarde, las lágrimas ya le empapan las mejillas—. Tengo ya cita para la histerectomía. Quizá tenía expectativas demasiado irreales, pero la decepción mensual ha sido un rival al que había infravalorado mucho. Es una bestia que me hace pedazos y me deja cada vez con menos fuerzas en el alma. Ahora les tengo mayor respeto a las mujeres que luchan contra la infertilidad. Son unas guerreras, Franco, con una fortaleza de acero. Querer un crío con tantas ganas y no ser capaz de quedar embarazada es un castigo, como si el universo te negara el valor de ser madre. Es un puto infierno. Si le añadimos el miedo a que mi útero sea una bomba a punto de explotar, es demasiado. No soporta la decepción cuando el miedo se une a ella como conspirador.

«Cuando seáis mayores, podréis ser lo que queráis, hacer lo que queráis», nos decía mi madre cuando éramos unos críos. Verla romperse delante de mí me hace comprender que no era cierto. Yo lo he intentado. Ella lo ha intentado. Nosotros lo hemos intentado. No he podido hacer lo que quería. No hemos podido hacer lo que ella quería.

—Gem...

Las lágrimas crean ríos de rímel en su cara.

—Necesito terminar mientras todavía puedo hablar —balbucea tras respirar profundamente—. No pude seguir con el proceso de inseminación hace unos meses. Supongo que te lo estabas



preguntando.

—¿Por qué no?

—Porque no eras tú —susurra—. Gracias por todo lo que has intentado hacer por mí, Franco. Nunca he conocido a nadie tan altruista. Eres el mejor hombre que he conocido. Sé que dije que me arrepentiría si no intentaba quedarme embarazada, pero ahora mi mayor arrepentimiento es haber perdido al mejor amigo que he tenido.

—No me has perdido. Estoy aquí. No me voy a ningún sitio.

Y ahí se acaba la conversación.

Mi mano se desliza debajo su pelo y acoge con delicadeza su cuello, movida por el instinto. Gemma pestañea ante el contacto mientras la aprieto contra mí. Es aquí donde debemos estar. Nosotros. Dos humanos que coinciden. Dar. Tomar. Ser.

Durante varios minutos, respiramos el uno junto al otro. Su barbilla apoyada sobre mi hombro, la mía en el suyo. Pechos subiendo y bajando a la vez. No quiero dejarla ir. No puedo. No lo haré. Lo que se está creando en mi interior es muy intenso, como una vibración, y no sé cómo soltarlo. Es el momento de sacarlo todo fuera.

—Te quiero, Gem. —Me echo hacia atrás y tomo su cara entre mis manos—. Joder, te quiero.

Parece sorprendida. No como un ciervo deslumbrado por los faros delanteros, sino como si le hubieran dicho algo que creía que era imposible.

—Por favor, di algo, Gem. Cuanto más tiempo pasa sin que respondas a mi declaración, más ganas tengo de vomitar en el macetero.

—¿Me quieres? —murmura.

—Muchísimo.

Está intentando contener un sollozo, y las comisuras de los labios luchan por elevarse. Sus emociones están claramente batallando por salir de ella. Deja de intentar sonreír y coge aire de manera irregular para calmarse. Tengo sus mejillas entre las manos y siento cómo se relajan los músculos de la cara.

—Yo también te quiero, yanqui, pero...

En mi interior se cuele el alivio.

—Sin peros. Sé que tenemos que resolver un montón de problemas, lo sé. Iremos poco a poco. Soy un hombre paciente, pequeña.

—¡Ya lo creo! ¿Cómo vamos a hacer que esto funcione?

Solo tengo una respuesta para eso:

—¿Cómo no va a funcionar?

Sonríe cuando, por fin, nuestros labios se tocan. ¿Su sonrisa presionada contra la mía? No creo que haya sentido algo tan perfecto en mi vida. La impresión de su felicidad en mis labios lo es todo.

Finalmente, tras lo que parecen horas de besos que necesitamos y deseamos para reconfortar el alma, entramos dentro. Pasamos al lado de Adelaine, sentada en el sofá, que nos saluda con la cabeza en señal de aprobación. Aunque todavía tiene una expresión agria, parece que se ha diluido un poco.

—Creo que me odia —le susurro a Gemma en la oreja mientras subimos a su habitación.

—Te odia menos que a la mayoría, considérate halagado. —Esa sensación solo puede consolarme esta noche.

—¿También la has conocido a través de Craiglist? —le pregunto.

Intenta no echarse a reír.

—No, es la tía de una compañera de trabajo. Ha pasado por un divorcio desagradable y necesitaba una compañera de piso. No le gustan mucho los hombres.

Hago una mueca.

—Lo he notado.

Dentro de su habitación, se pone el pijama de Bieber. Yo me quedo en calzoncillos antes de sacar un pantalón de baloncesto de la bolsa y ponérmelo. Apagamos la luz y nos metemos en la cama. Queda implícito que es como si empezáramos de nuevo, así que el sexo es impensable. Esperaré una eternidad si hace falta.

Soy suyo para que confíe en mí, se desahogue, comparta las alegrías, crezca, descubra sus puntos fuertes, luche contra sus vulnerabilidades, ría, llore, ame y sea amada.

Soy suyo.

Se acurruca contra mí. Es distinto a las otras veces en las que nos hemos abrazado así. Es mi otra mitad. Por primera vez en mi vida, entiendo qué es estar incuestionablemente completo. Y me doy cuenta de que la idea de que mi corazón late solo por mí es mentira. Late por los dos.

## Viernes, 24 de agosto

Sé que Gem quiere tratar todos los temas a fondo, ponerlos sobre la mesa. Le recuerdo que tenemos tiempo. Roma no se construyó en un día. Nuestro futuro, tampoco.

Nuestro futuro es seguro.

Eso es todo lo que necesito.

Todo lo que necesitamos.

Lo primero es que pase por esta operación. La histerectomía salva vidas, que es lo que nos interesa, pero también anuncia el final de un sueño. Un sueño personal muy profundo por el que ha llorado mes tras mes durante medio año. Su pena me destroza; nadie quiere ver mal a la persona que ama, pero yo también la siento. Durante los últimos meses, he soñado a menudo con una niña de grandes ojos azules y rizos negros. Era la imagen más angelical que mi subconsciente ha podido crear. Me despertaba de cada sueño con un sentimiento de alegría que no se puede expresar con palabras. Era una afirmación o una confirmación. Algo extraño, pero a la vez algo que esperaba con todo mi alma, porque me llenaba de un modo que no sabía que existía. En resumen, Gem y yo hemos llorado por el niño que nunca tendremos juntos. Codo con codo. Lágrima con lágrima.

## Jueves, 30 de agosto

Llevo aquí una semana. Gem y yo lo hemos hablado y me voy el lunes a casa para pasar allí unos días y asegurarme de que mi casa sigue en pie y que mi familia no ha presentado una denuncia por desaparición.

La compañera de piso de Gem, Adelaine, aunque parezca increíble, es civilizada. Asombroso. Me esperaba una hostilidad implacable, creía que, después de una semana en casa, la bienvenida habría acabado. Pero esta mañana, después de que Gem se fuera a trabajar, estaba en la cocina comiendo cereales e intentando no hacer ruido y pasar desapercibido —algo duro para un tío que mide casi dos metros y pesa más de noventa kilos (los chicos de mi tamaño no suelen fundirse con el paisaje)— cuando Adelaine se ha sentado a la pequeña mesa esmaltada y puso las manos sobre el respaldo de una de las sillas que había frente a mí. Me ha sostenido la mirada antes de hablar para asegurarse de que había captado mi atención. Comienzo a pensar que es una especie de agente del Servicio de Inteligencia Británico, porque controla todas las tácticas de intimidación. He dejado la cuchara en el bol de Kellogg's y le he dedicado toda mi atención. Entonces, ha sonreído.

¡Ha sonreído!

Era una sonrisa torcida, supongo que por haberla utilizado poco y por la falta de práctica. Pero con ella ha pasado de ser una persona por la que te cambiarías de acera a alguien a quien saludarías.

—Eres un buen chico para Gemma. Es como una hija para mí. No la cagues o te cortaré las pelotas mientras estés durmiendo y se las

daré de comer a los gatos del vecindario.

Perdonadme, pero vuelvo a cambiarme de acera. Aunque esta vez saludo de lejos con una mano mientras me protejo los huevos con la otra.

—Mmm... ¿Gracias? —¿Eso era un halago?

—De nada —ha dicho, aún mostrando su sonrisa torcida.

Al parecer, los halagos de Adelaine son de tipo siniestro. Gracias a Dios, se ha dado la vuelta sobre sus talones y se ha dirigido a la puerta para coger el bus—. Que tengas un buen día, Franco.

—Tú también —he susurrado. Tengo problemas para elevar el volumen cuando mis bolas han sido amenazadas por la versión femenina de James Bond.

Los días se me hacen largos mientras Gemma está en el trabajo, pero encuentro cosas con las que mantenerme ocupado: caminar por el pueblo, hablar por teléfono con mi madre, Julián, Gus, Jamie o Robbie, leer algo de su biblioteca, hacer Skype con P. A. S. para darle mi opinión sobre un proyecto en el que está trabajando, golpear las baquetas sobre cualquier cosa durante horas... Si mantengo las manos y la mente ocupadas, no hay problemas.

Gemma tiene cita para hacerse la histerectomía en dos semanas. Es una fecha que tengo grabada en el cerebro. Mi mundo entero orbita a su alrededor y todo lo que existe lo hace en relación a eso. Para ella, es igual.

Quiero deshacerme del estrés, aunque sea por unas horas, por lo que en la cena le sugiero:

—Deja que te lleve a algún sitio este fin de semana.

Sonríe.

—Te estás aburriendo de estar en mi casa, ¿no?

—Adelaine me ha amenazado esta mañana con cortarme los huevos y convertirlos en comida para gatos, pero creo que lo hacía con buenas intenciones, si eso es posible —añado cuando Gemma hace una mueca—. No, es solo que, como me voy unos días, quiero...

—Me encojo de hombros—. No sé, quiero llevarte a algún sitio relajante este fin de semana. ¿Dónde quieres ir?

Se lo piensa mientras come del plato con *curry*.

—¿Qué tal Chester?

—¿Chester? —repito.

Asiente.

—Es un pueblo antiguo y encantador que no decepciona. No está muy lejos.

—Hecho.

Cuando sonrío, es la primera vez que veo una pizca de la antigua Gemma despreocupada, la que conocí en Los Ángeles. Es como si, por un momento, el estrés se evaporara. Es lo mejor que podía desear.

## Sábado, 1 de septiembre

Chester es un pueblo antiguo y encantador, como me había dicho. Parece sacado de un libro infantil.

El hotel que he reservado por Internet es increíble. Nuestra habitación tiene un balcón con vistas al río, como en una postal. Después de hacer el registro y dejar las bolsas, nos aventuramos a salir.

El sol brilla con fuerza y no hay ni una nube en el cielo, algo poco común en Inglaterra. He aprendido rápido que los ingleses no lo dan por hecho. Todo el mundo habla de eso. «Bonito día, ¿eh?» o «El tiempo lo está petando hoy» o «El sol es precioso». Me gusta que se le tenga cariño a un día soleado. Apremiar las pequeñas cosas es algo que nos hace más humanos, hay tanta felicidad inmaculada en ese gesto... El mundo sería un lugar mejor si la gente se volviera loca por cosas como un día soleado.

Nos tomamos el día entero con calma, lo necesitamos los dos. Bajar el ritmo te proporciona tiempo para recargar las pilas, reflexionar y evaluar. Paseamos por el pueblo y paramos en varias tiendas, incluyendo una de sombreros. Por fin veo un tocado en su hábitat natural. Gem se compra uno y parece majestuosa con él puesto, como si fuera de la realeza. Me compro una boina como la de Cillian Murphy en la serie *Peaky Blinders*, no porque me quede bien, sino porque estoy obsesionado con esa serie y me siento el puto amo con ella puesta. Punto para mí.

Después de comprar, nos dirigimos hacia una vieja iglesia en la que hay una cetrería. La cetrería es una novedad para mí. Tienen y



cuidan a unas dos docenas de gavilanes, halcones y búhos. Era un crío la última vez que me puse un guante de cuero grueso para sostener a un halcón en el antebrazo. Me siento como un domador de bestias. Gemma se queda aturdida de cojones cuando le dejan hacer lo mismo con un búho blanco como la nieve. Le hago fotos mientras posa con él. Dice que se siente como Harry Potter. La alegría en su cara y su enorme sonrisa son inocentes, puras. Esa es una de mis cosas favoritas de Gemma; no esconde sus emociones. Ya sean buenas o malas, ella las vive, se enfrenta a ellas, las acepta y las siente en lo más profundo. Es una de las razones por las que su carisma es como la estrella polar; Sutil, pero de una fuerza indiscutible. Es una mujer realmente cercana y simpática. Lo que ves es lo que hay, y la gente lo nota. Me encanta.

Después de la cetrería, pasamos a un estudio de tatuajes y, espontáneamente, decido hacerme un piercing en la nariz porque llevo años pensándolo. Gem, a pesar de ponerse tan pálida que temo que aya a desmayarse al ver la aguja, se hace uno en el trago.

Cuando terminemos de añadir un agujero extra a nuestras cabezas, el sol ya está bajo en el cielo y decidimos que es hora de cenar.

—¿Qué te apetece? —le pregunto mientras caminamos por la acera cogidos de la mano.

—Busquemos un pub. Después de sobrevivir al trauma de la aguja, podría tomarme una pinta o dos y una hamburguesa con *chips*. No puedo dejar de sonreírle.

—Perfecto. Llámame raro, pero yo prefiero patatas fritas.

Me da un codazo por meterme con ella y luego traspasamos una puerta que se encuentra bajo un letrero en el que se puede leer: «The Pied Bull».

El olor a fritura y a cerveza hacen que me sienta como en casa.

Estamos metidos de lleno en la primera pinta cuando Gem decide ponerse seria.

—He estado pensando en ti muchísimo esta semana, Franco.

—Como para no hacerlo, he invadido tu vida y tu casa como un elefante en una chatarrería —la pico.

Me sonrío con alegría.

—Eso me gusta bastante. Despertarme a tu lado cada mañana es mi parte favorita del día.

Levanto el vaso.

—Brindo por despertarme al lado de esta cara bonita.

Hace chocar su vaso contra el mío.

—Brindo por levantarme a tu lado y al lado de tus casi dos metros de gloria.

Le guiño un ojo. No nos hemos acostado desde que estoy aquí. Creo que los dos sabemos que se necesita una progresión natural para empezar de nuevo. Pero no puedo negar que su flirteo hace que mis partes se estremezcan.

—Tienes que irte a San Diego. Tu trabajo está allí. Tu familia está allí. Tus amigos están allí. Tu vida está allí.

Niego con la cabeza para hacerle entender que puede dejar la lista a un lado.

—Algunas partes de mi vida están ahí, pero la parte más importante está sentada frente a mí.

—No quiero que tengas que elegir entre el resto de cosas y yo.

—Haré que funcione. Como Gus me recordó, vivimos en la era de las tecnologías mágicas y los viajes en avión, lo que hace que la distancia sea menos mierda.

No me va a apartar de su lado.

—Creo que tengo una solución que sería más simple.

—Soy todo oídos.

—He estado hablando con mis contactos del proyecto de Los Ángeles esta semana, retomando la relación. Me han redirigido a varias firmas arquitectónicas de San Diego. —No puedo reprimir la sonrisa que se extiende por mi cara—. Las he buscado y parece que podría encajar en dos de ellas. Tienen una reputación increíble y están llevando a cabo proyectos innovadores que supondrían un reto para mí. La primera me rechazó; es un estudio pequeño y no tienen vacantes. Pero la otra parece encantada de que me vaya con ellos. Tendría que empezar desde el principio...

La interrumpo, no para discutir por esto, sino para hacer de

policía malo porque no quiero que haga algo por mí que vaya en contra de sus sueños.

—Has trabajado muy duro para llegar donde estás. Serás socia dentro de poco. Esto te llevaría a años atrás.

—Franco, he aprendido una cosa este año. Me encanta mi profesión y es algo que quiero hacer el resto de mi vida, pero la puedo ejercer en cualquier sitio. Mi mente y mi creatividad vienen conmigo allá donde vaya. —Me señala—. Mi corazón, sin embargo, irá donde tú vayas. No me apetece estar lejos de él ni de ti. Me han ofrecido un puesto para empezar dentro de tres meses. Empezaría con una visa de trabajo de un año mientras resuelven lo de mi permiso de residencia. —Me mira como si acabara de hacerme una pregunta.

Supongo que, en el fondo, sí la ha hecho, pero lo único que quiero es levantarme de la mesa y gritar lo mucho que quiero a esta mujer. En lugar de eso, le pregunto:

—¿Qué les has dicho?

Contengo la respiración.

—Les he dicho que necesitaba el fin de semana para pensármelo. ¿Tú qué opinas? —me dice, nerviosa de repente.

—¿Eso es lo que quieres?

Tengo que preguntar, porque mi parte egoísta quiere gritar: «¡Sí, por favor! Vayámonos a casa y hagamos las maletas». Y eso sería muy desconsiderado, porque va a sacrificar su vida entera por mí. Eso es mucho.

Asiente con expresión resuelta.

—Clarísimamente, yanqui.

Otra alternativa más antes de que empiece a celebrarlo.

—¿Sabes que me puedo mudar aquí por ti? Si quieres quedarte, haré que funcione.

—No. —La manera en que lo dice me deja claro que lo ha pensado mucho.

Esbozo una sonrisa gigante, levanto las manos por encima de la cabeza e intento moderar mi volumen de voz hasta un nivel aceptable. La cerveza y mi entusiasmo lo hacen difícil.

—Joder, ¡sí! Gem va a ser californiana.

Me mira, radiante.

—Eso me alivia, Franco. Me siento como si me hubieras quitado un gran peso de encima. He sido un poco plasta, pero, como te he dicho, me encanta levantarme a tu lado por las mañanas. Y tu cama es bastante cómoda...

La interrumpo porque me está preguntando si puede mudarse conmigo.

—Mi casa es tu casa, Gem. Me gusta más cuando estás en ella.

Me sonrío.

—Gracias.

Comemos mientras hablamos de su padre, su familia y sus amigos. Quiero estar seguro de que, lejos de ellos, va a estar bien. Sé que ya ha vivido un año en Estados Unidos y que sabe lo que se va a encontrar, pero necesito preguntárselo. También hablamos sobre sus pertenencias y el coche. Va a venderlo y se traerá todo lo demás, sobre todo la ropa y unos cuantos objetos personales, como las fotos de familia.

La hamburguesa con patatas es probablemente la mejor que he comido. No sé si mi estado de ánimo actual y toda la cerveza que tengo en el organismo influyen en mi opinión, pero mi estómago está en la gloria.

Gemma se termina la segunda pinta cuando yo voy a empezar la cuarta. La cerveza es fuerte y los párpados empiezan a cerrársele de una manera adorable. Yo, por mi parte, me siento un poco mareado.

Nos sumergimos en una conversación tranquila. Tras dejar a un lado lo de la mudanza, somos solo dos amigos hablando. Y riéndose, porque es nuestra especialidad. Joder, echaba mucho de menos esto. Ver a Gemma quitarse el rímel que se le ha corrido bajo los ojos por las lágrimas de felicidad, junto a su enorme sonrisa y sus carcajadas, es extrañamente una de las cosas más satisfactorias que he visto u oído. Cada vez que esto ocurre, siento que estamos más unidos. La risa crea lazos y cura como ninguna otra cosa.

El camino de vuelta al hotel es largo. Le doy un paseo a caballito durante varias manzanas hasta que me susurra en el oído:

—Franco, ¿puedes parar y bajarme, por favor? Hay algo que tengo que hacer.

Me agacho y le suelto las piernas para que pueda bajarse. Me giro cuando sus pies tocan el suelo. No pierde el tiempo; me coge la cara entre las manos y guía mi boca hasta la suya. A pesar de la manera en que me coge las mejillas, el beso es dulce, muy dulce y es seguido por otro. Y otro.

Me lleva unos segundos recordar que, aunque me encanta lo que me hace con la boca, hay más en ella que se puede tocar. Más en ella que necesita que lo toquen. Mis brazos la rodean y encuentro su espalda con las manos. Una se desliza bajo el pelo hasta rozar la piel de su nuca. La otra se dirige hacia abajo, demasiado abajo.

Los besos se intensifican. Al principio, estamos en tensión, pero no pasa mucho tiempo hasta que invadimos la boca del otro, desesperados por conectar.

Se echa hacia atrás y me sonrío. Todo en mi interior se ilumina. Es uno de esos momentos en la vida en los que te das cuenta—claramente y sin lugar a dudas de qué es la felicidad.

Poco a poco, nuestras sonrisas desaparecen, cambiándose por deseo, lo que me sigue haciendo increíblemente feliz, pero es duro sonreír cuando la necesidad empapa cada célula de mi cuerpo. Joder, esta mujer sabe ponerme a cien. Con una mano todavía en el cuello, le agarro el culo con la otra con bastante agresividad, algo de lo que soy totalmente consciente a nivel físico y que decido ignorar a nivel «estás en público y la gente está mirando».

Sus palabras me detienen en medio de mi toqueteo.

—Te echo una carrera hasta la habitación del hotel. El que se desnude primero, gana.

Corro con su mano en la mía, rezando por estar yendo en la dirección correcta. El vestíbulo está vacío cuando entramos. Lo recorremos a una velocidad extraña, porque los dos estamos intentando actuar como adultos y evitar la carrera cachonda hasta el ascensor. Pero, tras presionar el botón de llamada, me doy cuenta de que estamos perdiendo unos segundos preciosos en los que mi boca podría estar sobre la suya y rectifico mi error de juicio.

Susurra entre besos:

—Echaba de menos esto.

El timbre que indica la apertura de puertas señala el final de la primera ronda de besos y nos metemos dentro para ir a por la segunda.

Cuando el ascensor nos deja en la tercera planta, conseguimos guiarnos a duras penas por el pasillo. Es un esfuerzo en equipo, como una carrera de tres piernas, excepto porque somos dos cuerpos unidos como si fuéramos uno desde la boca hasta los pies. No nos separamos, así que es un camino lento que incluye choques contra paredes y tambaleos. De vez en cuando, abro un ojo para ver el número de habitación y, cuando aparece el correcto, empujo a Gem contra la puerta para abrirla. Tropezamos juntos, pero la entrada abrupta y el empujón siguiente nos separan.

Respira profundamente, animando a sus pulmones a que cumplan con la petición que se les ha hecho. ¿Y yo? Yo me estoy quitando la camiseta por encima de la cabeza y dándole una patada a las Vans. Cuando me desabrocho el botón de los pantalones, la falta de movimiento delante de mí hace que me centre en ella. Sigue totalmente vestida. Me mira con ojos llenos de cariño y deseo.

—Creía que era una carrera. Date prisa, vaga, que te estoy ganando.

Se quita las zapatillas con estampado de leopardo y estas salen volando por la habitación, de manera descuidada y *sexy*. Me mira mientras me desabrocho la cremallera del pantalón, me lo bajo a la vez que los calzoncillos y me los quito. La sonrisa en su cara es malvada, con los ojos pegados a mi virilidad, lista y preparada para darnos caña.

—Joder, gano igual.

Levanta los ojos para encontrarse con los míos con lentitud mientras se quita los vaqueros y las bragas.

Le ayudo con los botones de la camisa.

Luego, le ayudo a desabrocharse el sujetador.

Luego, me ayudo a colarme... en su interior.

La carrera ha terminado.

Nos movemos con lentitud. Dos amantes reconociéndose con la curiosidad y la atención de dos extraños que se encuentran por primera vez.

Y por segunda.

Y por tercera.

Le digo que la quiero.

Y se lo vuelvo a decir.

Y otra vez.

Hasta que pierdo la cuenta.

Me dice que me quiere.

Una y otra vez.

Hasta que pierdo la cuenta.

El amor en todo su esplendor, promesas hechas de carne y hueso, palabras e intenciones.

Esta ha sido nuestra noche.

Este es nuestro futuro.

Joder, amo a esta mujer.

## Miércoles, 12 de septiembre

Las últimas dos semanas han sido un jaleo. El viaje a San Diego fue productivo. Mi casa sigue en pie. Y me puse al día con Gus. Le encantó la idea y me respondió: «Te lo dije» de tres a diez veces. También se lo conté a mi madre y a mi padre y les comenté que Gemma se venía a vivir conmigo. A mamá le encantó casi me levanta del suelo al abrazarme.

Llevo en Inglaterra una semana y siento que Gem está cada día un poco más tensa. El paso de las horas y la operación cada vez más cerca la sacan de quicio. Es increíblemente fuerte y habla de eso cuando lo necesita, por lo que no se le queda encerrado dentro ni explota. Anoche lloró. Se me rompió el corazón, porque no podía hacer nada más que abrazarla.

La operación está planeada para mañana por la mañana. Hoy hemos ido a la consulta del doctor. Ya le han hecho todos los análisis de sangre, pruebas y comprobaciones necesarias. La cuenta atrás está en marcha. Me siento mareado e impotente.

Gemma ha apagado el teléfono cuando hemos salido de la clínica. Está acallando todo y a todos para prepararse para esto.

Hemos cenado con su padre. Es piloto, por lo que no está mucho en casa, pero ha pedido algunos días de permiso por la operación. Es un hombre callado y estoico al que le gusta tener privacidad. Un hombre de pocas palabras y poca emoción, pero quiere a su hija más que a nada en el mundo, lo veo en la manera en que la mira. Es la misma manera en que nos miran mis padres a mí y a mis hermanos. Su cariño es real, sincero y eterno. Me alegro de que siempre le haya



tenido en su vida.

Cuando volvemos a casa, preparo un baño caliente para los dos para ayudarlo a relajarse. Se sienta entre mis piernas, con la espalda sobre mi pecho. No hablamos. Se queda dormida, vencida por el agotamiento mental. Cuando el agua se enfría, la despierto con suavidad, la seco y le ayudo a meterse en la cama.

Cuando se gira para dormir a mi lado, rezo. Llevo años sin rezar, pero esta noche rezo con toda mi alma. Saber que la aflicción está a punto de sobrepasar a la persona que más quiero y que no puedo hacer nada para evitarlo es horrible. Quiero ponerme de pie, delante de Gem, y protegerla de todo lo malo que hay en el mundo, pero no puedo. Contra esto, no. Así que rezo.

## Jueves, 13 de septiembre

La mañana ha sido extrañamente tranquila. Nos hemos vestido, hemos cogido la bolsa que preparó ayer y hemos ido al hospital.

El olor a hospital me provoca náuseas y, dado que ya estaba algo revuelto, me encuentro bastante mal cuando se llevan a Gemma al preoperatorio. La beso y le digo que nos veremos dentro de unos minutos, porque nos han prometido que podré verla antes de que la seden.

Hay revistas en la mesa de al lado. Mi móvil está en el bolsillo. Pero nada me ofrece la distracción que necesito, así que me levanto y comienzo a andar por el pasillo, no tan lejos como para que no me encuentren cuando salgan a buscarme, pero sí lo suficiente para estirar las piernas. Cuando regreso, comienzo de nuevo; es mi manera de controlar los nervios. Paseo de un lado a otro del pasillo y vuelvo.

Otra vez.

Otra vez.

Cuando llego al final del pasillo, veo abierta la puerta por la que ha pasado Gem. Empiezo a caminar más rápido de forma instintiva. Cuando veo su pelo rubio rojizo, acelero el paso. Está vestida, sujetando la bolsa, y parece sorprendida.

Cuando estoy a unos pasos, me sonrío y me quedo de piedra. Es una sonrisa apagada, el miedo o la sorpresa se mezcla con el entusiasmo o la felicidad. No sé qué pasa, pero me está poniendo nervioso.

—¿Gem?

Coge aire de forma exagerada y su sonrisa se hace más grande. La fuerza, como si intentara no llorar. Entonces mueve las manos y los hombros, ahuyentando los nervios o abrazándose, no sé qué es.

—¿Qué pasa? —susurro.

Escudriñar todas las contradicciones de la escena no es algo que mi cerebro pueda hacer ahora mismo. Necesito respuestas para encontrarle sentido.

Le tiemblan los labios, pero la alegría que hay en ella está claramente desbancando a la sorpresa y a la presión. Está creciendo a una velocidad alarmante.

Doy dos pasos hacia ella, con lentitud a pesar de la urgencia. Sus ojos siguen fijos en los míos y, en el momento en que entro en su espacio personal, se tira encima de mí sin decir una palabra. Me siento tranquilo. Consolado. Seguro. En paz. Amado. Necesitado. Querido. Y sé, sin duda, que es mía y que yo soy suyo. Lo que sea que me va a decir, nos hará más fuertes.

—Estamos embarazados. —Es la declaración más dulce y suave de un sueño hecho realidad que he escuchado.

Me han sorprendido en la vida.

He sido feliz.

He estado agradecido.

He estado maravillado.

He estado enamorado.

Pero nada ha sido como esto.

Nunca he sentido todas esas emociones a la vez.

—¿Estás embarazada? —pregunto.

Asiente, con lágrimas cayéndole por las mejillas hacia su enorme sonrisa, y lo repite con más fuerza:

—Estamos embarazados.

La sorpresa hace que relaje y la levanto del suelo mientras grito:

—¡Hostia, vamos a tener un bebé!

Gemma se ríe en mis brazos y ni siquiera me manda callar.

Sí lo hace una enfermera que pasa a nuestro lado.

Gem llama a su padre y le cuenta brevemente lo que ha ocurrido para que no venga al hospital. Él hace algunas preguntas, pero ella le

asegura que todo va bien. Después, nos dirigimos a casa. El camino de vuelta lo hacemos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Siempre me ha gustado planificar las cosas, intentar hacer todo en el orden correcto, en el momento correcto. Me enorgullecía de ser responsable y metódico. Pero cuando conocí a Gemma, el guion salió volando por la ventana. He corrido riesgos por ella, con ella, que no hubiera considerado correr por nadie más ni en un millón de años. Supongo que cuando encuentras a la persona correcta, no hay reglas. Te las inventas según pasa la vida.

Al llegar a casa, no hay nadie. Adelaine está en el trabajo. Sigo a Gem escaleras arriba para que se pueda quitar la triste ropa de «voy al hospital a operarme de algo que no quiero». Cuando se ha quitado todo menos el sujetador y las bragas, la detengo y me arrodillo frente a ella, con las manos en su cadera, y la beso bajo el ombligo.

—No puedo creer que mi panecillo se esté haciendo en tu horno.

Pasa los dedos por mi pelo y levanto la barbilla para encontrarme con la sonrisa que sé que me va a recibir.

—Es una analogía preciosa. Un pequeño Franco o una pequeña Gemma en forma de panecillo.

Gemma es oficialmente el ser humano más feliz que he conocido.

—Es un panecillo llamado Gemma —anuncio.

—¿Crees que es una chica?

Es una corazonada, quizá porque he soñado con ella muchas veces. Me inclino sobre los talones y la miro, asintiendo todo el rato.

—Es una niña —afirmo.

Es verdad.

Una bebé.

Una bebé de la que ya estoy enamorado.

Joder, amo a Gemma.

Entonces me invaden muchos pensamientos a la vez...

Tengo que comprar una batería para niños.

*Decorando Con Capullos* va a tener que ponerse manos a la obra para convertir la habitación de sobra en un cuarto para niños.

Me pregunto si Gem comerá pepinillos con helado.

«Rebel» es un buen nombre de chica.

Que le den a los monovolúmenes, dan pena.

Gus va a ser un padrino genial.

—Cásate conmigo. —Es la única idea de mi irregular torrente de pensamientos que verbalizo porque es la única que puedo hacer realidad en este momento. Y estoy tan emocionado que necesito acción. Necesito algo que haga avanzar a nuestra familia. No hay tiempo que perder cuando se trata de ella.

Me mira, sorprendida.

—¿Eso ha sido una pregunta? —Lo dice porque lo que he soltado parecía más una afirmación que una pregunta.

Asiento y le sonrío con timidez.

—Perdóname, mis modales son una mierda cuando estoy contento. Sé que es repentino, pero, de verdad, tendría que haberte pedido matrimonio la noche que nos conocimos en el LOL. Eres algo importante, Gem. Y quiero involucrarme en ello. De por vida. ¿Quieres casarte conmigo?

Se inclina y me quita la camiseta. Al parecer, vamos a hablar sobre esto con palabras y acciones.

—No tenemos que hacerlo de la manera tradicional. Quiero decir, me mudo a América para estar contigo y vamos a tener un bebé. No quiero que te sientas obligado a casarte. Seguimos siendo una familia, aunque no tenga un anillo en el dedo.

Sigo su ejemplo poniéndome de pie y quitándome los vaqueros mientras continúa el debate.

—¿Y si estoy de acuerdo con la manera tradicional? ¿Y si la tradición y la idea de casarme contigo hacen que mi puto mundo gire?

Sonríe ante mi elección de palabras, pero sé que siente el amor que hay tras ellas.

—¿El yanqui quiere casarse?

—Solo contigo —digo con seriedad.

Por segunda vez ese día, lágrimas de felicidad brotan de sus ojos.

—Solo contigo —repite con dulzura en voz baja—. Casémonos.

Traza la forma de sus brazos con la yema de los dedos, desde sus muñecas hasta sus hombros. Se le ponen los pelos de punta. Me

encanta.

—Te quiero, Gem —susurro porque, de repente, la habitación está demasiado silenciosa, en paz, y no quiero molestar. Quiero vivir así con ella.

Me da un tierno beso en el pecho y habla contra mi piel.

—Yo también te quiero. —Sus palabras me calientan por dentro cuando se asientan en mí.

Alcanzo la parte trasera del sujetador y lo desabrocho antes de deslizárselo por los brazos. Mis labios quieren probar su cuello. Le echo el pelo a un lado y se lo sujeto en lo alto de la cabeza. Le recorro ligeramente la piel con la lengua y suspira.

—Vamos a consumir la parte sexual de nuestro compromiso.

Con los labios abiertos, le beso la piel en el punto en el que su cuello se convierte en su hombro, a lo que le siguen de un mordisco y un pico para calmar el dolor. Estoy moviéndome para quedarme detrás de ella. Le estoy trazando un camino de placer con la boca.

—Se suponía que teníamos que consumir nuestro matrimonio. — Sus palabras suenan débiles, sin respiración.

Con las manos en sus caderas, meto los pulgares en sus bragas mientras mi boca continúa devorándola.

—Yo voto por que, de ahora en adelante, lo consumemos todo.

—Perfecto —gime.

La punta de mi lengua se desliza por su espina dorsal y, cuando llego a la parte baja de su espalda, sus bragas comienzan a descender.

—Las cosas grandes. —Un beso en la piel recién expuesta mientras la tela cae por sus nalgas—. Y las cosas pequeñas —digo con los dientes pegados al muslo, antes de morderla con suavidad—. Consumemos todas esas cosas.

Dejo caer las bragas, que caen desde sus rodillas hasta rodear sus pies. No pierde el tiempo en salir de ellas.

En unos segundos, ya me ha quitado la ropa interior y estamos enredados en la cama. Dos cuerpos creando fricción, intercambiando promesas, dando amor.

Estamos hechos para hacer esto, Gemma y yo.

Lo hicimos, consumamos la parte sexual de nuestro compromiso.  
Durante horas.  
Luego, abracé a mis chicas mientras dormían.

## Domingo, 26 de mayo

### Cuatro años después

—Papá, ¿la abuela María va a hacer tamales para mi fiesta?

—me pregunta Rebel mientras me lavo los dientes.

Asiento, contestándole a través del espejo.

Sonríe ampliamente, con la misma sonrisa que su madre. Nuestra pequeña también tiene sus enormes ojos azul zafiro, su buen corazón y su capacidad de ser amiga de cualquiera. Levanta algo por encima de la cabeza para que pueda verlo.

—Voy a llevarle esto a Gus. La venganza será mía. —A continuación, le da un ataque de risa. ¿He mencionado que tiene mi sentido del humor?

Levanto la mano mientras escupo la pasta de dientes en el lavabo para que me choque los cinco.

—Perfecto, Rebel. Le distraeré para que puedas poner en marcha la operación «cojín de pedos».

Lo aprieta con entusiasmo, lo que provoca un sonoro pedo. Nos reímos los dos. Definitivamente, es hija mía.

—Súbete, cumpleañosera. Deja que te peine mientras mamá termina de prepararte el asqueroso puré de guisantes. —Digo la última parte muy alto para que lo escuche Gem.

—Te he oído —grita Gem desde la cocina.

Cocina que te cagas, pero nunca he sido capaz de soportar un bol de guisantes. Rebel y Gem nunca se cansan de ellos, así que les hago pasar un mal rato.



—El puré de guisantes de mamá con mucha sal y mucho vinagre es lo mejor del mundo —afirma Rebel mientras le ayudo a subirse a la repisa del baño.

Se sienta con las piernas cruzadas y la espalda hacia mí.

Sus largos y oscuros rizos están revueltos tras haber dormido toda la noche. Mientras trato de domarlos con un cepillo, le pregunto:

—Creía que tu guitarra era lo mejor del mundo.

Asiente a través del espejo con seriedad. Luego, reconsidera su afirmación:

—El puré de guisantes es la mejor comida del mundo. —Duda—. Y los tamales de la tía María. Y las magdalenas de la tía Audrey. — Rebel ha adoptado a la madre de Gus como su segunda abuela—. Y las galletas con doble relleno de chocolate de tía Scout. —Gus y Scout son sus padrinos, pero a veces los llama tía Scout y tío Gus—. La guitarra es el mejor instrumento. —Su guitarra está diseñada a pequeña escala para sus pequeñas manos.

Cuando comienzo a trenzarle el pelo, me meto con ella de manera juguetona:

—Yo creía que la batería era el mejor instrumento.

—La batería es el mejor para Kate y para ti. Para Gus y para mí, la guitarra es el mejor.

La hija pequeña de Gus y Scout, Kate, tiene solo cuatro meses menos que Rebel y son inseparables. Se han pasado horas y horas en los ensayos de la banda y nos han visto tocar en concierto una docena de veces en sus cuatro años llenos de acción. Rebel siempre ha querido tocar la guitarra como Gus, y Kate siempre ha querido tocar la batería como yo. Bromeamos sobre que nos cambiaron a las niñas a mitad de camino, pero me encanta que ambas tengan sus propios gustos y personalidad. Su hijo pequeño, Gracen, tiene casi tres años y no le interesa la música, pero no se le puede sacar del agua. En unos años, saldrá a surfear con nosotros. El chaval es atlético de cojones.

—Cierto, el mundo necesita guitarristas y baterías. ¿Quién va a tocar el bajo?

—La nueva hermanita de Kate y Gracen va a ser nuestro bajo.

Scout sale de cuentas en tres meses. Es una niña. Rebel podría tener razón.

Le ato la trenza con una goma del pelo.

—Es bastante probable, chavalina.

Gira sobre sus rodillas para mirarme.

—Y Stella canta. Tiene una voz preciosa.

Stella es la sobrina de Gus. Es unos años mayor que Rebel y Kate y la adoran. Es una cría muy buena.

—Es verdad. ¿Cómo vais a llamar a la banda?

Me coge la mano derecha y traza con el dedo las letras de su nombre tatuado en mis nudillos. En la izquierda, tengo el de Gemma.

—«Mejores Que Papá Noel» —dice sin pensárselo dos veces.

Me echo a reír, porque es un dicho que utiliza Gem a veces cuando algo es increíblemente magnífico.

—Perfecto. Es sutil y desprende humildad. Me gusta.

A nuestra pequeña nunca le va a faltar confianza.

Asiente, me choca los nudillos y se baja de un salto.

—Gracias, papá.

—De nada, hija.

Caminamos hacia la cocina donde, Gem está machacando los guisantes asquerosos. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza en un moño despeinado. Se ha pasado toda la mañana cocinando para la fiesta de cumpleaños de Rebel. Envuelvo su cintura con mis brazos y le beso la nuca. No puedo resistirlo y le susurro al oído:

—Hemos tenido una personita fantástica.

—Es verdad —dice. Su voz desprende alegría. Esta mujer es la mejor madre y la mejor esposa que existe—. ¿Te puedes creer que ya tenga cuatro años?

—No. Tenemos que ver cómo paramos el carro o se graduará y se irá de fiesta con Mejores Que Papá Noel el año que viene.

—¿Mejores Que Papá Noel? —Se echa a reír—. ¿Debería preguntar?

—Es la futura banda de Rebel, Kate, Stella y la pequeña Hawthorne —le informo con la cara más seria que consigo poner, porque, de verdad, nada me haría más feliz que eso se convirtiera en

realidad—. Julián se lo va a tatuar por su cumpleaños.

—Por favor, dime que lo va a añadir al de los ponis de la espalda.

Rebel está obsesionada con los tatuajes y comenzó a pedirnos uno cuando tenía dos años. Sus ideas cambian constantemente, pero está enamorada de la idea de cubrirse la espalda de ponis color pastel. Mi hermano Julián le hizo el diseño la semana pasada como regalo de cumpleaños adelantado para que lo colguemos en la pared.

—«Mejores Que Papá Noel» en letras *Old English* en los hombros con los ponis debajo sería épico —la animo.

Deja la cuchara en el bol y se gira entre mis brazos para mirarme.

—Épico —afirma con una sonrisa.

La beso y, cuando me separo de ella, sé exactamente qué está pensando, porque lo tiene escrito en la cara. Lo decimos a la vez.

—¡Qué Dios bendiga a los capullos!

Es nuestra oda a cuando nos vimos por primera vez y al destino o al azar o a lo que coño haya intervenido mágicamente para que hayamos acabado juntos. Si su cita a ciegas en el LOL no hubiera sido un tipo tan gilipollas, lo nuestro nunca hubiera ocurrido. Así que, cada vez que tenemos que dar las gracias por nuestra familia y por nosotros, decimos eso. Porque es volver al punto de partida.

¡Que Dios bendiga a los capullos!

## Agradecimientos

Hay tantas personas a las que dar las gracias... Me encanta esta parte porque puedo soltar todo el amor y el aprecio que siento por los que me han acompañado en este viaje junto a Franco.

El primer gracias va dirigido a ti. Sí, a TI. De todos los libros que había por leer, el mío ha tenido el honor de haber sido tu elección. Gracias. Gracias. Gracias. TODAS mis gracias son para ti.

Y ahora, una historia. Hace dos años, Totally Booked publicó un artículo precioso sobre *Bright Side* en Facebook (gracias, Jenny y Gitte). Y Gemma, una pequeña rubia rojiza salvaje del norte de Inglaterra, obsesionada con *You Me At Six*, el estampado de leopardo y la ginebra, comentó en él. Una amistad inmediata y fuerte surgió entre nosotras. Este libro es un homenaje a esa amistad y a una de las mejores personas que he conocido. Y, aunque la historia sea ficticia, Gemma no lo es. Gracias, mi Jama, por ser mi mejor amiga. Gracias por enseñarme la que se convertiría mi música favorita, por escucharme cuando necesito vomitar gilipolleces, por hacerme reír hasta llorar, por enviarme fotos de chicos guapos cuando necesito inspiración (y también cuando no la necesito), por compartir tu hermosa familia con la mía (porque el amor fraternal lo es todo, igual que Lola), por enseñarme a maquillarme, por regalarme pijamas de Bieber, por descubrir a Pedro entre la multitud, por enseñarme palabras británicas graciosas, por probar el aguacate y la zarzaparrilla aunque pienses que son asquerosos, por ayudarme a ser mejor persona y por venir conmigo a la puta Casa Bonita Frozen Strawberry Margarita Mixer. Eres un cielo de persona. Levanto mi

chupito de Jäger y brindo por ti. ¡Salud! Te quiero.

Mis borradores siempre son... bastante farragosos. Superfarragosos. Gracias a Lindsey Burdick, Amy Donnelly, Allison Dunning, Gemma Hitchen, Colleen Hoover y Janet Wallace por leer un boceto (e ignorar que no ponga una coma ni para salvarme la vida) con apertura de miras y ofrecerme críticas constructivas. Vuestra mirada atenta, vuestro talento, vuestra sinceridad, vuestro preciado tiempo y vuestros corazones enormes lo son todo para mí y este libro es mejor gracias a vosotras. Gracias por vuestra amistad. Os quiero.

Amy Donnelly de *Alchemy and Words*. Esta es la parte en que me inclino ante ti y te beso los pies. Gracias por estar en este proyecto desde el principio hasta el final. Tanto por la lucha incansable con la trama como por la prueba final y la maquetación, eres mi heroína. Tu atención reflexiva a los detalles convierte mis libros en algo que publico con orgullo. Gracias por eso. Pero, lo más importante, gracias por tu amistad, que es cada día más sólida y firme. Gracias por escucharme llorar y hacerme reír. Y por ser un miembro adoptado de nuestra familia. Te quiero.

Un gracias bien grande para Susan Rossman por dejarlo todo para corregir este pequeño libro. Tu corazón y tu alma son más grandes que la vida. Es un honor llamarte amiga. Te quiero.

Esa portada. Esa. Portada. Brandon Hando, aparte de ser el amor de mi vida durante veintiséis años, tu ojo creativo nunca deja de impresionarme. Gracias por tu paciencia y apoyo infinitos y por diseñar siempre portadas (y carteles, camisetas...) que capturan el corazón de la historia y que me hacen sonreír como una idiota. A veces, tus portadas son sutiles. Otras, no. Pero son siempre simbólicas y artísticas. Gracias también por no parar nunca hasta que me encantan tanto como a ti. Eso lo es todo. Esta portada es un poco distinta a lo que solemos hacer, pero es el auténtico Franco. Un gracias enorme a Love N. Books ([www.LoveNBooks.com](http://www.LoveNBooks.com)), al fotógrafo Daniel A. Flores ([www.DFVFX.com](http://www.DFVFX.com)) y al modelo de la portada, Graham Nation, por hacer posible que Franco en carne y hueso aparezca en la portada. Graham, si alguna vez te conozco en persona

y te llamo Franco, ¿puedes seguirme la corriente y hacer como que no estoy loca?

Un saludo a Ridge de *Tal Vez Mañana*, de Colleen Hoover. Es mi personaje favorito de todos los tiempos. Gracias, Colleen, por dejármelo prestado para introducirlo en algunas páginas y que hiciera un cameo. Os quiero a los dos.

Beth Flynn. Cuando mi elegancia se tambalea y mi sensatez se ve amenazada, siempre estás ahí. Gracias, hermanita. Te quiero.

La señorita Allison Dunnings es una persona increíblemente inspiradora por mil y una razones; es una persona valiosa, llena de vida, valentía, curiosidad, positividad y amor. También es talentosa de narices escribiendo música y tiene voz de ángel. Gracias por dejar que incluya tu canción *Goodbye Los Angeles* en este libro. Te lo voy a agradecer siempre. Te quiero. Si quieres maravillar a tus oídos y escuchar *Goodbye Los Angeles* o alguna otra canción de Future Husbands (te pido que lo hagas porque son mágicas), por favor, visita su página web: <https://futurehusbands.bandcamp.com/>

La música fue, es y será siempre el motor de mi escritura. Me inspira sobremanera. Gracias a las bandas de mi lista de reproducción por tocar a través de mis cascos, hacerme compañía, animar la trama y hacer evolucionar a los personajes de una manera que no sería posible sin vosotros y sin vuestro arte: The Chainsmokers, X Ambassadors, Zibra, Dj Snake con Justin Bieber, Future Husbands, The Beach, Nothing But Thieves, Royal Blood, The Hunna, Bishop Briggs, James Bay, Sunset Sons, You Me At Six, Walking on Cars y James Arthur. Una mención especial y abrazos para The Hunna. Su canción *Bad For You* me sacó de la lista del mes de escritores tardones y me ayudó a terminar la historia.

Gracias a mi agente Jane Dystel de Dystel, Goderich & Bourret LLC por el apoyo y por creer en mis pequeños libros. Un saludo muy grande a Lauren Abramo también, por todo lo que ha hecho. Os aprecio a los dos y a todo vuestro equipo muchísimo.

Mamá, papá, moláis. Gracias por estos cuarenta y cuatro años de amor y apoyo. Os quiero.

A mi marido, B., y a mi pequeño (que ya no es tan pequeño),

Phoenix, os quiero. Os quiero por encima de todas las cosas. Sois mi media naranja y un recordatorio diario de todo lo que es valioso e importante en la vida. Gracias por vuestro amor incondicional, paciencia y humor.

Y, por último, pero no menos importante, gracias desde lo más profundo de mi corazón a cada lector, bloguero, autor y seguidor de *Bright Side* por vuestra amistad. Escribir comenzó como un sueño y sigue siéndolo a día de hoy. Gracias por estar a mi lado y darme la mano mientras lo persigo. Os mando abrazos; espero que podáis sentirlos, porque os los envío con todo mi corazón. En serio, con la respiración contenida y apretándoos muy, muy fuerte. Os quiero a todos.

## **La *playlist* de Franco**

*Roses*, de The Chainsmokers con ROZES

*Gorgeous*, de X Ambassadors

*Heartache*, de Zibra

*Let Me Love You*, de Dj Snake con Justin Bieber

*Goodbye Los Angeles*, de Future Husbands

*Geronimo*, de The Beach

*Honey Whiskey*, de Nothing But Thieves

*Little Monster*, de Royal Blood

*Bad For You*, de The Hunna

*River*, de Bishop Briggs

*Need The Sun To Break*, de James Bay

*September Song*, de Sunset Sons

*Give*, de You Me At Six

*Love Back Down*, de Walking On Cars

*Say You Won't Let Go*, de James Arthur



## Traducción de Goodbye Los Angeles, de Future Husbands

Adiós, Los Ángeles, el mejor momento de mi vida.  
Adiós, querido Sunset Strip; adiós, luces de Hollywood.  
Eh, La Cienega, supongo que nos veremos, pero no esta noche.  
Tengo que coger un vuelo, volver con ellos, no me siento bien.

Dicen que hogar es el lugar en el que está tu corazón.  
Dejo el mío contigo.

Adiós, Los Ángeles, parece que ha pasado muy rápido.  
Un día nos enamoramos, me instalé, pero no duró mucho.  
Las probabilidades estaban en nuestra contra, lo intentamos, pero se  
convirtió en polvo y se nos escapó de entre los dedos.  
¿Que si lo haría otra vez aunque supiera que se iba a acabar? No me  
lo preguntes, por favor.

Dicen que hogar es el lugar en el que está tu corazón.  
Dejo el mío contigo.

Adiós, Los Ángeles, el mejor momento de mi vida.  
Adiós, amigos, sabéis que no os olvidaré ni queriendo.

Hollywood Boulevard, os voy a echar de menos a ti y a tus brillantes  
estrellas.  
Ahora tengo que coger un vuelo, juro que volveré pronto, todo va a ir  
bien.

Dicen que hogar es el lugar en el que está tu corazón.

Dejo el mío contigo.  
Dejo el mío contigo.

## Sobre la autora



Kim Holden siempre ha sido una enamorada de las letras. Le encanta escribir y le apasionan las novelas *Young Adult* o *New Adult*. Entre sus cosas favoritas también se encuentran su marido, su hijo, su bicicleta (que su marido le hizo a mano), el café con hielo con sabor a avellana o la música.

Kim también es una gran soñadora. Hasta hace unos años, escribir libros no era más que un sueño para ella. Pero un día decidió ponerse manos a la obra y hacerlo realidad.